

la amistad

NT: 659230

177.62 A62 1984R8



Adq: 369485, Vol:1, Ej: 1, General

La amistad: aproximación a uno de los más antiguos

Alberoni, Francesco, 1929-

▲ Biblioteca Vasconcelos

«En la am:
no poden
ser respetac...

de ser corta,
ctos han de...

La amistad ha de ser leal, sincera, límpida. El amigo debe querer el bien del amigo no con palabras sino en la práctica, debe acompañarlo en los momentos de necesidad. En la amistad no se puede engañar ni hacer el mal, hay que saber cuáles son las virtudes del otro y valorarlas. El amigo ha de ser abierto, lleno de vida, divertido, no debe aburrir ni abrumar, y tampoco debe ser demasiado generoso, exagerado con los regalos, puesto que si es así suscita la necesidad de correspondencia y reconocimiento, que resulta muy pesada. La amistad debe ser fresca, ligera, incluso cuando es heroica. La amistad dice siempre, incluso delante de la muerte: "no hay de que".»

«La amistad existía en época de Confucio y existe hoy, y no hay motivos para pensar que vaya a desaparecer en el futuro. La amistad es tan sólo un modelo ideal que requiere ser respetado. Mientras lo sigamos, el mundo seguirá colmado de amigos, amigos que al vernos nos sonreirán.»

Otros títulos de Francesco Alberoni en Gedisa: *Enamoramiento y amor, El erotismo, El árbol de la vida, Las razones del Bien y del Mal, Los envidiosos, El optimismo, El vuelo nupcial, Valores, Te amo.*

Francesco Alberoni

amistad



NT: 659230
Adq: 369485
Vol: 1
Ej: 1
General

177.62

A62

1984R8

▲ Biblioteca Vasconcelos

ISBN 84-7432-3



9 788474 323092

gedisa
editorial

Cód. int. 700702

89

Francesco Alberoni

gedisa

Francesco Alberoni

la amistad

Obras de
FRANCESCO ALBERONI

publicadas por
Editorial Gedisa

la amistad

por

Francesco Alberoni

Aproximación a uno de los más
antiguos vínculos humanos

TE AMO
EL OPTIMISMO
VALORES
EL VUELO NUPCIAL
ENAMORAMIENTO Y AMOR
LA AMISTAD
EL EROTISMO
LAS RAZONES DEL BIEN Y DEL MAL
LOS ENVIDIOSOS
EL ÁRBOL DE LA VIDA

gedisa
editorial

Título del original en italiano:

L'Amicizia

© Garzanti Editor s.p.a., Milán, 1984

Traducción: Beatriz E. Anastasi de Lonné

Cubierta: Ag&Asoc.

Séptima reimpresión: julio de 1998, Barcelona

Octava reimpresión: julio del 2001, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Paseo Bonanova, 9 1º-1ª

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-309-6

Depósito legal: B. 35930-2001

Impreso por: Romanyà/Valls

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Capítulo Primero	9
Capítulo Segundo	18
Capítulo Tercero	29
Capítulo Cuarto	35
Capítulo Quinto	46
Capítulo Sexto	53
Capítulo Séptimo	60
Capítulo Octavo	68
Capítulo Noveno	78
Capítulo Décimo	90
Capítulo Undécimo	100
Capítulo Duodécimo	108
Capítulo Decimotercero	121
Capítulo Decimocuarto	133
Capítulo Decimoquinto	142
Capítulo Decimosexto	152
Capítulo Decimoséptimo	162
Capítulo Decimooctavo	170

CAPITULO PRIMERO

1. ¿Existe aún la amistad¹ en el mundo contemporáneo? En un primer análisis al parecer no es así. El mercado y los intereses económicos gobiernan el mundo de los negocios; la lucha por el poder domina la política. En ambos casos queda muy poco espacio para las relaciones personales sinceras. Además, el mundo moderno nos impone una mutación continua. Cuando cambiamos de domicilio o de trabajo, terminamos por abandonar a los viejos amigos. Hacemos promesas de volvernos a ver, pero aparecen después intereses nuevos, necesidades nuevas, encuentros nuevos. Nadie puede permanecer inmóvil contemplando el pasado. En Italia, la palabra amistad adquirió un significado, por cierto, negativo, que involucra privilegios y recomendaciones. Se necesitan recomendaciones para encontrar un trabajo, ingresar en un hospital o alquilar una casa. Nada se obtiene por las vías normales y burocráticas. La amistad es el medio para pasar por alto a los demás, para eludir la norma. La palabra amistad terminó, pues, por representar criterios individualistas y privilegios, grandes y pequeños, dentro de un sistema que si fuera justo se debería regir, en cambio, por criterios universales y loables. El mundo mo-

¹ Quiero agradecer a Rosanna Trisorio la valiosa colaboración prestada para la redacción de este libro y en especial para la recopilación y análisis de la bibliografía.

dero² se caracteriza por pasar de los roles individualistas, adscritos y emotivos a los universalistas, adquiridos y neutrales. Por eso la amistad se pone de manifiesto como un anacronismo, más aún, como una fuente de injusticia. En una sociedad justa se ganan posiciones basadas en el mérito evaluado de modo imparcial y no en la amistad. Los servicios sociales deben brindar sus prestaciones a todos y no sólo a los recomendados. Un sistema administrativo inspirado en la amistad genera favoritismos, provocación e injusticia. Por ello muchos piensan que la amistad es un fantasma del pasado, algo así como la lealtad feudal o la magia y el folklore. En su opinión, la amistad pierde importancia con el correr del tiempo y está destinada a desaparecer para dar lugar a las relaciones impersonales y objetivas. Otros consideran que la amistad logrará sobrevivir pero relegada con especial cuidado al aspecto íntimo, sin contaminación alguna con los negocios, la gestión pública o la política.

En este libro se sostiene la tesis de que no obstante esta primera impresión catastrófica, las cosas son muy diferentes. La amistad sigue siendo un componente esencial de nuestra vida y es probable que esto ocurra en la misma medida que en la antigüedad.³ Ni siquiera cambió su estructura esencial, aquello que la distingue de todo otro tipo de contactos interpersonales. Cinco siglos a. de C., y en una tradición cultural tan diversa como es la china, Confucio enumeraba cinco tipos fundamentales de contactos interpersonales: la relación entre el emperador y sus súbditos, entre padres e hijos, entre el hombre y la mujer, y entre el hermano mayor y el hermano menor. Estos cuatro tipos de relaciones son jerárquicos, entre un superior y un inferior. Sin embargo, existe una quinta relación no jerárquica, la que se

² Véase la conocida teoría de Talcott Parsons, "El sistema social", *Comunidad*, Milán, 1963.

³ El hecho de que el V Congreso Internacional de Estudios Antropológicos Sicilianos, celebrado en Palermo del 24 al 26 de noviembre de 1981, haya elegido como tema: "L'amicizia et le amicizie" prueba el renovado interés que despierta este tema, también en Italia.

da entre pares y ésta es la amistad. Es cierto que en épocas diversas y sociedades diversas la amistad se presenta de distinta forma. En una sociedad guerrera se tratará en lo esencial de una hermandad de armas y ésta es la imagen de la amistad que nos transmitieron los poemas de la antigüedad: Patroclo y Aquiles, Euríalo y Niso, Eneas y Palante. Si nos acercamos a la era moderna, encontramos amistades en que la cultura y la política adquieren mayor importancia. Dante, Guido Cavalcanti y Lapo Gianni fueron tres poetas de la Florencia del siglo XIII. Michel de Montaigne y Etienne de la Boétie fueron dos escritores de la Francia del siglo XVI. En tiempos más recientes se da la amistad entre Marx y Engels, y entre Max Horkheimer y Theodor Adorno. La primera influyó en toda la política contemporánea y la segunda, en el pensamiento sociológico.

Pero las diferencias no deben desviarnos demasiado del tema. Es cierto que las hay, pero también existe algo en común que nos permite con razón hablar de amistad en todos estos casos. Para identificar lo que hay de característico en el fenómeno que queremos estudiar no debemos detenernos tanto en la diversidad y sí en los elementos comunes. Y entonces nos sorprende en primer término este hecho: que la palabra amistad no tiene un solo significado sino varios y esto no es nuevo. Ya lo había notado Aristóteles hace dos mil años cuando trató de distinguir diferentes tipos de amistad para identificar en ellos cuál era la "verdadera". Para Aristóteles la distinción más importante es la que hay entre la amistad que se funda en la utilidad y la que se funda en la virtud, siendo esta última la única que merece el nombre de verdadera amistad.⁴ Por eso, hasta en la Grecia antigua, el nexo que unía a dos socios en un negocio no era amistad sino interés por hacer prosperar su empresa. También en esa época la amistad entre los políticos sólo era, a menudo, una forma de cálculo político.

Examinemos entonces brevemente cuáles son los significados más corrientes de la palabra. Nos daremos cuen-

⁴ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

ta de que en la mayoría de los casos la palabra amistad tiene muy poco que ver con nuestra idea de lo que es un verdadero amigo.

Primer significado: los conocidos. La mayor parte de las personas a quienes consideramos nuestros amigos sólo son, en realidad, conocidos, o sea, personas que no nos resultan extrañas como el conjunto amorfo de los demás. Sabemos qué piensan, qué problemas tienen, nos sentimos a fines, nos dirigimos a ellos en busca de ayuda y se la brindamos con gusto. Pero no nos inspiran una confianza profunda; no les contamos nuestras ansias más secretas. No nos sentimos felices al verlos ni les sonreímos con espontaneidad. Si alcanzan el éxito, reciben un premio o tienen un golpe de fortuna, no sentimos la misma felicidad que hubiéramos experimentado de haber sido nosotros los protagonistas. A veces, relaciones que simulan ser cordiales encubren una realidad conflictiva o una ambivalencia profunda. En verdad, estas personas no están lejos de nosotros sino cerca. Pero, ¿por qué tenemos que llamar amistad a relaciones afectivas tan diversas? Nos encontramos frente a un uso inadecuado del término. Así fue en el pasado y así es hoy.

Segundo significado: solidaridad colectiva. Es necesario además distinguir la amistad de la solidaridad,⁵ tal como lo hicieron los antiguos. En este segundo sentido, son amigos todos aquellos que están de nuestra parte, como ocurre en la guerra. De un lado, los amigos; del otro, los enemigos. Este tipo de solidaridad nada tiene de personal. El que lleva mi mismo uniforme es amigo; sin embargo, no sé nada de él. Las formas de solidaridad que nacen en las sectas, partidos políticos y credos pertenecen a esta categoría. Los cristianos se llaman unos a otros hermanos o amigos, los socialistas, compañeros y los fascistas, camaradas. Pero siempre estamos en presencia de nexos colectivos y no de relaciones estrictamente personales.

Tercer significado: relaciones de rol. Es la clase de re-

laciones de tipo personal pero basadas en el rol social. Esta es la amistad que se guía por el provecho, sea en los negocios o en la política. Este tipo de vínculo tiene muy poco de afectivo y sólo dura mientras se mantengan los beneficios a preservar. También se crean relaciones profesionales entre compañeros de trabajo o entre vecinos.

Cuarto significado: simpatía y sentimientos amistosos. Llegamos, en fin, a la categoría constituida por aquellas personas con quienes nos encontramos a gusto, que nos resultan simpáticas y que admiramos. Sin embargo, también en este caso hay que ser cautos para usar la expresión amistad. Se trata, con frecuencia, de estados emotivos frágiles o superficiales.

2. ¿Qué debe entonces entenderse por amistad? En forma intuitiva esta palabra nos trae a la mente un sentimiento sereno, transparente, hecho de fe y confianza. Las investigaciones científicas demuestran también que la inmensa mayoría de la gente interpreta la amistad de un modo bastante parecido.⁶ J.M. Reisman, después de analizar la extensa bibliografía sobre el tema, dio la siguiente definición de la amistad: "Amigo es aquel a quien le agrada hacerle bien a otro y desea hacérselo, y considera que sus sentimientos son correspondidos."⁷ Reisman, con esta definición, ubica la amistad en el mundo de los sentimientos altruistas y sinceros. Es imposible confundirla con el interés, el cálculo o el poder. En todo caso, si la definición de Reisman tiene algún defecto es ser demasiado genérica. Hasta una madre desea hacer bien a su hijo y considera que sus sentimientos son correspondidos. Lo mismo ocurre en las relaciones entre enamorados, entre cónyuges que se amen o entre hermanos que se quieran. La definición de

⁶ Véase P. Babin, *Friendship*, Nueva York, Herder & Herder, 1967; M. Brenton, *Friendship*, Nueva York, Stein & Dei, 1974; G.A. Allan, *A Sociology of Friendship and Kinship*, Londres, George Allen & Unwin, 1979.

⁷ John M. Reisman, *Anatomy of Friendship*, Nueva York, Irvington Publishers, 1979.

⁵ Luigi Lombardi Vallauri hizo un excelente análisis sobre este tema en *Amicitia, carità, diritto*, Milán, Giuffrè, 1978, pág. 15 y sigs.

Reisman se refiere, en general, al amor. Amar, escribía Santo Tomás de Aquino, es querer hacer feliz al otro.

El camino recorrido es muy importante. En el lenguaje corriente la palabra amistad tiene numerosas acepciones. Se utiliza para señalar al socio, al conocido, a la persona simpática, al vecino, al colega, a todos aquellos que están cerca de nosotros. Pero tanto hoy en día como en el pasado más remoto, tiene otro significado: el de un amigo personal a quien queremos y que nos quiere bien. Este último tipo de amistad pertenece a una clase más restringida de relaciones interpersonales, las relaciones de amor. Cuando pensamos en nuestros amigos más queridos, en la verdadera amistad, pensamos en una forma de amor entre las personas.

Es fácil distinguir la amistad de las relaciones sociales más superficiales, de nexos utilitarios o basados en actividades profesionales. El verdadero problema, no enfrentado hasta el momento, reside en *saber cómo distinguirla de las otras formas de amor entre las personas*. Por ejemplo, ¿en qué se diferencia la amistad del enamoramiento? Son muchos los autores que consideran esta diferencia mínima y de poca importancia. Es más fácil distinguir la amistad del amor maternal o del paternal o del afecto entre hermanos. Pero también en este caso hay características comunes. Decimos de algún amigo que es como "un hermano". Es que a veces en la amistad se expresa una actitud paternal o filial. Es el caso de Nietzsche que buscaba en Wagner a una figura paterna. ¿Es esto la amistad? ¿O la amistad tiene que ser recíproca? También hay muchas relaciones de amor ambivalentes, en las que cada uno trata de dominar al otro manteniéndolo atado. La vida cotidiana está plagada de estos sentimientos mezquinos. El amor de la amistad ¿es de esta clase? ¿Podemos tratar de manipular a nuestro amigo? ¿O el amor de la amistad es de un tipo particular y debe ser límpido, siempre límpido, porque de lo contrario la amistad se desvanece? Estas son las preguntas que debemos responder para identificar el tipo de amor específico de la amistad y ése es el argumento de este libro.

Por ello deberemos analizar con atención los detalles para identificar lo que es exclusivo de la amistad y sólo suyo.

3. Me parece oportuno iniciar ahora este análisis para llegar a lo vivo del problema, comparando la amistad y una forma de amor con la que a menudo se la confunde:⁸ el enamoramiento. Aclaremos la cuestión mostrando que son dos fenómenos diversos por completo y opuestos en absoluto. El enamoramiento es un hecho, un suceso que tiene un comienzo definido. En su origen, en su estado incipiente⁹ se manifiesta por un fulgor, una revelación. En cambio la amistad no se convierte en tal mediante una sola revelación inicial sino a través de una serie de encuentros y profundizaciones sucesivas. Otra diferencia entre enamoramiento y amistad es que no existe un enamoramiento verdadero y otro menos verdadero. No hay distintos grados de enamoramiento: muchísimo, mucho, bastante, un poco. Si digo "estoy enamorado", lo digo todo. El enamoramiento sigue la ley del todo o nada. La amistad, por el contrario, tiene varias formas y varios grados. Va desde un mínimo hasta un máximo de perfección. La amistad puede ser pequeña, apenas un impulso del ánimo, o bien grande, grandísima. El enamoramiento es perfecto desde el principio. La amistad, en cambio, tiende al máximo. Cuando hablamos de amistad, tenemos siempre presente un ideal, una utopía.

Sigamos adelante con nuestro análisis. El enamoramiento es una pasión. En alemán, pasión se dice *Leidenschaft*. *Leiden* significa sufrimiento. Y es porque la pasión conlleva siempre el sufrimiento. El enamoramiento es éxtasis, pero también tormento. La amistad, en cambio, tiene horror del sufrimiento, y cuando puede lo evita. Los

⁸ Así lo hace el ya citado autor, J.M. Reisman y con mayor profundidad, A. Douglas, *Friends: a true story of male love*, Nueva York, Coward, McCann & Geoghegan, 1973. Lo mismo ocurre en el interesante libro de Robert Brain, *Friends and Lovers*, Nueva York, Basi Brooks, 1976.

⁹ Francesco Alberoni, *Innamoramento e amore*, Milán, Garzanti, 1979. [Hay versión castellana: *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa, 1980.]

amigos se buscan para estar a gusto juntos. Si no lo logran, tienden a dejarse, a poner algo de distancia entre sí. Otra diferencia fundamental es que podemos enamorarnos de alguien sin ser correspondidos y no por ello dejamos de estar enamorados. El enamoramiento nace sin reciprocidad y va en su búsqueda. La amistad, en cambio, exige siempre, creemos, una cierta reciprocidad. No seguimos siendo amigos de quien no es nuestro amigo. Cuando está de por medio el enamoramiento es terriblemente difícil abandonar a quien se ama. Para liberarnos de un enamoramiento no correspondido debemos ejercer violencia sobre nosotros mismos, odiar al otro. Pero el odio por el amado es a su vez un sufrimiento, el más atroz de los sufrimientos. En la amistad, en cambio, no hay lugar para el odio. Si alguien odia a un amigo ya no es su amigo, la amistad termina.

En el enamoramiento se transfigura la persona amada. Es a un tiempo ella y más que ella misma. El ser amado es doble. Es el ser concretísimo que tenemos ante nosotros y es la divinidad que lleva en sí todas las posibilidades del mundo, todo aquello que en él proyectamos. El ruego al amado es un grito desesperado. El amigo, por el contrario, no se transfigura.

Del amigo esperamos que comparta la imagen que tenemos de nosotros mismos o al menos que no se aleje demasiado de ella. Aun cuando su evaluación sea positiva, no debe ser exagerada. Si es muy favorable nos da la impresión de ser una adulación. Si es muy negativa y se aleja demasiado de lo que pensamos de nosotros, no nos *hace justicia* y contradice por lo tanto una exigencia básica de la amistad. En una palabra, los dos amigos deben tener imágenes recíprocas similares, no idénticas, porque entonces no habría nada por descubrir, pero tampoco disonantes en exceso. Por eso esperamos de un amigo que no nos malentienda. Cualquiera puede malentendernos pero no un amigo. Si un amigo nos malentende todo termina.

Se puede, pues, seguir enamorado de una persona de la que ignoramos si nos ha amado o nos ha engañado, de la que ignoramos si es buena o mala, si tiene sentimientos nobles o mezquinos. Y es en ese interrogarnos cómo era,

que el amor se manifiesta. Aun después de muchísimos años, el amor sigue cuestionándose del mismo modo, deshojando una margarita. Desde el primer instante en que aparece, nos planteamos enseguida una pregunta que sólo puede responder la presencia de la persona amada que nos dice sí. Concluida esa presencia, cesa la respuesta y la pregunta vuelve constante, obsesiva y angustiante. ¿No podríamos decirnos, como lo exigiría la razón, "qué nos importa"? En esto reside la opacidad del amor que ama algo que permanece siempre inasible porque su objeto es un devenir conjunto, un deber ser. Esta es la miseria del amor que sólo puede exigir y no puede frenarse en sus exigencias aun cuando el otro sea indiferente u hostil. Esta es la injusticia del amor que no sabe de méritos o deméritos y no premia a los buenos ni castiga a los malvados. El amor es sublime y miserable, heroico y estúpido, pero nunca justo. No se encuentra la justicia en el amor sino en la amistad.

CAPITULO SEGUNDO

1. ¿Cómo surge la amistad? Sobre este tema existe un estereotipo difundido también entre los estudiosos de la materia. La amistad comenzaría en forma de conocimiento superficial. Luego, dos conocidos, al frecuentarse, establecen entre sí relaciones amistosas. Se comprenden cada vez mejor, intercambian favores, se ayudan en momentos difíciles y así, poco a poco, se convierten en amigos.¹ Esta definición es falsa en absoluto. La amistad no surge en sucesivas etapas infinitesimales a partir de un conocimiento cualquiera. No nos hacemos amigos de aquellos con quienes estamos en contacto con mayor frecuencia ni de aquellos con quienes intercambiamos favores más a menudo.

Podemos mantener relaciones óptimas con los vecinos y relaciones óptimas con nuestros colegas durante toda una vida sin que en realidad tengamos un amigo entre ellos. Pero podemos considerar nuestro amigo o nuestra amiga a una persona a la que sólo hemos visto una o dos veces y que vive lejos de nosotros. Sin embargo, sólo con esa persona nos encontramos cómodos y nos vemos llevados a expresarle lo mejor de nuestro yo.

La amistad comienza como un acto discontinuo, como un salto. Llega un momento en que experimentamos un fuerte impulso de simpatía, un interés y sentimos afinidad

¹ T.M. Newcomb, *The Acquaintance Process*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1961.

con una persona. Si ya la conocíamos de tiempo atrás, es como si la viéramos de un modo nuevo, por primera vez. Llamaremos a esta experiencia, *encuentro*. El encuentro siempre es inesperado, revelador. Con la enorme mayoría de nuestros conocidos, nunca damos este primer paso para encaminarnos hacia la amistad. Podemos pasar juntos toda una vida sin que se verifique jamás ese contacto, ese chispazo que nos hace sentir atraídos hacia otro y desear un nuevo encuentro para llevar adelante algo que habíamos comenzado. La amistad se construye a través de una serie de estos *encuentros*, cada uno de los cuales retoma el precedente. Incluso cuando después de mucho tiempo encontramos de nuevo a nuestro amigo es como si lo hubiéramos dejado un momento antes. Podemos reiniciar el discurso interrumpido, pero lo sorprendente es que la conversación no se detiene nunca en lo que ya habíamos dicho. Cada *encuentro* es diferente, descubre nuevos caminos, nos abre nuevas perspectivas. Cuando una amistad es verdadera sucederá esto muchísimas veces.

La amistad es una filigrana de encuentros. Nadie sabe por anticipado si se producirá o no un encuentro. El encuentro es siempre imprevisible, inesperado, al igual que la felicidad que nunca está en donde la buscamos, en donde la esperamos como cazadores al acecho. Si buscamos con ansias la felicidad y la deseamos, es más frecuente que encontremos la desilusión o el tedio. La felicidad se nos aparece de improviso cuando no pensamos para nada en ella, como si nos siguiese y esperase que estuviéramos distraídos, para ponerse de manifiesto. El *encuentro* es en sí un momento de felicidad, de gran intensidad vital. Es un momento en el que comprendemos algo de nosotros mismos y del mundo. En el encuentro sentimos que la otra persona nos ayuda a tomar la dirección correcta. Y podemos sentirlo aun cuando nuestros puntos de vista no sean idénticos y aun cuando tengamos una formación mental diferente. Es más, el otro debe ser algo diferente. Esta diferencia es valiosísima en el encuentro porque nos abre una nueva perspectiva. Solos, nos hubiéramos mirado en esa dirección. Una nueva perspectiva constituye también la confir-

mación de la exactitud de aquello que habíamos pensado. Por ello, cada uno ayuda al otro a descubrir lo que es esencial para él y a acercarse así un poco más.

Durante el encuentro la afinidad profunda que sentimos hacia el otro no proviene del hecho de que él persiga exactamente lo mismo que nosotros, ni de que tenga nuestras mismas metas y nuestros mismos deseos. El encuentro no consiste en reconocer una identidad o una semejanza. Consiste en advertir que ese otro nos complementa y que nosotros lo complementamos. Sin embargo, no se trata tampoco de una complementariedad debida al hecho de que ese otro posea determinados conocimientos que nosotros no tenemos y viceversa. En el encuentro, dos personas diferentes logran ver la misma realidad del mismo modo. El encuentro es recorrer juntos un tramo del camino hacia la propia identidad, hacia el descubrimiento de lo que es más importante para cada uno. Durante el encuentro, nosotros y el otro descubrimos que estamos unidos frente a la oscuridad o al enemigo. Nos encontramos en igual situación que los compañeros de caza o los hermanos de armas en una guerra. El otro no está con nosotros por interés o cálculo sino porque ésa es su naturaleza y debe transitar ese camino. El encuentro es la sinergia de dos trayectorias vitales, dos destinos.

2. *El encuentro es un hecho discontinuo, un coágulo de tiempo.* Desde el punto de vista de la amistad lo que importa son estos momentos de gran intensidad vital. Lo que ocurre en el intervalo no cuenta. Durante este último período, hasta podemos no pensar en absoluto en el amigo. Esta circunstancia nos demuestra la diferencia radical entre encuentro y enamoramiento. El enamoramiento puede también empezar con un encuentro, pero su naturaleza se revela en el intervalo, cuando sentimos la necesidad congojante de encontrar de nuevo a la persona a quien comenzamos a amar. Hasta cuando nos creemos liberados de esa idea fija y nos decimos "y bien, ya no pienso más en ella", en realidad, la persona amada está siempre presente en forma potencial. Nuestros pensamientos, cualesquiera que

sean, nos llevan siempre a ella. Por otra parte, queremos estar siempre con ella, estar el mayor tiempo posible a su lado hasta tenerla abrazada, sin que nada se interponga entre nosotros, ni siquiera las ropas. El amor erótico es un deseo de fusión mental y física antes que un deseo sexual.

En el encuentro que genera la amistad no surge esta necesidad acongojante. Tenemos plena conciencia de la significación del encuentro, pero no deseamos prolongarlo por tiempo ilimitado. Esto no quiere decir que no deseemos encontrar de nuevo al amigo. Porque la simpatía de un encuentro se proyecta al futuro y desea reencontrar su objeto. Se empeña, se compromete siempre, nunca falta un hasta la vista. Ninguna relación importante tiene plazo. También la amistad es para siempre. ¡Ay de nosotros si en ese momento no creyéramos necesaria la continuidad! Lo mismo pasa con la gratitud. Después de un tiempo olvidamos el agradecimiento o, mejor dicho, recordamos que deberíamos estar reconocidos. Nada es comparable, sin embargo, a la ola de conmoción, al deseo de abrazar y besar a quien nos ha beneficiado, nos ha salvado o nos ha ayudado en un momento de dificultad. En ese momento nos juramos un agradecimiento eterno. Son muchos quienes al comprobar cuán poco dura la gratitud se desilusionan y critican la fragilidad de los sentimientos humanos. Dejando a un lado que esta afirmación no es tan real, el hecho de que el reconocimiento invada el futuro es una cualidad intrínseca del valor del sentimiento. Se cree que el reconocimiento es ilimitado aun cuando luego su ímpetu disminuya, pero lo que tiene de bueno proviene, sin duda, de su proyección permanente. No existe reconocimiento ni amor ni amistad a plazo fijo. Las cosas sólo adquieren dignidad cuando tienen la intención de durar, cuando proyectan vencer al tiempo. Por eso, también el encuentro está signado por el deseo de durar y conlleva, en potencia, el reencontro.

3. A veces sentimos simpatía por una persona. Alguna de sus cualidades nos conmueve. Intuimos que juntos podríamos sentirnos bien, que cada uno de nosotros podría

decir al otro cosas esenciales. Pero aun estando muy bien dispuestos el uno hacia el otro, no logramos abrirnos, o bien sólo nos encontramos en la superficie. Hasta podemos hacer un esfuerzo pero es peor. Aflora entonces una sombra de desilusión. Vislumbramos algo pero se esfumó. En estos casos la amistad no se debilita ni se fortalece, se posterga el encuentro para otra ocasión. La amistad es paciente.

No obstante, en algunos casos, cuando encontramos por segunda vez a esa persona, sabemos con certeza que no tenemos nada que decirnos. Sucede algunas veces con alguien, a quien conocemos en un tren y con quien conversamos con entusiasmo, o a quien conocemos durante las vacaciones estableciéndose una corriente mutua de atracción y tratándose, pues, de un encuentro verdadero y real. Sin embargo, al cambiar las circunstancias y el tipo de problemas en que estamos inmersos, se alejaron nuestros senderos vitales y ya no podemos explorar juntos un territorio desconocido.

Esta experiencia de vacío y desilusión se produce también con conocidos, con personas con quienes mantenemos relaciones amistosas y a las que habitualmente llamamos precisamente amigos. En general, no nos encontramos en condiciones de pasar un día entero a solas con ellos. O si lo hacemos, evitamos hablar de determinadas cosas, no decimos lo que pensamos, no tratamos de tener un diálogo profundo. Apelamos a nuestro repertorio de temas neutrales o técnicos, esos que no plantean problemas a ninguno de los dos. Pero puede ocurrir que tengamos necesidad de confianza e intimidad. Sentimos la necesidad de liberarnos, al menos un momento, de las convenciones y reglas dentro de las que nos movemos de costumbre y de las que somos prisioneros. Tenemos necesidad de ser nosotros mismos en una forma más verdadera, ser más auténticos. Ignoramos quiénes somos. Somos un sinnúmero de personas, deseos, aspiraciones, que se expresan todas por la misma boca y asoman a ese escenario al que llamamos yo. Cuando sentimos este deseo, nos extrovertimos con cualquiera de nuestros conocidos, con aquel que sentimos

más cercano, aquel con quien alguna vez nos habíamos encontrado. Pero no nos comprende, no le interesan nuestros problemas. Y entonces la desilusión es muy fuerte y nos sentimos solos.

4. ¿Por qué el encuentro es tan importante? Porque es un momento de autenticidad, porque es la aparición de un sentido. Es el ordenamiento de lo múltiple, de lo desordenado. Los pequeños pasos son diferenciaciones. Nos diferenciamos en lo interno tal como la sociedad se diferencia en lo objetivo con el desarrollo científico-técnico-económico. La autenticidad es el momento de la síntesis que ordena y jerarquiza. La autenticidad es una experiencia global y de complementariedad. Aunque ocurra en un instante y dure sólo un instante, abarca la diversidad caótica de nuestra vida, le da orden y le atribuye un significado. Auténtico es aquello que no requiere justificación, lo que está bien por sí mismo y tal como es. Por ello la autenticidad no es un sentimiento fugaz y engañoso. Es el momento en que reconocemos nuestra identidad. La experiencia de la autenticidad corresponde al ordenamiento del campo, a la caída de la entropía. También se reordena entonces lo que había permanecido insatisfecho: los deseos dejados en suspenso.

Cada uno de nosotros es un torbellino de deseos con un fuego ardiente en su centro. De algún modo tocamos en el encuentro este núcleo central de nosotros. Damos una respuesta a todo lo que importa. ¿Qué significa entonces la pregunta eterna: de dónde venimos, dónde estamos y a dónde debemos ir? El amigo es aquel que cada vez nos hace entrever la meta y anda con nosotros un tramo del camino. Por eso, a partir del encuentro con el amigo espero siempre una revelación. El amigo me abre la puerta que deseo abrir, es a veces el sabio que me dice una verdad que me serena y me da la paz. La desilusión que Diderot provoca en Rousseau depende de estas grandes expectativas. Jean-Jaques esperaba de él una preocupación paternal y, a un tiempo, una revelación extraordinaria.

Sin embargo, nada más lejano de la relación maestro/

discípulo. El amigo no es un gurú dueño de la verdad. La revelación del amigo no es una enseñanza. Es llegar juntos a la misma conclusión desde puntos de vista diferentes. Es converger en la verdad.

5. Evaluar significa elegir esa parte de nosotros en la que nos reconocemos y de la que decimos: sí, es cierto, en verdad esto soy yo, lo que quiero ser. Henry Miller, en su libro *Trópico de Capricornio*,² habla de un amigo suyo y dice: "Hamilton me abrió los ojos y me dio nuevos valores, y aunque después perdí la visión que él me había dado, yo nunca más vi el mundo ni mis amigos como los había visto antes de su llegada. Hamilton me transformó profundamente, como sólo puede hacerlo un libro raro, o una experiencia rara, o una personalidad rara. Por primera vez en mi vida entendí lo que podía ser la experiencia de una amistad vital sin sentirme por ello esclavizado o atado por esa experiencia. Nunca, después que nos dejamos, sentí la necesidad de su presencia efectiva. El se había dado por completo y yo lo poseí sin ser poseído. Fue la primera experiencia clara y completa de la amistad y no se repitió nunca con ningún otro amigo. Hamilton, más que un amigo era la amistad en sí". El encuentro es por eso una respuesta a la pregunta más importante, la pregunta en cuanto a los fines. Hablar con el amigo me hace conocer lo que en realidad soy, porque en realidad yo soy yo mismo sólo con relación a lo que pienso que puedo ser.

En el encuentro, al conocer al amigo me conozco yo. En general, todo conocimiento del otro está viciado por la envidia o el rechazo. Cuando el otro habla, o nos identificamos con él y deseamos ser él, o bien nos reconocemos distintos de él y somos indiferentes. En cambio, en el caso del amigo nos interesamos pero sin envidia. Nos habla de sí y somos partícipes pero seguimos siendo nosotros. Gracias a esta experiencia descubrimos lo que tenemos en común y lo que nos distingue. Descubrimos nuestras dife-

² Henry Miller, *Tropic of Capricorn*, 1938. [Hay versión castellana: *Trópico de Capricornio*, Madrid, Alfaguara.]

rencias, nuestra absoluta especificidad mientras descubrimos la suya. Los estudiosos de la amistad han subrayado a fondo la identidad de las experiencias. La experiencia del amigo es interesante precisamente porque es diferente.³ Y si me comparo con esa experiencia conozco mi yo. Conocer quiere decir comparar, confrontar, distinguir. No logramos hacerlo en la fascinación mimética ni tampoco cuando el otro nos es extraño.

Sólo con el amigo podemos comprender y apreciar su singularidad y la nuestra. La experiencia del amigo hasta puede enseñarnos otros modos de ser, aptos para nosotros, que nos hacen desear el cambio, no para ser como él, rehusándonos a ser nosotros, pero sí para ser nosotros mismos. El amigo, con sus diferencias, puede revelarnos una de nuestras posibilidades en la que nos reconocemos.

La experiencia del amigo es la única experiencia que podemos aprovechar. En general, la experiencia de los demás no nos sirve en absoluto. No podemos aplicarla a nuestro caso porque la sentimos ajena. Hasta los hijos tienen dificultades para aprovechar de la experiencia de los padres. Todos aquellos que han experimentado determinadas situaciones quisieran transmitir todo lo aprendido a los demás, sobre todo a quienes quieren bien. Pero por lo general esta transferencia es imposible. Todos nosotros nos sentimos únicos e inconfundibles. Tenemos la impresión de que todo cuanto nos ocurre es sólo nuestro e irrepetible y que no puede llevarse a categorías y casos conocidos. Nos sentimos libres, capaces de influir en las circunstancias más adversas y de tener éxito ahí donde otros han fracasado. Por eso, la experiencia de los demás carece de valor.

En realidad, no logramos siquiera aprovecharnos de nuestra propia experiencia. Repetimos los mismos errores, nos colocamos en las mismas situaciones, reanudamos los

³ Tanto la historia como la literatura nos ofrecen numerosos ejemplos de amigos íntimos diferentes entre sí y con valores diferentes. Véanse, en especial, los ejemplos de amistad tomados de la historia norteamericana contemporánea estudiados por David Michaels, *The best of Friends, Profiles of extraordinary Friendships*, Nueva York, William Morrow & Company, Inc., 1983.

mos juegos como si siguiéramos el mismo libreto. Ni siquiera cuando reflexionamos sobre nuestro pasado somos objetivos. Deformamos el recuerdo, lo falseamos, lo embellecemos o lo empeoramos. Nuestros recuerdos son una maraña de fantasías y revanchas, una puesta en escena, pero cuando hablamos con un amigo no actuamos así. No nos exponemos en una vitrina, ni somos nuestros propios *public relation men*. Somos sinceros.⁴

Por lo demás, el amigo no nos engaña, nos habla inspirado en la verdad y nosotros lo escuchamos con honestidad e imparcialidad, comprensivos y lúcidos. De este modo se desvanecen los fantasmas y el teatro. Su experiencia tiene el *pathos* del sentimiento y la lucidez de la razón y por eso nos enriquece y nos hace crecer, tanto en lo afectivo como en lo intelectual.

6. La amistad es una filigrana de encuentros y cada encuentro es una prueba. Cada encuentro puede ser también, en realidad, una desilusión. Aparece entonces la señal de la diversificación de las trayectorias vitales de los dos amigos.

Nada que sea humano permanece por sí, sino que sólo existe si se renueva. Los amigos se re-encuentran y renuevan su amistad a través de los encuentros. Cada encuentro implica un riesgo porque debe ser afortunado. La amistad es el precipitado formado por estos encuentros afortunados. Los amigos, cuando están juntos, están a su agrado, sonrientes, felices, porque una vez más se produjo el milagro, se realizó el encuentro. Y sin embargo, los amigos no se ponen a prueba como sucede con el amor. Aquí se ponen a prueba, sin titubeos, la fuerza que une —prueba de la verdad— y la disponibilidad del otro —prueba de recipro-

cidad—. No, no existen pruebas de este tipo en la amistad. La sola idea de poner a prueba la amistad la perturba. Demostrar amistad quiere decir mostrar, confirmar. Se presupone que la amistad existe y es estable; sólo se debe manifestar e ilustrar. El amor, por el contrario, puede ser o no ser, ser una pasión devoradora o una mentira, una zozobra radical o una infatuación pasajera. Hasta puede haber pasado ya a ser odio y, por eso, ser puesto a prueba.

Pero también en la amistad se producen crisis, porque como no es algo que pueda considerarse adquirido para siempre, se producen crisis como en toda relación interpersonal, como sucede también en el amor entre padres e hijos o entre cónyuges. La crisis significa que uno se siente inseguro de la amistad del otro y hasta traicionado e incomprendido. Superar la crisis significa que el otro vuelve a entendernos por entero y que nosotros lo entendemos. Porque en las crisis, también nosotros malentendemos, agredimos y queremos romper. La crisis nace siempre de una desilusión y tiende a convertirse en un duelo mortal. Si quien nos juzga es el amigo, crisis quiere decir que él ha sido injusto. Nos decimos que nunca habiéramos esperado tal cosa de un amigo. Podíamos esperar que alguien que no fuera nuestro amigo nos malentendiera. El malentendido siempre implica falta de buena voluntad. Tenemos el convencimiento de que cuando existe en verdad buena voluntad, una disposición mental abierta, honesta y favorable, podemos ser comprendidos. La incompreensión es un síntoma inconsciente de desinterés, desprecio y hasta agresividad. Esto significa que si un amigo no nos comprende, no ha sido un amigo, no nos ha querido.

La crisis sólo puede resolverse en un *encuentro*. A este tipo de encuentro entre amigos se le da el nombre de explicación. Pero no se trata de una explicación conceptual. Explicación significa comprender por qué se originó la crisis, qué fuerzas la pusieron en movimiento, y apaciguarlas, restarles valor y sentido. Explicación significa rever juntos el pasado, remontarse hasta el momento anterior a la incompreensión y la caída. El encuentro que resuelve la crisis supera esta prehistoria, reanuda la secuencia de los

⁴ Una abundante bibliografía ha puesto de manifiesto que el amigo revela al otro su propia verdad, sin deformaciones. Véanse K. Naegale, "Friendship and Acquaintances: an exploration of some social distinctions", *Harvard Educational Review*, vol. 28-1958, págs. 232-253; S. Kurth, "Friendship and Friendly Relations", en G. McCall, *Social Relationship*, Chicago, Aldine, 1970, págs. 18-66; G. Suttles, "Friendship as a Social Institution", en *Social Relationship*, cit. págs. 95-135.

encuentros y ayuda a avanzar otro paso más. Superar una crisis también significa siempre superar un modo de ser propio, descubrir una malignidad propia, una exageración propia, la intemperancia, la cólera, el modo superficial e inadecuado de actuar. Superar una crisis significa mejorar uno mismo, atravesar un tramo difícil del desarrollo personal.

CAPITULO TERCERO

1. Cuando nos encontramos con un amigo, incluso después de años, es como si lo hubiéramos dejado un momento antes. Reanudamos la conversación como si se tratara de un diálogo interrumpido y, sin embargo, no es un diálogo interrumpido ni la continuación de aquella conversación. El argumento es otro. Hemos cambiado, nuestros problemas han cambiado. No obstante, tenemos la impresión de proseguir lo que estábamos haciendo, como si no hubiese existido un intervalo, como si el tiempo no hubiera pasado. Es un fenómeno desconcertante. En nuestra experiencia cotidiana no hay nada similar. Si nos encontramos con un pariente le preguntamos antes que nada: "¿Qué hiciste?". Nuestra pregunta trata de llenar un vacío en la trama continua del tiempo. Conocemos a una persona si conocemos cada uno de los momentos de su historia. Por igual motivo, cuando hablamos con un conocido le preguntamos, por ejemplo, qué planes tiene para el verano: "¿Dónde irás durante las vacaciones?". La pregunta en cuanto al futuro complementa la que hacemos en cuanto al pasado: "¿Dónde estuvo este invierno? ¿Cómo pasó la Navidad?" Si no tenemos mucha confianza y no sabemos de qué hablar, hablaremos del tiempo. También en este caso, después de comentar cómo estuvo el tiempo hoy, lo compararemos con el de ayer y haremos alguna predicción (con respecto a cómo estará) mañana.

Por el contrario, cuando dos amigos se encuentran, aunque sea después de muchísimo tiempo, no hay pre-

guntas. No se colman de preguntas para saber lo que hicieron y reconstruir, día tras día, el pasado. Es más, al parecer, ese pasado no les interesa en nada. Empiezan a hablar de aquello que les interesa en el presente. Cada uno de ellos está dispuesto a escuchar las novedades sin preparativos. Esos amigos que cuando se encuentran se dicen: "Ahora me contarás todo" o "Dímelo todo", no son verdaderos amigos porque ésas son frases de circunstancias. Tampoco es un amigo el que dice: "¡Cuánto tiempo sin noticias tuyas! ¿por qué al menos no me escribiste?". El amigo se limita a preguntar: "¿Cómo estás, estás bien?" y eso porque lo único que le interesa es que estemos bien. El amigo se ilumina al encontrarnos y sonríe porque está feliz al vernos. Puede incluso agregar: "¡Cuánto tiempo!" pero sólo lo hace para expresar satisfacción. Es probable que la explicación de este comportamiento misterioso resida en el hecho de que el amigo mira nuestro pasado y nuestro futuro desde nuestra misma óptica. Está identificado con nosotros y nosotros no tenemos necesidad de preguntarnos qué hicimos o qué deseamos hacer porque ya lo sabemos. A él le basta que nosotros lo sepamos. No cuenta lo que haya ocurrido, él está bien si a nosotros nos va bien. De ahí la pregunta: "¿Cómo estás, las cosas andan bien?". Porque esto es lo único que importa para nosotros, si estamos bien o no, si somos felices o no. Esto nos interesa y le interesa.

En el extremo opuesto del tiempo de la amistad está el tiempo del enamoramiento. Mientras *el tiempo de la amistad es una amalgama*, una sucesión de momentos presentes que se yuxtaponen, el tiempo del enamoramiento es denso, continuo, angustiante. Los enamorados pasan horas y horas hablando de su pasado. Cada uno está seducido por el pasado del otro y lo interroga sin cesar. Hasta después de una separación breve quiere saber todo lo que hizo, llenar todos los espacios vacíos, todos los intervalos, hasta los más cortos. Quiere conocer sus pensamientos, los matices de su sentimiento, sus dudas. El enamoramiento quiere reconstruir todo para adherir de modo total a las vivencias del amado, hasta llenar todo y asimilarlo. De he-

cho, el enamoramiento tiende a la fusión y creación, entre dos personas distintas, de una entidad nueva, una pareja en la que ambos se han transformado. Los enamorados cambian su vida en forma radical a través del amor y por eso analizan de manera crítica su pasado. Antes de encontrarse eran distintos. Después del enamoramiento comprenden a qué punto su vida anterior era pobre, fría y árida. Por ello cada uno debe revivir lo ya vivido para restar valor a las cosas de otro tiempo¹. El estado incipiente es el día de la sentencia, todo aquello que era infelicidad se destruye y se condena. Pero también es el día del acontecimiento: se inicia una época de felicidad increíble e inimaginable. Los enamorados tienden a ese futuro. Desean a la persona amada en cada instante. Cuando está lejos, la esperan con ansias y congoja. Siempre llegan antes para esperar. El enamoramiento es remembranza y espera. El tiempo del enamoramiento es una zozobra que abarca de una vez el pasado más remoto y el futuro más lejano. El presente es la tensión de esta zozobra. Cada instante del amor sufre este exceso de temporalidad y quiere ser eterno. La eternidad del amor brota de la máxima tensión del tiempo.

En cambio, los amigos no se encuentran para construir una nueva entidad colectiva que los trascienda. No se tienen que modificar mutuamente. Cada uno sigue su trayectoria vital y su destino personal. Busca su fortuna. Busca su amor. El amigo lo acompaña en esta búsqueda, está de su lado y lo ayuda pero no es el objeto de la búsqueda. Cuando encontramos a un amigo que está enamorado lo comprendemos y nos hundimos en su tensión del tiempo, pero después emergemos. Al apartarnos de su punto de vista lo ayudamos a apartarse también a él. Le damos así la posibilidad de verse desde afuera y utilizar el fragmento de conocimiento que le es útil.

¹ Este importante proceso se denomina "de historicidad" y se desarrolla no sólo en el enamoramiento sino también en todos los grandes movimientos colectivos. Véase Francesco Alberoni, *Movimento e istituzione*, Bolonia, Il Mulino, 1981.

Sin embargo, también en la amistad se habla del pasado cuando uno de los dos amigos debe retornar al propio pasado y el amigo, entonces, lo acompaña en su viaje. A veces nos es necesario, indispensable, contarle a un amigo todo lo ocurrido. Hablamos porque tenemos la necesidad de ser comprendidos, porque tenemos la necesidad de un ser humano que nos comprenda hasta lo más hondo. ¿Por qué necesitamos que nos comprendan? ¿Qué quiere decir ser comprendidos? En lo esencial, significa comprendernos también nosotros, ser objetivos con nosotros mismos para juzgarnos. Todo viaje al pasado tiene por meta *juzgar*, condenar o absolver, para poder corregir la acción que habíamos realizado o poder seguir el camino que habíamos emprendido. Pero aun cuando en el pasado no haya otra cosa que el "así fue"² lo ineluctable, igual debemos decir aquello que hubiera sido posible y justo hacer.

Llevamos en nuestro interior la capacidad suprema de juzgar. Pero con frecuencia estamos enceguecidos o cansados, demasiado cansados. El amigo nos estrecha la mano y nos apoya. Al mirarlo a los ojos sabemos que somos justos. No es él quien nos juzga sino nosotros. Nosotros solos, y nadie más, tenemos la facultad de juzgar, pero no podremos hacerlo sin el amigo. Dante, para descender al infierno, necesita un acompañante. Siente miedo y las emociones lo trastornan. Virgilio es el símbolo del amigo. Es racional y ecuánime. Frena al héroe cuando se excede y lo estimula y tranquiliza cuando está inseguro.

Contar algo es pensarlo en voz alta. El amigo emplea siempre la mayéutica y provoca en nosotros la investigación honesta y objetiva. Solos juzgamos y solos encontramos la senda. El amigo, ni siquiera cuando nos cuenta su experiencia, pretende dirigirnos sino sólo darnos las informaciones que puedan ser útiles para resolver nuestro problema.

Por ello hablamos del pasado en la relación con el

² La expresión pertenece a Nietzsche, en *Así hablaba Zaratustra*, que en la edición italiana está incluida en el vol. VI de *Opere di Friedrich Nietzsche*, Milán: Adelphi, 1976, pág. 304.

amigo, pero siempre de nuestro pasado y nuestro futuro de individuo. Lo que no interesa y se deja a un lado es el pasado o el futuro de la amistad en sí. La amistad es un dato y no un problema, un camino y un destino. ¡Ay de nosotros si nos hartáramos uno a otro hablando de nuestro pasado de amigos o, peor aún, si nos preocupáramos por el futuro de nuestra amistad! La amistad tiene su fundamento en el desinterés y la manifestación primera y esencial del desinterés entre amigos es el que cada uno de ellos siente por sí mismo. Los enamorados están preocupados y angustiados por el futuro, que para los amigos es indiferente. Cuando encontramos a un amigo, no nos agobia nuestro pasado común ni nos preocupa nuestro futuro común. El presente de nuestro encuentro actual se yuxtapone, pues, al presente del encuentro anterior y se le adhiere de manera total. No es necesario saber nada, ni llenar ningún intervalo. Por eso, el intervalo ya no existe. *Pero si ya no existe el intervalo, ya no existe el tiempo.*

Sólo en un caso el pasado y el futuro retornan también en la amistad y es cuando se ha producido una crisis en las relaciones. En esa situación los amigos son presa de la duda y deben analizar de nuevo el pasado para emitir un juicio sobre sí y sobre el otro. Deben ver con exactitud qué hizo el amigo, qué intenciones tenía y juzgar en consecuencia si era o no digno de amistad. Sobre todo, deben juzgarse a sí mismos para determinar si eran dignos de la amistad del amigo.

La crisis equipara la amistad al enamoramiento. Aparece la misma inquietud, la misma vicisitud de recelo y esperanza. Pero mientras en el enamoramiento esta vicisitud es un estado que puede durar inclusive por años, en la amistad es un momento que no se puede nunca prolongar por largo tiempo. Recordemos que el núcleo de la amistad es el encuentro y el encuentro es un presente que se yuxtapone a otro presente. El intervalo no es problema. Si el intervalo se torna un problema, se retrotrae el tiempo y su tensión. La amistad, entonces, cesa de existir y se disuelve. La esencia de la amistad reside en la estructura amalgamada del tiempo y no sobrevive a su alteración.

La amistad requiere, pues, un juicio rápido, requiere el pronunciamiento de la sentencia: culpable o inocente. En general, la amistad absuelve y perdona. Si hay un perdón éste es definitivo. Pero si no hay perdón y hay condena o una simple duda, la amistad se resquebraja para siempre, hasta por la simple duda, porque la duda envenena la amistad y la contamina. Sucede lo mismo con la amistad que con la pureza³. Basta un foco infeccioso infinitesimal y la sustancia deja de ser pura. La crisis de la amistad no depende de la voluntad. Cuando la amistad se ha contaminado, podemos intentar salvarla, mantener una actitud amistosa, simular que nada ha ocurrido, pero es inútil. La amistad tiene una sustancia moral que se pierde para siempre una vez perdida la fe. La crisis de la amistad es, pues, similar a un proceso. Se evoca el pasado para juzgarlo y se evoca el futuro para determinarlo. *Y la decisión es siempre inapelable.*

En el enamoramiento cualquier decisión que tomen los enamorados, sea de abandonarse, de no amarse más o de amarse para siempre, es revocable. Porque la sentencia no afecta el amor del enamoramiento, que sólo se puede reprimir o negar, pero nunca anular. La pasión es ineluctable. En la amistad, por el contrario, la sentencia es inapelable. Todo lo esencial es ineluctable. La amistad y el enamoramiento tienen su esencia en dos espacios diversos, el enamoramiento en la pasión y en el padecimiento, la amistad en la valorización y en el veredicto.

CAPITULO CUARTO

1. La amistad es una forma de amor, pero ¿en qué se diferencia de todas las otras formas de amor a que hemos aludido? ¿Tiene alguna particularidad que la caracteriza de modo inconfundible? La amistad se diferencia de las demás formas de amor porque elige sus objetos con criterio moral y tiene frente a ellos un comportamiento moral. *La amistad es la forma ética del eros.*

Esta definición choca con la que de costumbre se da de la amistad. La amistad-privilegio, la amistad-favoritismo, la amistad-que-persigue-el-provecho, ¿no son acaso lo opuesto a la moral? Por cierto, este tipo de amistad nada tiene que ver con la moral. Pero, ¿podemos considerarla amistad verdadera? Pensemos en el libro de Dale Carnegie, *Cómo ganar amigos*¹. En realidad no se puede conquistar a los verdaderos amigos. ¿Es amigo aquel que, si aplicamos las reglas de Carnegie, no me dice la verdad, me sonrío siempre, me da siempre la razón y halaga de cualquier modo mi vanidad? ¿Puedo considerar amigo a quien, para cumplir sus fines, se comporta respecto de mí como un hipócrita, falso y adulator? Ni en sueños. Su forma de actuar es todo lo contrario de la amistad verda-

³ Vladimir Jankélévitch, *Le pur et l'impur*, París, Flammarion, 1960.

¹ Dale Carnegie, *L'arte di conquistare gli amici e il dominio sugli altri*, Milán, Bompiani, 1939, [Hay versión castellana: *Cómo ganar amigos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.]

dera.² La amistad desea ante todo la libertad del otro y si hace el menor esfuerzo por compelerla, cesa en ese instante de ser amistad verdadera.

También la madre quiere que su hijo sea libre, pero por temor a perderlo está dispuesta a manipular su voluntad. La madre tiene una misión educativa con respecto a su hijo. Mientras es pequeño, debe indicarle los valores y corregirle los defectos. Y después mantendrá esa tendencia a hacerle de guía. Pero el amigo encuentra al amigo en pie de igualdad. No tiene que enseñarle a vivir, no tiene que educarlo. Es cierto que le comunica las cosas en que cree y le dice lo que a su juicio es justo. Pero no es un maestro, no impone nada y no intenta imponerse.

El enamoramiento también necesita de la libertad del otro, pero se esfuerza por someterlo, porque quisiera tener la certeza de ser correspondido en su amor. El enamoramiento en sí se asemeja a los efectos de un filtro o una droga. Por eso el enamorado daría a beber el filtro a la amada y enloquecería después por no saber si es amado por lo que él es o por el filtro. La certeza lograda por ese medio es la incertidumbre total porque el hecho de ser amado proviene del acto más libre que pueda existir, mientras que la seguridad de la droga es una necesidad. El enamorado tendría entre sus brazos a una necia, privada de la capacidad de decir no y por ende, de decir sí, una autómatas que repite sí, sí, sí, pero no piensa. Y sin embargo, el enamorado busca el filtro mediante el cual, al afianzar la respuesta de la amada, mata el amor. Y lo hace porque quiere estar enamorado y al mismo tiempo quiere huir. Quiere enamorarse porque siente lo que es la

² Es increíble la cantidad de gente que se dejó engañar y corromper por esta propuesta hipócrita de Carnegie. Pero así fue, incluso en el pasado. Sócrates y Platón tuvieron que atacar a los sofistas, quienes sostenían que es verdadero aquello que logramos hacer creer a los demás. Cicerón dice de la adulación: "En las relaciones amistosas no hay peor flagelo que las lisonjas, el halago y la adulación: no hay palabras que alcancen para rotular, como se merece, este vicio de los hombres superficiales y engañosos que siempre hablan para complacer a los demás y nunca para decir la verdad". Cicerón. *Laelius: De amicitia*.

felicidad verdadera, pero quiere huir porque teme perderla.

Al amigo ni siquiera le pasa por la mente la idea de un filtro de la amistad. La amistad es un estado aceptado y querido. No queremos escaparle. No pensamos nunca, ni tan solo un instante, en esclavizar a un amigo. Un amigo dominado por nuestra voluntad es un contrasentido. Si lo estuviera, trataríamos por cualquier medio de liberarlo. Si hicimos algo para plagiarlo o engañarlo es porque no fuimos sus amigos. Por otra parte, un amigo nuestro enfermo, ebrio o drogado, conservará siempre frente a nosotros una pizca de lucidez. Nos reconocerá y luchará para permanecer lúcido en nuestra presencia, aunque sólo sea para pedirnos que lo dejemos en paz.

Ninguna forma de amor respeta tanto la libertad del otro como lo hace la amistad. Esta llega a puntos de extrema delicadeza. Por ejemplo, si un amigo ha hecho algo por nosotros, algo que ha sido útil, se lo agradeceremos pero evitaremos preguntarle por qué lo hizo. El amigo no nos debe explicaciones y es correcto que no las busquemos. No debemos analizar su comportamiento para encontrar sus motivaciones. El acto del amigo debe permanecer libre hasta el fin. Si buscamos explicaciones, siempre podemos encontrar un porqué, una justificación o un interés. Pueden encontrarse los determinantes de cada una de nuestras acciones incluso de la más libre, después que las hicimos. Un acto realizado, siempre se puede explicar y entonces se nos aparece como una necesidad³. El acto sólo es libre antes de ser realizado. Hasta último momento podemos hacerlo o no hacerlo y nadie sabe qué elegiremos. Por eso no nos preguntaremos por qué el amigo actuó así, porque siempre queremos pensar en él como en un ser libre, que en el acto del instante creador, cuando todo era posible, eligió de ese modo con libertad.

En el enamoramiento nos desesperamos por descifrar el comportamiento del otro. Nos preguntamos ansio-

³ Sobre este tema, véanse las excelentes páginas de Vladimir Jankélévitch, *Traité des vertus*, París, Flammarion, tomo I, págs. 17-36.

samente por qué actuó de esa forma. Es consecuencia del hecho de que la persona amada ejerce sobre nosotros un poder terrible. Nuestras necesidades, nuestros deseos, nuestra felicidad dependen de ella y si somos infelices quisiéramos poder remover las causas de la infelicidad. El enamoramiento es, de manera alternada, rendimiento y lucha contra un poder que sigue existiendo más allá de nuestra voluntad. La amistad, en cambio, no admite poder alguno contrario a nuestra voluntad. El amigo es el objeto de nuestra voluntad. Si la voluntad libre deja de quererlo, termina la amistad. Si un amigo me hace desgraciado, si me interrogo con respecto al porqué de una determinada actitud suya y me atormento, este tormento amenaza seriamente mi amistad, no sólo porque la amistad desea el placer sino porque se funda en la libertad. Si un amigo me trata mal y me hace sufrir, atribuyo su comportamiento a su voluntad. Lo considero responsable de lo que hace. No hay pasión alguna que esté "por encima de nosotros". Lo juzgo en el plano moral. Desde un enfoque moral, somos exigentes con nuestros amigos, mucho más exigentes que respecto de otras personas. "Un amigo no hubiera debido nunca hacerme esto", decimos. Podemos odiar a la persona de quien estamos enamorados. Este odio coexiste con nuestro amor, uno y otro se colocan en distintos planos. Con la misma rapidez con que odiamos perdonamos, más aún, olvidamos el odio y nos sentimos invadidos por el éxtasis amoroso. Es increíble a qué punto la amistad es más estable y más coherente. El odio la daña, la hiere, y el daño no es reparable. El odio no es para la amistad un accidente del camino, es un mal, un sentimiento malévolo que no se justifica ni se perdona.

2. No elegimos como amigos a las personas que no estimamos. Yo no sigo dialogando en silencio con alguien a quien considero un bribón, ni busco el consejo de una persona desleal. La amistad es el área social en que los hombres se comportan con mayor corrección entre sí, mejor de lo que se comportan ante los extraños. Es el área en la que se aplican con mayor rigor las normas morales

que, en abstracto, desearían que se aplicaran a todos: Kant, en su libro *Grundlegung zur Metaphysic der Sitten*, formula este principio moral: "Actúa de tal modo que trates a la humanidad, sea en tu persona o en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca simplemente como un medio".⁴ Es una norma moral universal que debemos seguir en toda ocasión, pero no lo hacemos. Ninguna relación utilitaria la respeta. En estos casos utilizamos a los demás como medios para alcanzar nuestros fines. Sólo con las personas que amamos seguimos esa norma. La madre no trata a su hijo como un medio sino como un fin. Nosotros no miramos al ser amado como un medio porque para nosotros es el bien supremo. No queremos estar con él por otro motivo cualquiera, porque estar con él es un fin último. Lo mismo vale para el amigo. Vimos cuán importante es la libertad del amigo. Reconocer la libertad de una persona, respetarla, significa considerar a esa persona como un fin.

Hay otra formulación de Kant que nos ayuda a describir la amistad con mayor precisión. Es el imperativo categórico, la única norma a la que deben ajustarse todas las demás máximas de la acción. Dice: "Actúa sólo de conformidad con aquella máxima que pudieras desear ver convertida en ley universal"⁵. Deberíamos comportarnos siempre de ese modo, pero en realidad no lo hacemos. Sin embargo, hasta en este caso hay personas con respecto a las cuales actuamos de un modo que se asemeja más al imperativo que a la moral. Como de costumbre, son las personas que amamos.

Es más restrictivo actuar sobre la base de una máxima que quisiéramos erigir en norma universal que considerar a la humanidad del otro como un fin. ¿Cómo podemos querer erigir en norma moral universal la pasión del enamoramiento, proponer para todos y para siempre este amor sublime e impetuoso que no tiene paz?

⁴ Kant, *Los fundamentos de la metafísica de las costumbres*.

⁵ *Op. cit.*

También es difícil erigir en norma universal el amor maternal que ama al hijo más que a sí y que no pide nada sino que sólo da. Vacilamos en erigir en norma universal las virtudes sublimes y heroicas o hacer una regla de algo extraordinario, de algo antieconómico o que subvierta de manera soberana todas las costumbres. Quizá sea exagerado querer ser todos como San Francisco, amar profundamente a todas las personas, y hasta los animales, hasta el lobo o las fuerzas naturales tales como el agua y el fuego. Sería imposible toda actividad organizada o toda actividad económica. Lo que podemos erigir en norma universal no es lo extraordinario sino lo ordinario, aquello que puede realizarse de modo razonable, por ejemplo, el desinterés, la generosidad, la gentileza, la sinceridad, la fidelidad, la capacidad de comprender a los demás. Existe amplio consenso en cuanto a lo que es virtud y lo que por el contrario es perversidad. También en nuestra sociedad, dominada por el interés económico y político, sentimos el peso de la competencia incesante, la dura necesidad que nos obliga a inclinar la cabeza frente a las vejaciones, a los privilegios, a las ofensas y a la brutalidad. Descubrimos que a veces odiamos, mentimos y engañamos. Nos abrimos camino a empujones o con astucia. Intentamos alcanzar posiciones de poder para ser menos dependientes y más libres. Pero al hacerlo usamos a los demás hombres como medios y alimentamos la cadena de luchas. Las relaciones sociales, hasta en una sociedad pacífica y regida estrictamente por reglas universales, entretejen intrigas y alimentan la maledicencia y la envidia. La falta de sinceridad y la maldad forman parte integrante de las reglas de juego del mercado y del éxito.

Pero, si no con todos, al menos con algunos, nos comportamos o intentamos comportarnos según el imperativo categórico. Amigos son aquellos que actúan uno respecto del otro según ese modelo que para Kant era válido de modo universal.

3. Vimos que la amistad tiene un fuerte contenido ético y que los amigos se tratan entre sí mejor que los ex-

traños, más o menos como deberían tratarse todos los hombres. La amistad aspira a un ideal de perfección moral y, si esto es real, se desprende que elegiremos como amigos a quienes así se comportan, al menos con nosotros, a quienes desde un enfoque moral se comportan bien con nosotros. A nuestra vez, seremos elegidos si nos comportamos de manera análoga, si actuamos de un modo que al parecer de nuestro amigo sea ejemplar. Cada uno debe comportarse frente al amigo de modo ejemplar. Es lo que los antiguos⁶ llamaban amistad según la virtud, o según el valor, y la norma de entonces sigue siendo perfectamente válida aun hoy.

¿Significa lo dicho que elegimos como amigos a todos aquellos que estimamos y admiramos? En absoluto. Podemos estimar a una persona y admirarla y no por eso convertirnos en sus amigos, ni desear siquiera serlo. La amistad no puede existir sin esta estima ni existir sin un comportamiento moral recíproco. Pero la amistad no es sólo estima, sólo admiración. También es amor. La amistad es la forma específica de amor cuyo objeto es una persona que apreciamos y que desde el punto de vista ético se comporta de un modo correcto, al menos con nosotros.

El enamoramiento intuye los criterios de juicio que revelan el valor de aquello que es, sea lo que fuere. Es la revelación del valor de aquello que se nos presenta como objeto del deseo. En la amistad, en cambio, los valores deben existir de antemano. Es cierto que apreciamos en un amigo cualidades y aspectos a los que no habíamos dado importancia y valor, pero en lo social el valor preexiste. Es el amigo quien nos lo revela, quien se comporta conforme a ese valor. En el amado apreciamos un movimiento de la cabellera, un gesto, un capricho. En el amigo apreciamos las buenas cualidades intelectuales y morales, la simpatía, la vivacidad y la solicitud que muestra hacia nosotros. ¿Quién será con seguridad nuestro amigo? Aquel a quien, a nuestro juicio, también los demás hubieran

⁶ Teofrasto, Cicerón y Plutarco retoman la distinción introducida por Aristóteles (*op.cit.*). Véase L.F. Pizzolato, *L'amicizia nel mondo classico*, Milán, CELUC, 1972.

debido apreciar. Amistad es dar lo debido, reconocer una cualidad, una virtud que estaba ahí, bien visible, pero que los demás no apreciaron porque eran indiferentes o porque odiaban. El amor por el amigo no nos da de él una visión desfigurada, sólo nos da una visión de él. No hace que lo sobrevaloremos sino sólo que lo juzguemos con equidad. Los criterios de juicio son universales. En las palabras, todos sostienen respetarlos, pero no lo hacen. El amigo es aquel que los respeta en mí y que no los olvida. Y yo hago lo mismo en cuanto a él atañe.

Por ello, amigo es quien nos hace justicia. Nos hace justicia en un sentido profundo y vital. La vida en sí puede ser justa o injusta. El amigo que aprecia en nosotros una cualidad que nadie había valorizado, que nos estima por algo que los demás desprecian, nos hace justicia en un sentido profundo. El amigo está de nuestra parte, lucha con nosotros y de ser necesario, nos vengamos. Por eso nos hace justicia.

Para apreciar una cualidad se requiere una disposición benevolente. El amigo es benevolente. Ve lo que somos y nos ayuda a ser nosotros mismos. Los demás son indiferentes; su corazón es frío y por eso ni siquiera ven lo que, en realidad somos. Sólo el amigo nos ve por aquello que somos. Puede suceder que quien nos hace justicia y viene hacia nosotros, tendiéndonos la mano, sea un desconocido, pero entonces, aunque sólo sea por un instante, es nuestro amigo.

Reconocer un valor significa también ver desde adentro. Los valores no son sólo comportamientos sino también sensibilidades, matices del ánimo. El hecho de que el amigo reconozca y dé valor, incluso a esas virtudes nuestras que de nada sirven, da a la amistad su carácter desinteresado y sublime.

4. Dijimos que los amigos deben comportarse de un modo ético uno respecto del otro. Pero, ¿sólo cuenta el comportamiento recíproco, o también el que tenemos fuera de la amistad? En otras palabras: ¿puedo ser amigo de una persona mala si sé que es mala? En el caso del ena-

moramiento la respuesta es sí. Nos enamoramos prescindiendo por completo de las virtudes de la persona amada. La amistad es mucho más exigente. Si sabemos que un amigo nuestro se portó de un modo deshonesto, sentimos una profunda turbación. Un medio para debilitar nuestra amistad es la calumnia, decirnos algo que pueda oscurecer la imagen moral del amigo.

¿Y qué ocurre si el amigo siempre se portó bien con nosotros? Puede suceder que un amigo sea honesto al extremo con nosotros y no nos pida jamás algo deshonesto. En la amistad muestra su aspecto mejor, tal como el hijo con la madre, porque quiere que nosotros lo apreciemos. Uno de los modos de amar es tratar de coincidir con la imagen ideal que el amado se ha formado de nosotros. En el caso del amigo lo que sobre todo cuenta es la imagen ética. Con el amigo queremos parecer transparentes y honestos. Por eso, hay también quien esconde sus debilidades, sus perversidades, para presentarse del modo mejor y con el amigo pone en juego todas sus virtudes.

Un padre puede ser pendenciero dentro de la sociedad e impartir después a su hijo una educación ejemplar porque quiere que el hijo sea mejor que él. Un ladrón y un asesino pueden ser dulcísimos con la amada porque la aman y quieren ser amados por ella. Del mismo modo un hombre puede ser virtuoso y delicado con un amigo y esconderle sus defectos. El otro podrá entonces decir con toda honestidad: "Conmigo siempre se ha portado bien". ¿Es ésta una amistad verdadera? Sí, es una amistad verdadera. Lo es incluso desde el punto de vista de quienes, como Aristóteles o Cicerón, entienden que la amistad verdadera sólo puede existir entre los buenos. En efecto, Cicerón escribe: "La amistad debe, pues, sancionar esta ley: no exigir jamás a los amigos cosas deshonestas y no hacerlas jamás si se las exigieren. . . pedir a los amigos sólo cosas honestas".⁷ El amigo que nos escondió sus defectos pero nunca nos pidió nada malo se atiene a estar norma. Este tipo de amistad es

⁷ Cicerón, *op. cit.*

entonces verdadero, aun cuando tenga algo de frágil. Uno de los dos debe esconder, no puede ser sincero ni puede confiarse, no puede contar nada importante de su vida. La amistad es conocerse cada vez con mayor profundidad. En este caso hay un obstáculo insuperable. El amor es compatible con la reticencia y la reserva. Hay hombres y mujeres que nunca aceptarían una "traición" sexual de su cónyuge o de su pareja aun cuando lo amen y sean amados profundamente por él. En estas situaciones el otro prefiere callar antes que comprometer algo que es esencial; y lo hace porque juzga que la cosa carece de importancia, porque la considera un hecho marginal que no deteriora la esencia de la relación. Un mafioso, un miembro de un grupo terrorista o un político corrupto, por el contrario, no deben callar un detalle de su vida, deben callar lo esencial. Una amistad que entra en ese conflicto tan fuerte con la ética es por lo tanto frágil y desesperada.

También este ejemplo confirma la tesis de que la amistad es la forma ética del eros. Amigo es quien intuye y apela a la parte mejor de nosotros, la más buena, más humana, espontánea, sincera, libre de envidia y gentil. El hecho de que la amistad tenga un componente ético tan fuerte, da veracidad a la afirmación "dime con quién andas y te diré quién eres". Los amigos son el retrato objetivo de la moralidad de la persona. Nos muestran su rigor y su intransigencia, pero también su amor por la inteligencia y su creatividad, y hasta su tolerancia.

No todos los seres humanos son iguales, los hay sobrios y alcoholizados, sinceros y mentirosos. El intrigante, en definitiva, se rodea de intrigantes y quien ama el poder y el servilismo se rodeará de personas serviles. El chantajista será víctima de chantaje. La mafia y las camarillas se basan en el miedo recíproco.

Concluamos este capítulo con una cita de Voltaire: "La amistad es un contrato tácito entre dos personas sensibles y virtuosas. Digo 'sensibles' porque un monje o un solitario pueden ser personas de bien y vivir sin conocer la amistad. Digo 'virtuosas' porque los malvados sólo tienen cómplices; los sensuales, compañeros de juerga; los

codiciosos, asociados; los políticos reúnen a su alrededor a sus partidarios; los holgazanes consuetudinarios tienen relaciones y los príncipes, cortesanos; pero sólo los hombres virtuosos tienen amigos. Ceteo era cómplice de Catilina, y Mecenas, cortesano de Octavio, pero Cicerón era amigo de Atico".⁸

⁸ Voltaire, *Dictionnaire philosophique*.

CAPITULO QUINTO

1. Dijimos que la amistad es la forma ética del amor, pero la amistad es también una preferencia. Ser amigo implica, siempre, ser más amado que alguien, que otro, que la inmensa masa anónima de los demás y ser preferido a todos. Es el sentimiento de dos hermanos, cada uno de los cuales quiere ser elegido y exige para sí una atención más. El amor de la madre iguala y nivela, es verdaderamente idéntico. La exigencia individual se enfrenta con esta igualdad absoluta. La amistad es la exigencia de una atención personal. Fenelon señala que cada uno quiere ser amado por sí, sobre todo lo demás y sólo por inclinación pura; quiere que el mundo entero sea sacrificado. ¿No reside, entonces, ahí, la raíz de todo privilegio y de toda injusticia? Por eso Kierkegaard dice: "Precisamente por ello el cristianismo desconfía del amor profano y de la amistad, porque la predilección, la pasión. . . son en el fondo un acto de egoísmo".¹ Para Kierkegaard el amor cristiano sólo puede, por lo tanto, existir como deber. El cristianismo nos enseña que amar al prójimo es un deber. El amor, entonces, no es una inclinación espontánea, un impulso de la pasión o un sentimiento. Es un imperativo ético, una opción de la voluntad. Pero ¿podemos imponernos el deber de amar a alguien y sentir simpatía por él? Kant se había planteado

¹ Sören Kierkegaard, *Kjaerlighedens Gjerningen* (1847).

antes esta pregunta y su respuesta fue negativa. No, no podemos imponernos amar a alguien, sentir simpatía. El amor y la simpatía son sentimientos espontáneos que no se pueden provocar a voluntad. Yo puedo intentar amar a mi enemigo, pero como máximo podré hacer alguna acción a su favor. Podré desechar todos los malos pensamientos que me pasen por la cabeza; podré ponerles la otra mejilla y darles todo mi dinero, pero no podré provocar en mí ternura y simpatía ni amistad sincera. Dicen que San Francisco lo lograba. Pero por eso se lo considera un santo y un santo dotado de una extraordinaria capacidad de amor. Por ello Kant, frente al problema del significado del acto moral, llegó a la conclusión de que así como no podemos imponer sentimientos, la moral no puede pedirnos afectos sino sólo acciones. Según Kant la ética no tiene nada que ver con la amistad, la simpatía o el amor. La acción moral se hace sólo por deber, en contra de las inclinaciones propias y de los sentimientos propios. Pero si actuamos siempre de este modo, obligándonos a hacer acciones desagradables, ¿no perdemos el placer espontáneo de hacer el bien? Para actuar así debemos deformar nuestra sensibilidad y mortificar nuestra espontaneidad. El resultado será que nos comportaremos bien pero nunca muy bien, seremos ecuanímenes con todos pero daremos poco a cada uno, el mínimo indispensable.

La ética de Kant ha sido muy importante para construir la sociedad contemporánea justa y eficiente. El buen funcionamiento social no necesita del altruismo pero sí de la fiel ejecución de los deberes profesionales y sociales de cada uno. Si no hubiéramos construido una ética impersonal que requiere una imparcialidad absoluta, no hubiéramos creado nunca instituciones equitativas que imparten a todos la misma justicia y les brindan las mismas prestaciones. Para superar la parcialidad de la amistad, la familia, la parentela y la preferencia, se necesita una ética que condene todo lo que se basa en el sentimiento y afirme un deber idéntico de nosotros frente a todos los hombres. Sólo si se ponen de lado las preferencias, pueden actuar con moral el funcionario que está detrás de la ventanilla,

el médico en el hospital y el juez en el tribunal. En los países católicos la ética de los sentimientos perpetuó el privilegio y sirvió de instrumento para impedir la creación de esas instituciones imparciales, eficientes y justas que son el orgullo del mundo protestante. Sobre este punto no hay dudas. La imparcialidad de la administración moderna es una creación de la ética kantiana que coloca al deber en el primer puesto.

La sociedad ha mejorado no porque la gente se ame más sino porque creó organizaciones impersonales justas. El empleado que se encuentra tras la ventanilla no necesita espíritu de caridad. El mundo moderno nació de la separación entre la ética y los sentimientos, sean éstos altruistas o personales. Las virtudes se objetivaron en normas de conducta impersonales e imparciales. El resultado último es el robot que responde sin demora a las preguntas de todos, siempre dispuesto, servicial e infatigable, paciente hasta el infinito, ecuánime y justo.

Si éste es el progreso de la humanidad, ¿cuál es la función de la amistad? Ninguna.² La amistad ama aquello que aprecia y aprecia aquello que ama. No por ello es más meritoria ni es una superación con respecto al deber. La amistad sólo tiene sentido en tanto los seres humanos tengan también necesidad de amor y consideración personali-

² Se han hecho numerosas tentativas para demoler la posición kantiana e inferir de los sentimientos de benevolencia el obrar virtuoso. Por ejemplo, Lawrence A. Blum, *Friendship, Altruism and Morality*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1980, al decir que el amor, en las relaciones en que el amor existe, es la fuente principal de la ética (*ama et fac quod vis*), lo que no significa que no se necesite una ética. Es cierto, el amor conduce sin error hacia las acciones justas. Pero nosotros nos cansamos, somos perezosos y olvidamos con facilidad realizar las acciones. Decimos "te amo, te amo", pero no hacemos nada en concreto. Se requiere, en cambio, una práctica, un aprendizaje, una disciplina. Se requiere que yo, guiado por el amor, me imponga ir a ver a mi madre, a mis hijos o a mi amigo enfermo. Toda sociedad nos asigna obligaciones hacia aquellos a quienes proclamamos amar. Esos deberes emanan de la simple intuición aplicada a las situaciones concretas. Si mi madre está sola y yo la amo, debo satisfacer su deseo de compañía. Toda ética nos impone procurar el bien del otro. En el amor sentimos inclusive el deseo de hacerlo, pero entre el deseo y la acción hay un hueco que sólo puede llenar el cumplimiento de un deber.

zada por parte de los demás seres humanos. La ética impersonal impulsa el progreso de la organización social pero sólo el amor hace la vida digna de ser vivida. En los hospitales el médico debe cuidar bien a todos por igual pero será la madre quien sostenga la mano del niño que llora, porque el niño, como los otros, tiene necesidad de cuidados pero necesita, además, a su madre que sólo le pertenece a él y a nadie más. La vida está hecha de ambas cosas. Mientras la organización sanitaria mejora, el amor de la madre sigue siendo el mismo. Así pasa con la amistad. No pretendamos que dé más de lo que puede dar. No nos ilusionemos, sin embargo, con poder prescindir de ella.

Cuando una sociedad se basa en la norma de la imparcialidad, ésta se torna una precondition de la amistad. No puedo pedir a un verdadero amigo que en cuanto a mí atañe, viole la norma de la imparcialidad, ni si es médico que descuide a los otros pacientes, o si es juez que me favorezca. Si lo hiciese sería inmoral y, por consiguiente, merecería el desprecio general. Y si soy su amigo no puedo desear su mal.

Por eso en los países en donde la sociedad está organizada sobre la base de la parcialidad, la amistad será parcial. Pero hoy en día, cuando la sociedad se funda en normas universales, la amistad debe respetar ante todo el universalismo y la imparcialidad. La amistad acepta las virtudes sociales del mismo modo que la sociedad las da y las respeta con todo vigor. No las crea pero las aplica con el máximo respeto y las custodia con el mayor celo.

2. Vimos antes que la impulsión de la amistad hacia la preferencia no es un hecho moral. Puede contraponerse a la moral como privilegio, o bien puede completarla y enriquecerla. Pero cabe preguntarse si en realidad no tiene un significado más profundo. Los cachorros van hacia la madre en busca del alimento. Los niños se acercan para recibir afecto. ¿Es ésta la primera impulsión hacia la preferencia? ¿O debemos buscarla acaso en la competencia, en la lucha? El deseo de ser amados y preferidos, ¿tiene la

misma raíz que el deseo de sobresalir y, por ende, el del éxito. ¿O pertenece, en cambio, a la competencia por el sexo, la categoría o el territorio? Puede ser que existan en la amistad raíces de esta naturaleza. Pero es más probable que nos apartemos del camino recto. En realidad, en la amistad no hay lucha. No haremos amistades ahuyentando a los demás. Se compite por amor o por erotismo, no por amistad. La preferencia que requiere la amistad es consideración individual, reconocimiento del valor de la propia individualidad, única e inconfundible. Toda individualidad merece nuestro reconocimiento. No se sustrae a otro. La madre encuentra en cada uno de sus hijos alguna virtud particular: uno es simpático; otro, cordial; el tercero es paciente y el último, dulce. Cada uno tiene algo más. En realidad, sólo es algo distinto. Pero esa distinción es una virtud y toda virtud es absoluta, es una primicia. Si alguno no la tiene, le falta algo. ¿Qué significa no tener paciencia, o coraje, o dulzura? Ese algo más constituye lo único, lo diferente, lo inconfundible. Por eso este "algo más" no se mide con el mismo parámetro de evaluación como en las competiciones, o en cualquier otra situación en la que haya un desafío, por ejemplo en el galanteo.

La amistad está más ligada con lo que nos individualiza como personas únicas e inconfundibles que con aquello que nos coloca por encima de los demás. Le damos muchísima importancia a la opinión del amigo. El es quien nos comprende, quien sabe apreciar alguna de nuestras virtudes poco evidentes. Amigo es aquel que nos juzga, pero no el juez de una competencia, no nos da trofeos ni premios, no nos da riqueza ni sanciona nuestra superioridad social. La preferencia a la que nos referimos es un reconocimiento de la individualización, de nuestra persona y su valor. Atañe a la naturaleza propia del yo. Popper acota: "Todo aquello que hace la vida digna de ser vivida se vería comprometido de inmediato si las vidas no fueran absolutamente únicas, sino características, en cada uno de sus aspectos, de una determinada clase de personas, de modo tal que repitieran todas las acciones y experiencias de todos los demás hombres que pertenecen a la misma clase.

Lo que hace nuestras vidas dignas de ser vividas en la unicidad de nuestras experiencias. . ."³

En realidad la unicidad tampoco basta. Es la persona consciente lo que cuenta. Toda cosa es única, hasta una piedra, pero no por eso tiene valor. El valor está dado por la centralidad del yo como conciencia, unidad consciente de lo múltiple. Por alguna razón, en absoluto misteriosa, la vida produjo la conciencia, y ésta sabe que existe y que puede no existir. Para optar por la existencia la conciencia debe quererse, debe decirse sí a sí misma, valorarse, juzgarse mejor que el no ser. Si no lo hiciese, si no tuviera este narcisismo original, se disolvería. En el animal la voluntad de conservación está en manos del instinto, de la fuga y del dolor; en el hombre, en manos de la opción entre el ser y el no ser. El dilema está presente una y otra veces. Y si se opta por el ser, o sea, por el sí, y no por la nada, por el sueño, no es sólo porque existen el miedo, el hambre, la sed y el dolor, o sea, el instinto, sino porque el yo se aprecia a sí mismo, logra amar su milagrosa individualidad, frágil, patética individualidad personal. Esquilo llama a los hombres "efímeros". Por este motivo cada uno quiere ser amado por lo que es, sobre toda otra cosa, sólo por pura inclinación. En sustancia, cada uno quiere la preferencia absoluta porque, creada la conciencia, la vida sólo puede proseguir si la conciencia individual está dotada de valor, si así se prefiere. El amor es el modelo de esta preferencia. Los niños no podrían conservar en sí el impulso vital si no se sintieran amados por la madre. Freud nos ha dejado páginas bellísimas sobre esta necesidad desesperada de ser objetos de amor y de identificación. En definitiva, incluso el enamoramiento es encontrar a aquel que preferido y preferible entre todos, nos ama más que a cualquier otra cosa. Tenemos necesidad de sentirnos amados más que cualquier otra cosa en el mundo para encontrar la fuerza para dominar la increíble multiplicidad que existe dentro de nosotros. Somos el producto de todas nuestras experiencias so-

³ Karl Popper, *The Society and its Enemies*, Londres, 1957. [Hay versión castellana: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós.]

ciales, de todas nuestras identificaciones y de todos nuestros deseos. El yo es la unidad lábil y precaria de estas fuerzas divergentes siempre a punto de desvanecerse, de disiparse. El amor es lo que nos sostiene y nos da fuerza,⁴ no la justicia abstracta, el amor personal que sólo mira hacia sí.

Pero quizás haya otra explicación más profunda aún. En la especie humana el individuo puede imponer un cambio de rufa a la cultura y, en definitiva, a la evolución. La inteligencia creativa puede realizar este hecho supremo. Cada individuo es, en potencia, el detentor de un poder inmane, el poder de crear nuevas especies biológicas. Por eso, la conciencia es conciencia de ser, en potencia, una especie en sí. La inteligencia está programada por la creación de lo diverso. Todo hombre es, en potencia, un nuevo Adán,⁵ y esto le confiere un valor increíble a la individualidad. El enamoramiento, el amor maternal o paternal, la amistad, se vuelven todos hacia la individualidad personal, la cosa más frágil y, sin embargo, la más importante. Tan frágil es que requiere de un apoyo externo, del reconocimiento y del amor de otra persona dotada de valor. Y es, no obstante, la única potencia indomable de la naturaleza.

⁴ Véase Francesco Alberoni, *L'albero della vita*, Milán, Garzanti, 1982, pág. 115. [Hay versión castellana: *El árbol de la vida*, Barcelona, Gedisa, 1983.]

⁵ *Ibidem*. pág. 23.

CAPITULO SEXTO

1. La amistad, en esencia, es una relación entre dos individuos aislados, patrones de sí. Y es un encuentro entre pares. Aunque sus condiciones económicas y sociales sean diferentes, sólo pueden ser amigos si se encuentran como dos seres soberanos e independientes, con el mismo poder e igual dignidad.¹

En general, cuando pensamos en la amistad pensamos en la necesidad y en los favores. De hecho, recurrimos a los amigos cuando tenemos necesidad de ellos. Con frecuencia sólo los recordamos cuando estamos en dificultades. Pero no son éstos los momentos que constituyen la amistad verdadera.² No es necesitando de continuo uno del otro como hacemos amistad. Es más, en este caso pueden suscitarse muchos sinsabores. La amistad no sobrevive cuando nos ponemos en situación de necesitar siempre de un amigo. La amistad es incompatible con un alto grado de necesidad, porque es incompatible con un desequilibrio de poder demasiado grande. Si yo necesito algo que sólo otro puede satisfacer, ese otro ejerce un poder sobre mí. Por ello; si

¹ C.S. Lewis, *I quattro amori*, Milán, Jake Book, 1982, págs. 92-93.

² Ya lo había sostenido Cicerón, *op. cit.* y lo repite con toda claridad Lewis, *op. cit.* El fenómeno es real, incluso en otras culturas. J. Pitt-Rivers en *People of the Sierra*, Chicago, Phoenix, 1963, demuestra que los amigos se ayudan mutuamente, pero con la condición de que quede en claro que lo hacen porque son amigos y no que son amigos porque lo hacen.

recurso siempre a un amigo determinado, termino por depender de él, le otorgo un poder que será tanto mayor cuanto más me ponga en sus manos. Este comportamiento contrasta por completo con la soberanía de la amistad y es inevitable que termine por destruirla, aun si el otro tiene la mejor disposición con respecto a mí y si lo que hace por mí lo hace de buen grado. Basta con que sea desatento una vez, o tenga dificultades o simplemente se haya fastidiado un poco para que nos sintamos traicionados. Al comportarnos de ese modo actuamos como indolentes y, por lo tanto, no actuamos como amigos. Lo hemos cargado de obligaciones y, en definitiva, le hemos hecho chantaje. Lo pusimos en situación de sentir nuestra amistad como un peso. La amistad debe ser siempre llevadera. Debo permitir al amigo que me ayude con alegría. Pero esto presupone la necesidad excepcional y no habitual. La amistad es un don ocasional y no beneficencia continua. Si después me hago digno de ese favor haciéndole a mi vez favores que casi lo obligan (*do ut des*), estoy transformando mi amistad en un chantaje y lo fuerzo a defenderse. Es mejor que la situación contractual sea explícita. El mejor parámetro de la utilidad es el mercado y no la amistad. Por eso no puedo exigir como un derecho lo que el otro me dio una vez de manera espontánea y jubilosa. Si un amigo es poderoso, lo correcto es que yo me ponga en situación de no tener necesidad de él.

Aristóteles dedicó muchas páginas de la *Ética a Nicómaco*, a la discusión sobre las formas de amistad entre personas que no son pares.³ ¿Puede haber amistad entre un rico y un pobre, entre una persona culta y una inculta, entre un adulto y un niño? Hay una tendencia generalizada a responder por no. C.S. Lewis, por ejemplo, sostiene que es imposible, y para señalar este tipo de amor emplea la ex-

³ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, capítulo IX. Es abundante la bibliografía, sobre todo en inglés, que demuestra la importancia que revisten las semejanzas de edad, sexo, clase y estado civil, en la elección de los amigos. Véase P. Lazarsfeld y R. Merton, "Friendship as Social Process", en M. Berger, T. Abel y C.H. Page, *Freedom and Control in Modern Society*, Nueva York, Van Nostrand, 1954, págs. 18-66.

presión *afecto*. No cabe duda de que una gran desigualdad torna imposible la amistad. Pero muchas desigualdades son superables si los amigos las colocan entre paréntesis. Esto significa, en concreto, que quien posee superioridad y poder debe poner todo a disposición del amigo sin que el otro deba por ello utilizarlo. Por el contrario, debe aprender a no necesitarlo. Y entonces la amistad es posible porque no se funda en la desigualdad y la necesidad, sino en lo que cada amigo es en sí, en su valor característico y en lo que aporta para construir la personalidad del otro.

Al ver al amigo hay que olvidar la necesidad. La amistad se asemeja a la humildad, sólo puede existir olvidándose de sí.⁴ Por esa razón no hay amistad si no hay abandono, el "sea como fuere", la rendición a lo que existe, la espera que no implica obtener porque el hecho de obtener siempre está de más. Por eso la amistad es la autolimitación de los deseos pero sin renuncia, sin sufrimiento. Implica no pensar en ellos, estar satisfecho, no desear y no anhelar. La amistad exige que no haya envidia ni avidez. Se bendice lo que se recibe. En la amistad hay un paso de la indiferencia al alborozo. No quiero desear para no sufrir una desilusión, pero si recibo algo experimento un gran alborozo, es más, pienso que es maravilloso.

Todas las cosas que valen y, por ende, también la amistad, deben tener en su núcleo el paso de la nada al todo. Se requiere el vacío para poder llenarlo. En el amor, la desesperación pasa a ser éxtasis exultante. Aquí la privación deviene deleite.

La renuncia no quiere decir complacencia por el renunciamiento. Quien se complace en renunciar, después es incapaz de gozar. Renunciar a la amistad no es un acto heroico. Es más bien apartar un pensamiento molesto. Pro-

⁴ Es un misterio. La felicidad quiere decir que ya nada me importa de mí. El máximo de mi yo es mi no yo. La muerte bella es aquella en que morimos por los otros. Si el enemigo nos ataca, avanzamos sin miedo para defender a los nuestros y morimos sin temor. Nuestra naturaleza nos exige que seamos parte de una entidad más compleja que nosotros. Cesamos entonces de tener deseos. El máximo del deseo es el fin del deseo. Pero no es un estado, es un instante, siempre aparece en un instante.

ducido este tipo de equilibrio que se basa, por un lado, en la generosidad y por el otro, en el desinterés, cualquiera de los dos puede pedir con serenidad. No nos humillamos ante un amigo. Pedir a un amigo no es problema, es tan natural como ofrecer o regalar.

2. ¿Por qué, en cambio, en cualquier otra situación, nos humilla pedir, por ejemplo, pedir un aumento de salario? Porque en el momento en que pedimos, damos al otro un poder ulterior, quedamos a su merced. Si nos lo niega, nos debilitamos aún más y él se fortalece aún más. Los sindicatos no piden, exigen. Los trabajadores provocaron un cambio radical cuando renunciaron a pedir. Comprendieron que de nada sirve pedir. La humillación no satisface y por ello no piden; luchan, reivindican. La reivindicación se hace en nombre del derecho y con amenazas. Si pide, lo hace con un arma en la mano. Es como una extorsión, pero extorsión para obtener lo que se debe. La extorsión a un ladrón tiene de su parte el derecho justo y la fuerza. Por el contrario, la mera petición ni siquiera tiene de su parte el derecho justo. Todo individuo tiene percepción de la justicia, sabe que ha adquirido derechos pero le faltan fuerzas para afirmarlo. Los otros le dicen: "Tienes razón, te ha tratado de modo injusto", pero no mueven un dedo en su favor y, más aún, se alegran y gozan con su humillación. Es una crueldad para con los pobres, los débiles y los miserables. Es un placer ver humillado a otro: fue y se humilló, pidió algo y le dieron con la puerta en las narices. El individuo en esa situación percibe su derecho pero le faltan fuerzas para exigirlo. Suplica y ruega. La distancia entre él y el patrón se acrecienta, se vuelve infinita. Cuando la diferencia de poder es infinita, la justicia está sólo de una parte. Sólo la contraposición de otro poder permite eliminar la humillación. Sólo al adquirir poder, emerge el derecho. La reivindicación presupone un poder, la posibilidad de un enfrentamiento, de una lucha. La solidaridad colectiva, la conciencia del derecho, la reivindicación y la preparación para el enfrentamiento se mueven a un tiempo, son diferentes manifestaciones de un mismo proceso. Por ello el

pedido que no humilla, el pedido de lo que es debido, es siempre un pedido armado. Hasta cuando pedimos algo en la ventanilla de correos o en el mostrador de un negocio, siempre tenemos, ante una negativa, la posibilidad de imponernos o tomarnos una represalia. El empleado no puede rehusarse porque podemos llamar al director. El comerciante no puede impedirnos hacer una escena que influya de manera negativa sobre los demás clientes. En el sistema de expectativas recíprocas institucionalizadas que existe detrás del mostrador, el comerciante tiene que dar satisfacción al cliente. Si no lo hace, tendrá que soportar sanciones. El cliente ejerce un poder. Hasta respecto de las personas amadas ejercemos un poder, el poder de hacerlas sufrir si no satisfacen nuestras exigencias.

Con el amigo, en cambio, no ejercemos poder alguno. No protestamos ni nos tomamos ninguna represalia. Nada. Pedimos y él nos da. Nos rebajamos a pedir porque no aumentamos su poder. Contamos con el amigo y eso es todo. Nuestro pedido se funda en el presupuesto de su disponibilidad. Este es el encuentro entre pares benévolos el uno hacia el otro. Entre ellos existe un pacto tácito por el cual si uno pide, recibirá. "Pedid y obtendreis, golpead y se os abrirá." Sin plegarias, pero tal como se golpea a la casa de un amigo. Es el amigo quien abre si el otro golpea y quien da si el otro pide, y no es preciso llevar la contabilidad.

3. ¿Qué diferencia hay entre el elogio que de mí hace el amigo y el que de mí hace un superior? Que el superior elogia pero mantiene la distancia. Si el superior, al elogiarme, me admite como a un par, pasa a ser mi amigo. Por otra parte, admitirme como par quiere decir que puede ser elogiado por mí o, en otros términos, que me toma por un superior que lo trata como par. Amigas son dos personas cada una de las cuales hubiera podido ser el superior de la otra. La amistad es un movimiento de creación de la superioridad, seguido por la renuncia a esa superioridad. Por ese motivo, la amistad es a menudo un antagonismo evitado. Por eso la amistad es el encuentro de dos personas

que resuelven ponerse en el mismo nivel y que se reconocen como soberanas sin volver a preguntarse quién es superior y quién es inferior. Es una actividad de equiparación.

Este mecanismo de equiparación fracasa algunas veces y en ese caso la amistad no puede durar. Lo vemos cuando las vicisitudes de la vida favorecen mucho a uno y nada al otro. Habitados a la igualdad, los amigos no logran superar la diferencia. Un cuento de Pirandello que Santucci cita,⁵ es ilustrativo de este fracaso de los mecanismos de equiparación. Se trata de dos agricultores que por once años son socios en la misma hacienda. Cada uno confía por completo en el otro. Nunca hubo entre ellos una desavenencia. Los dos se casan y tienen la misma cantidad de hijos. Por lo tanto, se asemejan en todo y por todo. Pero la mujer de uno de ellos muere en el sexto embarazo. El viudo, endurecido por el dolor, no quiere que el amigo le hable ni lo busque. Tres días después ordena a su hijo que lo ayude a empacar todas sus cosas y se van del lugar. Al amigo que trata de retenerlo le dice que ya no puede quedarse. Se intuye que no logra soportar la nueva situación. Al quedar solo, con cinco hijos pequeños, ya no puede mantener con el amigo las relaciones de antes. Después, tendría necesidad de él, de su mujer.

Por lo general la amistad consigue superar muchas desigualdades. Sería un error pensar que sólo sea posible entre gente de los mismos ingresos o de la misma clase social. Pero se dan situaciones en que la desigualdad despedaza cualquier tipo de amistad o lo daña. Por ejemplo, cuando hay un poder absoluto y solitario que requiere desafiar a todos y disminuir a todos los demás. En una monarquía de derecho divino el rey no necesita humillar porque su superioridad es reconocida. También en una aristocracia hereditaria se reconocen los niveles de jerarquía y la competencia se reduce. Pero en un tipo nuevo de despotismo (pensemos en Mussolini, Hitler o Stalin) todos pueden aspirar al poder. Quien está en lo alto tiene

siempre motivos para temer a sus subordinados y por eso debe dominarlos. Si tenemos que imaginar la figura contraria de lo que es un amigo, pensamos en el dictador. A su alrededor todos están en peligro y deben saberlo. Ni siquiera deben crear entre sí relaciones demasiado estrechas, porque se podría pensar en una conspiración. Los déspotas no tienen amigos y temen la amistad como un complot en su perjuicio. La amistad es una virtud democrática y republicana.

⁵ A. Merlini, L. Santucci, *Il libro dell'amicizia*, Milán, Mondadori, 1960.

CAPITULO SEPTIMO

1. Sabemos que desde el punto de vista físico toda sustancia puede existir en tres estados: sólido, líquido y gaseoso. También en el campo social se pueden distinguir tres estados.¹

Uno es fluido, cálido, apasionado y posee un gran poder de atracción y una gran solidaridad, pero es inestable y tiende a transformarse en los otros dos estados. Retomando una expresión de Max Weber lo he llamado *estado naciente*.

El segundo estado es el *institucional*. Por norma, se llega a él en forma gradual. Cada peldaño es un acto de opción, de voluntad. La institución es aquello que ha sido querido, mantenido y realizado a partir de lo que se había entrevisto en el estado naciente. También la institución está animada por una creencia y tiene una fuerte solidaridad, pero no es ardiente como el estado naciente. Es más rígida, más dogmática.

El tercer estado, al que llamo *cotidiano*, es el producto del debilitamiento y la descomposición de la institución. Se caracteriza por una escasa solidaridad y por nexos utilitarios y pragmáticos.

¹ Francesco Alberoni, en *Movimento e istituzione*, trata de modo sistemático la teoría expuesta en este libro, y el mismo autor, en *Innamoramento e amore*, trata el caso particular del enamoramiento como estado naciente y del amor como institución y cotidianidad. [Hay versión castellana: *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa, 1980.]

Pueden encontrarse estos tres estados en muchísimas formaciones sociales. Formaciones sociales diferentes presentan propiedades análogas cuando se encuentran en el mismo estado. En cambio, las mismas formaciones, en dos estados diversos, ofrecen diferencias sorprendentes. Para no fatigar al lector daré ejemplos de inmediato.

Comencemos por la pareja, constituida por dos únicas personas. En este caso el *estado naciente* corresponde al enamoramiento. Con anterioridad esas dos personas no se conocían en absoluto o si se conocían no sentían una simpatía especial. Con el enamoramiento, con el estado naciente se ven a sí mismos y ven el mundo propio y el pasado propio de un modo diferente. El estado naciente es un renacimiento, una nueva iniciación. El estado naciente origina una inmensa solidaridad. En cierto sentido, dos individuos están "poseídos" por la fuerza colectiva que los alienta y los fuerza a estar juntos.

Después de algunos años esa misma pareja nos da un ejemplo de *institución* (el segundo estado). Los dos enamorados superaron las dificultades que los separaban y optaron por vivir juntos, por ejemplo, se casaron y tuvieron hijos. Ahora constituyen una pareja unida pero han perdido el entusiasmo y el ardor de otros tiempos. Más aún, algunas veces sienten nostalgia de esa época. Pero tampoco tienen las dudas que los asaltaban durante el enamoramiento. En ese momento el tormento acompañaba al éxtasis. La institución es el producto de la opción, es algo que ha sido querido. En el estado naciente todo parecía posible aunque no todo lo fuera. Todo parecía superable aunque muchas cosas demostraran ser inmodificables. Fue necesario optar, renunciar. Pero todo lo que se posee en la institución es sólido.

Tomemos ahora el caso de dos cónyuges hastiados que llevan una vida normal que se rige más por la costumbre que por la pasión, más por la comodidad recíproca de estar juntos que por un amor profundo. Aquí ni siquiera se tiene la segura posesión de los valores, la certidumbre de haber hecho la elección justa, el orgullo de haber vencido

los obstáculos. No es una institución sino una formación consuetudinaria y cotidiana.

En los grupos encontramos las peculiaridades del *estado naciente*, de la institución y de la cotidianidad. Tomemos por ejemplo un grupo religioso. Con igual facilidad podremos considerar un grupo político o un círculo cultural. Lo importante es que lo observemos en cuanto nace. Al observar al grupo religioso en esta fase, encontramos personas tocadas por la revelación divina, llenas de una fe ardiente y de una enorme esperanza de renovación. Todos los grupos cristianos, antes y después de la reforma, se iniciaron con la experiencia de poder dar realidad de manera algo más profunda, algo más auténtica, al mensaje del Evangelio. En ellos reina la hermandad,² y la comunidad espontánea; la gente está llena de felicidad. Mira su pasado como un período de oscuridad y error. Es el tiempo del entusiasmo, el tiempo de los orígenes.

Después ese mismo grupo religioso pasa a ser una secta. Dicta sus normas. Dirime, de uno u otro modo, sus propias disputas teológicas. En general renuncia a las expectativas entusiastas de los primeros tiempos. Sabe que el Reino madura con lentitud. Los miembros de la secta todavía se llaman hermanos aunque ya no hay esa comunidad espontánea de los comienzos. Pero tampoco existen los errores y excesos de entonces. La secta se impuso normas, definió el propio campo de actividades. En cierta manera eligió a sus pastores. La solidaridad ya no es apasionada, enardecida, pero existe, todos pueden confiar en ella. Esta es la institución.

También en el grupo se encuentra el tercer estado, el de la cotidianidad. Ahora la secta existe como estructura consuetudinaria. Ya nadie entra por conversión. Forma parte de ella la gente que nace en la zona, la que va a la

² El grupo en estado naciente se asemeja a lo que Víctor Turner denomina una *communitas*. Véase V. Turner, *Processo rituale*, Brescia, Morcelliana, 1973. Sin embargo, la *communitas* de Turner no es el estado inicial del movimiento. Tampoco es la meta, el ideal de la institución. En los términos de la teoría expuesta, es una institución de tipo especial.

iglesia porque allí iban sus padres. Las parroquias van viviendo. El sacerdote se ocupa más de los problemas mundanos que de Dios. No existe más esa inmensa solidaridad entre los adherentes. Todavía se emplea la palabra hermano, pero sólo durante los actos religiosos. Lo que era signo de amor recíproco y ardiente se volvió expresión ritual.

Es muy evidente que el estado naciente de la pareja, el enamoramiento, tiene muchos elementos comunes con el estado naciente del grupo: fusión, solidaridad, entusiasmo, sentido del advenimiento. Lo dicho es válido para los otros dos estados, el institucional y el cotidiano.

Tanto en la pareja como en los grupos y hasta en los grandes sistemas religiosos y políticos, el estado naciente es un estado lábil, que dura poco. Produce con lentitud una institución. Damos el nombre de *movimiento* al proceso que va del estado naciente a la institución. Por eso el movimiento tiene siempre una determinada duración. Los historiadores estudian los movimientos sociales. Movimientos distintos pueden, a su vez, confluir en entidades sociales de orden superior. También el judaísmo, el cristianismo y el islamismo nacieron como movimientos. Al comienzo hubo un estado naciente que produjo un primer núcleo institucional. Pero a continuación hubo otros episodios de estado naciente, otros movimientos que se reconocieron en la enseñanza inicial y contribuyeron a crear, de modo paulatino, una estructura institucional cada vez más compleja. En cuanto a mí respecta, he dado al judaísmo, al cristianismo y al islamismo el nombre de *civilizaciones culturales*. Son potencias institucionales capaces de dar a los movimientos el propio lenguaje.

2. Después de haber aclarado los conceptos sociológicos generales, podemos plantearnos estos interrogantes: la amistad, ¿es una pareja o un grupo? ¿a qué estado pertenece? ¿al estado naciente, a la institución o a la cotidianidad?

Comencemos por la primera pregunta. ¿Cuál es el núcleo fundamental de la amistad, la pareja o el grupo? Una antiquísima tradición nos dice con seguridad que es la

pareja. Los antiguos nos transmitieron numerosas historias de amigos íntimos capaces de dar la vida el uno por el otro. Damón y Pitias, Cástor y Pólux, Patroclo y Aquiles, Orestes y Píladés, Euríalo y Niso. Y sin embargo las parejas de amigos inseparables, las parejas "monogámicas" de amigos son rarísimas. La amistad, por lo general, no tiende a formar una pareja cerrada y autosuficiente, siendo ésta, más bien, característica peculiar del enamoramiento. El enamoramiento es el estado naciente de un movimiento colectivo que genera una colectividad formada por dos únicas personas. Estas dos personas desarrollan entre sí una gran solidaridad y, unidas, se incorporan al conjunto de la sociedad. La amistad, a diferencia de lo que sucede en el enamoramiento, no es un sentimiento exclusivo. La llegada de otro u otros satisface a los dos amigos, al punto que esos otros, al menos en ese momento, se comportan como verdaderos amigos. Dante dice: "Guido, quisiera que tú y Lapo y yo fuéramos presa del encantamiento".³ ¿Debemos por ello concluir que el grupo es lo específico de la amistad? Tampoco es así. La amistad sigue siendo un vínculo estrictamente interpersonal, una preferencia, y no se la puede confundir con la solidaridad de grupo. En los próximos capítulos veremos en detalle esta cuestión.

Pasemos ahora a la segunda pregunta. ¿Qué es la amistad: estado naciente, institución o cotidianidad? Incluso en este caso la respuesta es similar a la precedente. No es ninguno de los tres estados. La amistad no es una colectividad como la pareja o el grupo, no se crea a través del estado naciente y no tiene una fase institucional y cotidiana. La amistad se construye mediante encuentros y dura merced a ellos. Observada desde afuera, desde una perspectiva sociológica, *la amistad es una solidaridad seriada*. Los individuos no son colocados en círculo sino uno tras otro, en fila india. No son un ejército, una población, un campamento ni una ciudad. Son más bien viajeros, comerciantes, exploradores que se encuentran y se dejan para volver a encon-

trarse. También pueden permanecer siempre juntos porque realizan el mismo viaje hasta el fin de la vida, pero también pueden encontrarse una sola vez.

Por ello resulta absurdo pensar en sustituir la solidaridad del partido, de la secta o de la ciudad con la amistad. Y por ello es absurdo intentar reemplazar un amor por la amistad. Al amigo podré hablarle de mi amor, pero él no podrá sustituirlo. La amistad es la red de contactos interpersonales que atraviesan los campos de la solidaridad colectiva, sea que se trata de una pareja, un grupo o una iglesia.

Vista desde adentro, *la amistad*, en cambio, *es reticular*. En el centro hay pocos afectos profundos, renovados y redescubiertos en múltiples ocasiones y que son los pilares del sistema. Pero a partir de ellos, o sin pasar por ellos, cientos de hilos se tienden hacia el exterior. Cada uno es un encuentro o un grupo de encuentros con una persona. La energía vital no se detiene jamás en un punto sino que recorre la red. La origina en un punto, después en otro y en otro más. Por otra parte, la red no termina nunca. Siempre son posibles nuevos encuentros y todo nuevo encuentro implica, de algún modo, una revisión del conjunto. Cuando la amistad concluye se altera la estructura reticular del todo. Obliga a las energías a girar en rededor. Pero también cuando la amistad queda confinada dentro de un marco de solidaridad étnico o político o religioso, cuando no logra jamás abrirse hacia el exterior, sobre otra persona o sobre otro encuentro, pierde algo. Porque la esencia de la red es el encuentro individual. Y siempre existe la posibilidad de encontrar a alguien que nos enriquezca, que transite un tramo del camino con nosotros, que nos estimule y nos muestre una meta posible.

3. Un tema sobre el que con frecuencia surgen controversias es la posibilidad de que en la amistad pueda haber celos. Dijimos ahora que, por lo general, a dos amigos puede agregárseles un tercero o un cuarto, que la amistad no es exclusiva. Y sin embargo se presentan casos de celos reales y verdaderos, sobre todo en la amistad entre adoles-

³ Dante, *Rime*, 9 (LII), Milán, Garzanti, 1979, pág. 47.

centes, que se asemeja más al enamoramiento. Además, todos nos hemos sentido, alguna vez en la vida, abandonados y envilecidos al ver que nuestro amigo o nuestra amiga preferida se dedicaban a otro y no se preocupaban más por nosotros. Pero, ¿son éstos celos? Si mi mejor amigo no me mira, me descuida y sólo se interesa por un nuevo conocido, ¿puedo hablar de celos? ¿No sería acaso más correcto hablar de desilusión? Cada uno de nosotros espera del amigo reciprocidad, afecto y atención. Si no obtenemos eso del amigo, si éste, incluso, hace gala de desinterés, no se está comportando como un amigo. Un comportamiento de esta clase provoca una crisis en la amistad, no porque nosotros estemos celosos sino porque él se conduce de un modo inadmisibles. Al decir que a dos amigos puede agregárseles un tercero y después un cuarto, no entendíamos sostener que se forma entonces un nuevo grupo que excluye al primero. El amigo nuevo no debe hacernos descuidar al viejo amigo.

Yo reservaría la expresión "celos" a las situaciones en que no podemos dividir a nuestro amado con ningún otro; en que queremos que sólo piense en nosotros, de modo exclusivo, y nos angustia la idea de que pueda no hacerlo. Los celos exigen, como el antiguo Dios de Israel: no tendrás otro Dios más que a mí. Pero tampoco esto basta. Para hablar de celos se requiere que la persona celosa tenga miedo a ser traicionada. Los celos son siempre una especie de delirio de celos. El celoso es una persona obsesionada por el temor a ser abandonada por cualquier otro.

En general, tampoco en el enamoramiento existen los celos interpretados en este sentido, o si aparecen, duran poco. En el estado naciente del amor tenemos fe, creemos en la persona a quien amamos. Por eso es fácil tranquilizarnos. El temor a ser abandonados o traicionados, la necesidad obsesiva de tener al otro bajo nuestro control, se desarrollan a menudo en la convivencia o en el matrimonio. Pertenecen más a la esfera del poder que a la del amor.

Este tipo de celos son totalmente incompatibles con la amistad porque la amistad no soporta patrones ni carcereros. También la necesidad de exclusividad es incompati-

ble con la amistad. Porque la amistad es abierta, libre, serena. Cuando aparecen en ella esos sentimientos opresores, quiere decir que algo no funciona y que tarde o temprano estallará una crisis.

Por el contrario, el sentimiento de exclusión y el dolor de ser traicionados son comprensibles y admisibles. No están ligados al poder, no son fruto de una imaginación enferma. Si un amigo me descuida por otro, me hace mal, y si me deja a un lado sufro. Mi resentimiento sólo es la respuesta alarmada ante un comportamiento injusto y peligroso para nuestra amistad.

CAPITULO OCTAVO

1. En el estado naciente los individuos se sienten transfigurados, se ven uno a otro con caracteres heroicos, deslumbrantes. Sin embargo, son fragmentos de una fusión única, personalidades no bien diferenciadas y ésta es la razón fundamental por la que todas ellas son fungibles. En esta lava fundida y ardiente, en que la individualidad se disuelve en lo colectivo, sólo después se perfilan con nitidez las personalidades.

Detengámonos a analizar este proceso en el caso del enamoramiento. Al principio, nada conocemos de la individualidad, de la materialización de la persona amada. Sabemos que la amamos antes de saber dónde vive, si tiene hermanos, si tiene padre y madre, si es rica o pobre, sana o enferma. Para agradecerle tendremos que conocer sus gustos. Pero no pretendemos agradecerle por lo que somos, por nuestra presencia, por nuestra dedicación. Suponemos que sólo una cosa le interesa: nuestro amor, y por ello le damos pruebas de su intensidad. Por otra parte, nos conforma así como es. ¿Por qué, entonces, no tendríamos que conformarla tal como somos? No nos preocupamos por sus necesidades. Tampoco nos interesan sus afectos. Si llegamos a conocerlos nos conmueven, como, en *Werther*, el amor de Carlota por sus hermanos pequeños.¹ Es decir, que sólo nos

¹ Goethe, *Die Leiden des jungen Werthers* (1774).

impresiona en cuanto es atributo de Carlota. Ellos, los hermanos, no cuentan.

Esta diferencia es muy clara en la elección de regalos por parte de los enamorados y amigos. El enamorado elige un regalo que torne a la persona amada aún más deseable y bella a sus ojos. Lo primero que hace una mujer enamorada es cambiar su modo de vestir para agradar a su hombre. La segunda es cambiar de modo radical la forma de vestir de su hombre para que le agrade a ella. Se había enamorado del hombre tal como era antes, pero ya no lo quiere así. Con sus regalos lo cambia para acercarlo a esa perfección que ella construye en su mente. Pero también el hombre enamorado busca, con sus regalos, acentuar o potencializar la belleza de su amada. En suma, ninguno de los dos enamorados regala algo para agradar al otro, no se preocupa por satisfacer sus gustos. Regala aquello que contribuya a tornar al amado más deseable aún para él. En cambio, el regalo que queremos hacer a un amigo, lo elegimos para que le guste, para que lo enriquezca y lo potencialice de acuerdo con su criterio. Claro está que podemos también regalarle una cosa que él no espera, que no conoce, pero siempre en el supuesto de que sea de su interés, de su gusto, y que se adecue a su sensibilidad. Para hacer un regalo a un amigo debemos pensar en él tal como es, en qué puede hacer con ese obsequio, en dónde puede usarlo. No queremos embellecerlo ni hacerlo más atrayente y deseable a nuestros ojos. En una palabra, nos ponemos a su servicio y no buscamos, como en el enamoramiento, ponerlo al servicio de un ideal.

Nosotros no tratamos de intuir las necesidades cotidianas, las preocupaciones diarias del ser amado. Suponemos una revolución total, como la que se produce en nosotros.

La persona que dice a su enamorado: "no me comprendes", queriéndole significar que no se ocupa de todos sus deseos habituales, no lo ama. Porque el enamoramiento es abandonar los deseos habituales, los infinitos deseos habituales en favor de un solo deseo esencial. Aquel que ama, sólo se preocupa por lo que considera esencial, y lo esen-

cial no es la suma de todas las particularidades de que el otro está hecho. La esencia está antes que las características individuales. Esas características asumen el valor de la esencia. Ninguna característica individual lograría hacernos amar a esa persona y mucho menos, todas ellas en conjunto. Pero si amamos, cualquier detalle se torna bello. En el fondo es irrelevante en sí. En el enamoramiento el yo empírico pierde valor en relación al yo de la fusión amorosa, apartado casi por completo de aquello que era. El yo ha renacido y su esencia está en el renacimiento.

En el enamoramiento se dice: "amémonos, lo demás vendrá por sí solo". Si el amado está preocupado, el amante siente esta preocupación como un obstáculo. Dice: "mientras estés conmigo, no pienses en otra cosa. Haz que esta hora sea tan resplandeciente como el sol. Deja a un lado las preocupaciones mezquinas y vulgares. No perturbes con cosas triviales algo que por su naturaleza es extraordinario". No, el enamorado, no está dispuesto a ponerse en el pellejo del otro como tampoco lo está a cargar con sus problemas. El amor exige que esos problemas se superen y se trasciendan, que se avance hacia las regiones en donde carecen de valor. En realidad, el enamoramiento no tiene como meta satisfacer los deseos de un individuo o afrontar sus problemas, sino *constituir una nueva sociedad*. Se rechaza o se ignora cuanto obstaculiza o entorpece. El respeto por el individuo, así como es, sólo se puede generar cuando la sociedad está constituida. Recién entonces la comprensión recíproca vuelve a ser esencial.

Sólo después, más adelante, cuando la pareja está integrada, existe un lento proceso de descubrimiento, reconocimiento y respeto por la persona en sí, tal como es en realidad. El amor que apunta a la esencia aprende a satisfacer los deseos empíricos y concretos del ser amado. Busca lo que le gusta y descarta lo que no le gusta. Penetra en sus preocupaciones. Este es precisamente el paso del enamoramiento al amor.

2. El enamoramiento, en tanto esté vivo, hace al otro irreconocible. Tiende a la colectividad e impulsa al indivi-

duo a trascenderse dentro de la colectividad. Si seguimos enamorados de una persona, aun después de años de separación, no llegamos a saber qué era en verdad ni qué pensaba en verdad. Cuando un amor se trunca, pero no se consume en la cotidianidad, nunca sabremos siquiera si el otro nos amaba de verdad o no. El enamorado nunca está seguro del amor del ser amado si éste no se lo dice. Sólo quien no está enamorado puede comprender si el otro está enamorado, a través del comportamiento, de los gestos típicos. Quien no está enamorado diagnostica. Quien está enamorado aguarda.

El enamoramiento puede continuar, llegar a institución, y entonces se transforma en amor recíproco, estable y profundo. Pero también puede fracasar y en este caso, por lo general, no termina por consunción lenta, pacífica. Su final es siempre dramático, doloroso. Siempre hay desilusión. El enamoramiento es una búsqueda de reciprocidad, una exploración de lo posible. Cada uno pide al otro cosas que no tiene o no puede dar, cosas que no puede hacer. Cada uno de ellos encuentra siempre, en el otro, puntos de no retorno. La desesperación que aparece en el punto de no retorno revela los aspectos más profundos del ser, los cimientos sobre los cuales está edificado el yo. Y el amor se estrella contra esos obstáculos, contra estos puntos de no retorno. Desde la óptica del enamorado, los rechazos del otro son debilidades culpables, limitaciones absurdas. Si el otro no hace lo que él le pide no se siente "suficientemente" correspondido en su amor. Por eso dice no y se va de su lado. Porque piensa: "si él no hace cosas de tan poca importancia, entonces quiere decir que no me ama". El obstáculo que interrumpe el desarrollo positivo del enamoramiento se debe siempre a algo que parecía demasiado fútil para poder provocar tamaño efecto, tan fútil que nos lleva a decir que el otro nos amaba demasiado poco, no lo suficiente. Pero como el amor es o no es, y no hay grados, aquel que se siente amado de modo suficiente prefiere renunciar a todo.

Ambos renuncian, pues, al amor, porque no se sienten lo bastante amados. Ambos llegan a esta conclusión

porque cada uno de ellos rehúsa algo que en realidad podría hacer. Pero cuando pasan los años, cuando el enamoramiento termina, aquello que parecía un obstáculo mezquino aparece tal como era: el eje en cuyo derredor giraba la persona. Todas las dificultades casuales eran centros del carácter, pernos fundamentales con los que el amor tropezaba en su vertiginosa transformación. Por otro lado, lo que parecía demasiado poco o no suficiente, en comparación con otras experiencias, ahora parece mucho, muchísimo. Lo que se interpretaba como altanería, se ve ahora como inseguridad, miedo. Lo que aparentaba ser superficialidad era coraje; la incertidumbre, desesperación. Por primera vez las personas se ven de manera objetiva y cada una desde el punto de vista del otro.

3. Hay un lugar común, una leyenda que se reproduce en todas las formas, que dice que el enamoramiento, hasta cuando termina mal, lleva a la amistad. Dos seres que enamorados no se conocían y no se comprendían, advierten ahora que en realidad se conocían a fondo y, liberados de la pasión, se aman como amigos. Por regla general, esto no es real. El enamoramiento, cuando termina, siempre deja algún rencor, alguna amargura. Incluso pasados los años, cada uno de ellos reprochará al otro no haber sabido conservar y no saber reencontrar el paraíso perdido. Los antiguos enamorados desearían reencontrar la emoción entusiasta del inicio, y puesto que sólo son ellos dos, y no otra, la causa que obstaculiza su acción, se acusan uno a otro por no lograr revivir lo que está muerto. Sus corazones están siempre llenos de nostalgia y la nostalgia genera resentimiento, sobre todo en aquel que tuvo la impresión de haber sufrido más daño, de haber sido engañado. Por eso, contrariamente a cuanto se dice y, sobre todo, se espera, es muy difícil que el enamoramiento, al terminar, deje como saldo una amistad serena. Deja más bien el deseo obsesivo de manipular al otro, de ocupar sus pensamientos, atraer su atención sin dejarlo un instante solo. Con frecuencia, el amor, cuando termina mal, se transforma en deseo de posesión, obstinado, ávido. Este deseo de seguir

existiendo en el corazón del otro puede inspirar acciones grandes y heroicas, puede impulsar a quien tenga dotes creativas, a realizar una obra de arte. A los mezquinos y a los menos dotados los empuja, en cambio, a los reproches telefónicos, a las críticas y, después, cayendo cada vez más bajo, a la difamación y a los anónimos.

Por ello resulta difícil la amistad entre antiguos enamorados, precisamente porque en ellos sigue actuando el deseo del paraíso perdido y el resentimiento respecto de quien no supo realizarlo en un tiempo y no sabe ahora evocarlos. La amistad sólo puede surgir cuando todos estos fantasmas se desvanecen, casi siempre cuando ambos vuelven a enamorarse. Sólo un nuevo enamoramiento destruye el resentimiento. Sólo un nuevo enamoramiento feliz vuelve a recorrer el pasado con su fuego purificador y sólo cuando este enamoramiento ha pasado a ser un amor sereno pueden reencontrarse con serenidad. Todo depende entonces de las virtudes que de verdad posean. La amistad es un juez implacable, no admite excepciones. Si tenían cualidades que hasta la conciencia, en toda su lucidez, reconoce como valores, la amistad puede surgir.

La amistad no es, pues, una continuación del amor. Es redescubrir a la persona que en un tiempo se amó, no ya con los ojos entusiastas del estado naciente sino con los ojos atentos del encuentro. En este caso, el pasado no se pierde. Constituye la perspectiva de una solidaridad profunda.

¿Por qué, entonces, la gente dice tan a menudo: "Seguimos siendo amigos"? Quizá para indicar, sin más, que no hay más resentimiento ni rencor entre ellos, o para decir que sienten un afecto recíproco. Dos personas que se amaron y ya no se aman pueden socorrerse en caso de peligro, pueden ser solidarios. Lo hacen porque se conocen y porque tienen un pasado común. Cada uno de ellos es, para el otro, un "prójimo" a quien se le debe ayuda y hasta algo de reconocimiento.

Por eso la gente dice con frecuencia: "seguimos siendo amigos", para negar así lo que realmente continúa existiendo: el deseo y el rencor profundos. Lo dice para con-

vencerse de haber alejado a los malos espíritus. La amistad apolínea sirve para esconder la tentación y el temor de lo dionisiaco. Por último, otras veces esta frase sólo sirve para decir que los dos antiguos amantes conservaron una relación civilizada, amable y no envenenada por el odio. Marilyn Monroe y Arthur Miller, después de su divorcio, continuaban hablando bien uno del otro. Decían, después, que seguían siendo amigos. Pero, ¿era esto cierto? Tal vez lo repetían sólo para poder creerlo, para estar seguros de ello. Todo esto confirma a qué punto es difícil, en realidad, llegar a la amistad partiendo del amor.

4. Después de cuanto hemos dicho tenemos que preguntarnos si muchas de esas amistades célebres de la antigüedad deben ser consideradas formas de amistad o si sólo fueron casos de simple enamoramiento. Platón trata de la amistad en una de sus obras de juventud, *Lisis*. * Sin embargo, a criterio del lector moderno, en esa obra se ponen en un mismo plano la amistad, el erotismo y el enamoramiento homosexual. Sócrates cuenta que preguntó: "Pero, ¿cuál es el tuyo, Hipotales? Muéstramelo." * Al oír mi pregunta —agrega Sócrates— enrojeció: Hipotales, hijo de Hierónimos —seguí yo—; inútil que pretendas engañarme; sé muy bien, no solamente que amas, sino que no eres novicio en la senda del amor".² Ktesippos acota que Hipotales sólo habla de Lisis, que dedica versos y prosa a su amado y le canta sus amores durante la noche. Para nosotros

* *Lisis o sobre la amistad*, incluida en los *Diálogos*. [T.]

* Sócrates, al dirigirse de la Academia al Liceo, encuentra, entre un grupo de jóvenes, a Hipotales, hijo de Hierónimos y a Ktesippos. Se entabla el diálogo entre Sócrates e Hipotales y cuando este último pide a Sócrates que deje su camino y los acompañe a una nueva palestra y tome parte en sus entretenimientos, el filósofo acepta y dice a Hipotales: "Bien, pero me gustaría saber, ante todo, qué voy a hacer ahí y quién es el muchacho hermoso que...". Responde Hipotales: "Hay varios, porque todos no preferimos al mismo, Sócrates". Sócrates contesta con otra pregunta, la que Alberoni cita en el texto. Tomado de los *Diálogos*, de Platón, Madrid, Ediciones Ibéricas, 7a. edición, 1962, págs. 239/40. [T.]

² Platón, *Diálogos*. Pág. 615 de la edición italiana *Tutte le opere*, Florencia, Sansoni, 1974.

no cabe duda: Hipotales está enamorado del bellissimo Lisis, locamente enamorado.

Un autor norteamericano a quien hemos citado antes, Reisman, presenta en un libro reciente, como caso típico de amistad personal, la relación que une a Jonatán, hijo de Saúl, con David. Recordemos los hechos: David desafió y venció a Goliat dando la victoria a Israel. Fue llevado a palacio y presentado al rey. Entonces, dice la Biblia, "cuando hubo acabado David de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se apegó a la de David, y le amó Jonatán como a sí mismo. . . y Jonatán hizo pacto con David pues lo amaba como a su alma, y quitándose el manto que llevaba, se lo puso a David, así como sus arreos militares, su espada, su arco y su cinturón".³ De ahí en más Jonatán salvará siempre a David de los celos del padre. Es difícil sustraerse a la sensación de que Jonatán se haya enamorado a primera vista del joven y bellissimo héroe. Es probable que el amor de Jonatán sea un amor unilateral, no correspondido. No ser correspondido es típico del enamoramiento, en tanto que la reciprocidad es típica de la amistad. La amistad no continúa si no hay reciprocidad. Ya lo había advertido Aristóteles, quien dice: "Además, quienes tanto quieren el bien del otro aunque de parte de éste no haya reciprocidad, se llaman benévolos. Cuando hay reciprocidad, la benevolencia se llama amistad".⁴ Una amistad que no sea recíproca es un contrasentido. Los amigos deben ser iguales, no puede existir un desequilibrio de poder entre ellos. Un amor no correspondido pone todo el poder de un solo lado, del lado de quien no ama. Por eso, este tipo de amor es también injusto, y la amistad es incompatible con la justicia.

Un caso de verdad interesante es el de Montaigne. Montaigne tuvo un gran amigo, el joven Etienne de La Boétie, quien al cabo de algunos años murió.* A partir de

³ *Samuel*, 18.

⁴ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, pág. 196 de la edición italiana.

* En 1558, en Burdeos, Montaigne traba una amistad conmovedora con Etienne de la Boétie, joven magistrado humanista, autor, a los 20 años, de un tratado contra el poder tiránico, el *Discours de la servitude volon-*

entonces Montaigne no cesó de añorarlo y no logró tener otro amigo como él. Muchos años más tarde, escribió en los *Essais*: "Porque, en verdad, si comparo todo el resto de mi vida, que gracias a Dios ha transcurrido para mí dulce, fácil y, salvo la pérdida de un amigo así, sin graves dolores, llena de tranquilidad de espíritu, satisfaciendo mis desahogos naturales e iniciales sin buscar otros; si la comparo digo, en toda su extensión, con los cuatro años durante los cuales me fue dada la ocasión de gozar de la dulce compañía y familiaridad de ese hombre, todos estos años no son más que una vida evanescente, oscura y tediosa. Desde que lo perdí. . . no hago sino arrastrarme y languidecer".⁵ Se trata, pues, de un amor total y exclusivo, que deja un vacío que no se puede llenar. En otro lugar de los *Ensayos*, Montaigne dice de manera explícita que la verdadera amistad, de la que fue modelo la suya con Etienne, "es indivisible: cada uno se da al verdadero amigo tan íntegramente, que nada le queda para compartir con los demás; respecto del amigo, por el contrario, se lamenta de no poder duplicarse, triplicarse o cuadruplicarse y de no poseer más almas y más voluntades para consagrarlas todas a este único objeto".⁶ La lectura de estas páginas da la sensación de un gran enamoramiento. Es característico del amor querer siempre más a la misma persona, aspirar a una fusión total que se le va de las manos. El pasaje donde Montaigne compara la amistad con el amor a las mujeres sería contrario a esa interpretación. Pero en realidad este último tipo de amor le interesa muy poco. A Montaigne sólo le seducían las formas de amistad-amor homosexual de los griegos. Y al referirse a esto dice: "Si se pudiera establecer una relación libre y voluntaria, en la que no sólo las almas alcanzaran ese completo goce sino que también los cuerpos participaran de esa unión, una relación en la que el hombre se com-

taire y traductor, en sus ratos de ocio, de Plutarco y de Jenofonte. En los *Essais*, Montaigne evoca su recuerdo con emoción. [T.]

⁵ Montaigne, *Essais*, libro I, 28, *De l'amitié*.

⁶ *Ibidem*.

prometiera por entero, la amistad sería por cierto más plena y completa".⁷ En conclusión, la amistad total, "monogámica", la fusión espiritual y corpórea descrita por Montaigne, es el tipo de amor que sigue al enamoramiento. Es un amor confiado y sereno que, de acuerdo con las categorías sociológicas que hemos utilizado, llamamos institución: el amor apasionado, pero también aceptado, querido, regido por la razón. Las innumerables discusiones que se han suscitado a raíz de la concepción de Montaigne sobre la amistad, son consecuencia de este equívoco.

⁷ *Ibidem*.

CAPITULO NOVENO

1. Ya en la antigüedad se discutía si la amistad sólo debía ser interpersonal o si podía también ser comunitaria. Apoyaban esta última tesis las enseñanzas de Epicuro, el filósofo que mayor importancia dio a la amistad.¹

El ideal de Epicuro y sus seguidores era constituir *comunidades* de amigos para llevar allí una vida de cordura y perfección. Toda su sabiduría se orienta hacia la edificación de una *comunidad* fundada en la amistad. El "Jardín" —así se llamaba su escuela,* por la casa con jardín en donde se reunían— es un cenobio** integrado por un maestro y sus discípulos. El maestro —que en un comienzo fue el mismo Epicuro— es aquel que conoce la verdad y la comunica a los discípulos. En las *comunidades* epicúreas, no se cuestionaba el pensamiento del maestro sino que se lo enseñaba a todos, hasta a las mujeres*** y a los esclavos a manera de catecismo. ¿Es esto amistad? Si nos basamos en el sistema analítico visto más tarde, no lo es en absoluto. El epicureísmo es un movimiento que avanza a través de

¹ Epicuro, ed. ital. *Opere*, a cargo de M. Isnardi Parente, Turín, UTET, 1974.

* Fundada en Atenas en el 306 a. de C. y famosa por el cultivo de la amistad. [T.]

** Del latín tardío *coenobium*, y éste del griego *koinobion*: *koinós* que significa "común" y *bios*, "vida". [T.]

*** Privilegio éste que no les concedía la Academia ni el Liceo. [T.]

las diferentes fases del estado naciente (de grupo), de institución (de grupo) y de cotidianidad del grupo. Epicuro denomina amistad a una relación que desde un enfoque sociológico es muy distinta: la fraternidad que se establece dentro de un movimiento.

Pero no nos asombremos, este error es muy frecuente. C.S. Lewis dice en un momento dado: "Quizá pueda afirmarse, sin temor a exagerar, que incluso el comunismo, el tractarianismo, el movimiento contra la esclavitud, la Reforma, el Renacimiento, tuvieron origen del mismo modo (como amigos que se encuentran)".² Lewis se equivoca porque, en realidad, el grupo de amigos no preexiste al movimiento. No existían primero Jesús y los doce apóstoles que, a un cierto punto, deciden formar el movimiento. Mahoma, Abu Beker y Omar no eran amigos de Medina,* que en un momento dado resuelven constituir el Islam. Lutero, Melancton,** Zwinglio y Calvino no piensan en la Reforma durante sus encuentros. Se identifican gracias al movimiento. La conversión los une. Es exacto que en el movimiento encontramos amigos. *Pero no es el grupo de amigos que crea el movimiento.* Es el movimiento que crea la amistad. Y también esta cuestión está muy lejos de ser simple. De hecho, el estado naciente del movimiento genera fuertes vínculos de solidaridad, de fraternidad. Pero de ningún modo hay que confundir este tipo de amor con la amistad personal. Quien pertenece a un movimiento se siente compañero, hermano, camarada de todos los demás. Los compañeros —o hermanos, o camaradas— tienden a la fusión y se consagran por entero al servicio del grupo y a su misión. El movimiento exige una dedicación ilimitada; en los movimientos religiosos, a Dios; en los políticos, al

² C.S. Lewis, *I quattro amori*, pág. 90.

* Mahoma pasó allí los últimos años de su vida, después de la Hégira; recibió entonces la antigua Yatrib el nombre de Madinat al-Nabi o Ciudad del Profeta. [T.]

** Nombre helenizado con que se conoce a Philippe Schwarzert, humanista y reformador protestante alemán que sistematizó las doctrinas de Lutero y; a su muerte, asumió la jefatura de los evangélicos. [T.]

partido, a la patria o a la revolución. Este servicio es más importante que el individuo aislado, que comparado con él, no es nada. Si surge un conflicto entre el individuo y la revolución o la divinidad, el individuo queda aniquilado. De la noche a la mañana los amigos pasan a ser enemigos. Harán cualquier cosa por convencer a ese individuo, pero más allá de un determinado límite, estallará el odio y se lo acusará de traición.

Dentro de los movimientos la gente se ve transfigurada, y no sólo en los movimientos religiosos. Esto era notorio entre las feministas de la década del setenta. En esa época las mujeres hablaban con entusiasmo de compañeras a quienes habían encontrado y apenas conocido. En el estado naciente la gente cree pertenecer a la república de los santos, a la confederación de los elegidos. En el estado naciente todos son líderes. Cada sujeto se siente libre por completo y, sin embargo, atado al destino colectivo. Por eso, ni siquiera cuando obedecen se sienten disminuidos, porque tanto ellos como el líder no hacen sino obedecer a esta entidad trascendente. En los movimientos religiosos desaparecen el siervo y el patrón, sólo hay dos hijos de Dios. Igual ocurre en el comunismo, en donde no hay un señor general y un soldado García. Hay un compañero general y un compañero García. El primero no tiene una función más digna que el segundo, sólo es distinta.

Por eso en los movimientos el compañero, el hermano, se transfiguran en cuanto manifestación de lo absoluto y son el instrumento para su realización. No se encuentran amigos sino *militantes*. No se ve la verdadera personalidad del otro. En el capítulo precedente señalamos que el enamoramiento esconde la verdadera naturaleza, las verdaderas necesidades del otro. Igual sucede en los movimientos. Todos se reconocen y elogian a primera vista, todos se ven como héroes. Son todos "compañeros estupendos". A menos que después se odien ferozmente y se acusen de traición. ¿Se trata, entonces, de amistades verdaderas? No, el simple calificativo de "excelente compañero" no implica amistad. El movimiento establece, sí, vínculos profundos, solidaridad, estima, entendimiento, que al parecer son fáci-

les de personalizar. Aunque pasen años y décadas, bastará que ese "excelente compañero" se haga reconocer para que se lo reciba con los brazos abiertos. Como la hermandad de armas, se trata de algo glorioso. Pero no es cierto, no se trata de una verdadera relación personal. Para conocer la verdadera personalidad del otro se requiere tiempo, se requieren pruebas.

2. Las grandes fuerzas colectivas son igualitarias. Ante el líder, ante el rey, ante la ley, ante el movimiento, la amistad parece un favoritismo injustificable, aun cuando no se proponga nada diferente de lo que se exige. Tampoco Jesús podía dar muestras de entendimiento. Al observar el fresco de la Última Cena, la primera pregunta que todos nos hacemos es: "¿Quién es ese que apoya la cabeza en el hombro de Jesús?" Y es porque Juan se encuentra, de hecho, en una posición privilegiada.

En los movimientos, pues, la existencia de amigos personales corrige la indiferencia despiadada del jefe o del grupo. El individuo es un límite. Alguien podrá observar que en el cristianismo el individuo no sólo es un límite sino un fin. Amar al individuo tal como es, es un fin. Y sin embargo esto no ha sucedido jamás en los movimientos cristianos. Ha habido, como máximo, una dialéctica individuo-grupo, individuo-líder. También en el cristianismo el impulso colectivo tiende a aplastar al individuo y a absorberlo en el grupo. Aquel que se detiene ante esta reacción, aquel que preserva a su padre y a su madre, está condenado. ¿Quién ha dicho que el cristianismo sea el único movimiento que valoriza la individualidad? El cristianismo es un movimiento como los demás.

El movimiento, cuando nace, se coloca más allá del bien y del mal.³ En los movimientos sólo surge una ética cuando se reconoce que hasta el propio grupo tiene límites. En la dialéctica individuo-grupo, la amistad personal

³ Véase Francesco Alberoni, *Le ragioni del bene e del male*, Milán, Garzanti, 1981. [Hay versión castellana: *Las razones del bien y del mal*, Barcelona, Gedisa, 1983.]

dice que el grupo no es todo y que el individuo no es nada. Por ello la amistad, como signo de una inclinación por el individuo, tiene un valor humano y moral. Es ley general de la vida que haya un impulso superabundante y un límite. Sin impulso sólo hay mezquindad, interés. Sin un límite sólo hay totalitarismo moral. El personalismo es el límite que se pone al movimiento, pero también es un perfeccionamiento, una misión del movimiento.

Compañeros y amigos no son, pues, la misma cosa. La amistad es siempre más imprevisible que la ideología. No hace que todos sean iguales, los diferencia. Nunca trata a dos personas del mismo modo, las individualiza. Sólo el amigo puede ser personal, nunca el compañero. El ideólogo, el líder carismático trata a todos del mismo modo, como abstracciones y no como individuos únicos e inconfundibles. El grupo tiene una sustancia social homogénea, la amistad nunca es homogénea. Es una red de potencia variable por la que pasan corrientes variables. Los amigos no son pares que se tratan como iguales, como lo hacen los monjes. Son pares que se tratan de manera personalizada.

Por eso el enemigo es enemigo del grupo, no de los amigos. La trama reticular de los amigos no tiene enemigos. Podemos tener enemigos y buscar aliados, pero nuestros amigos no tienen los mismos enemigos que nosotros ni tampoco los mismos amigos. En el grupo todos son amigos entre sí, todos tienen los mismos enemigos. Sólo hay un *nosotros* formado por amigos y por su complemento externo de enemigos. La amistad personal no es así.

La amistad es algo más respecto del movimiento. Es un capricho, una búsqueda, un desbordamiento, una singularidad.

3. La gente que ha formado parte del mismo movimiento y ha participado del proceso de fusión en el estado naciente —aunque transcurran los años, aunque las ideas políticas y las vidas individuales sean diferentes— tiene una fuerte tendencia a tenerse fe, a reconocerse y a ayudarse. El hecho de ser un “ex” cuenta, reactiva algo profundo. Reactiva el instante mágico de la fusión, el hecho de haber

estado del mismo lado, de ser hermanos. Es un momento, pero basta para inspirar confianza, para hacerse escuchar. Un determinado sujeto tiene un mérito más que los otros. Y sin embargo, nada sabemos de él, absolutamente nada. Es, también por un instante, el “excelentísimo compañero” del movimiento, cuando todos eran “excelentísimos compañeros, en ese momento extraordinario de los orígenes, cuando el reino de Dios parecía cercano. Tenemos la impresión de que ese tramo de vida en común, esa experiencia crucial, única en absoluto, nos torna, de algún modo, profundamente similares, y que él, a pesar de ser un desconocido, debe estar, en lo más hondo de su ser hecho de nuestra misma sustancia, compartiendo nuestros valores esenciales. Como un pacto de sangre, como una profesión de fe indeleble. En la teología católica esta experiencia se simboliza por el concepto de que los ordenamientos son indelebles. Alguien que fue ordenado sacerdote puede volver al estado laico pero siempre seguirá siendo sacerdote porque esa condición no puede borrarse. Quien participó de un estado naciente conserva una impronta indeleble, o se presume que la conserva.

Tampoco esta experiencia se debe confundir con la amistad. Puede ser la precondition de una verdadera amistad personal o quedar así, como un mero recuerdo, una nostalgia. Feliz de aquel que logra encauzar la energía y la esperanza del pasado hacia una amistad personal. Pero es muy, muy difícil. En realidad, es necesario recomenzar desde el principio. La continuidad es sólo aparente.

4. Hay otro tipo de solidaridad que con frecuencia se identifica con la amistad. Es el tipo de unión y confianza recíproca que provienen de una experiencia de vida en común, de haber compartido dichas y dolores, frustraciones y peligros; haber estado juntos ante la muerte; haber luchado contra un enemigo común. Esta fuerza se maximiza cuando la gente siente que está sometida a un destino común. Obligados a una intimidad total como los soldados en la guerra, en la trinchera, o como prisioneros en un campo de concentración. Dice Helen Epstein: “Algo funda-

mental, algo que no comprendía, nos había convertido en amigos íntimos, algo que está por encima de las diferencias de carácter, religión, estilo de vida, ambiciones y preferencias personales".⁴ En estos casos, son las circunstancias externas las que estrechan los vínculos y derriban las barreras entre las personas: Ese período de nuestra vida durante el cual nuestra individualidad se fundó casi con la de los demás, establece un nexo entre ellos y nosotros. Hay quienes entienden que la base más sólida de la amistad sea precisamente este elemento compartido y no exclusivamente individual. Para examinar desde un enfoque crítico esta concepción, dejaremos a un lado los ejemplos remotos de la guerra. En el mundo contemporáneo tienen especial importancia la escuela o el hecho de pertenecer a un mismo grupo étnico-religioso, o a un mismo partido político. Al pensar en la escuela no debemos imaginar la escuela obligatoria, que después se abandona para ir a otra ciudad, sino las escuelas constituidas para cimentar una clase dirigente. Eton, la Universidad de Harvard, el MIT, las grandes facultades de las universidades francesas, la Universidad Católica de Milán, la Universidad Karl Marx de Moscú. Ahí, la vida en común también es cimiento ideológico, separación entre uno y los demás, conciencia de un destino común, de una opción, de una misión. Los efectos de estas escuelas perduran toda la vida. Son escuelas de élite y quien ha concurrido a ellas es designado por cooptación dentro de una élite, junto con sus compañeros de universidad. Más adelante, preferirá tratar con ellos, los elegirá porque los conoce, porque confía en ellos, porque le son afines, porque los juzga superiores. Desde luego que se pondrá en contacto con otras personas, pero su estima y sus preferencias se centrarán en sus compañeros de Oxford o de Cambridge. En un sentido objetivo ellos constituyen una confraternidad, un club exclusivo. Esta solidaridad caracteriza también a quienes pertenecen a un grupo político o étnico con una buena organización. En Italia los

⁴ Helen Epstein, ed. ital., *Figli dell'olocausto*, Florencia, Giuntina, 1982, pág. 34.

católicos y los comunistas están unidos entre sí por un nexo de sensibilidad y fe recíproca que los lleva a preferir, por instinto, a alguien de su propio mundo antes que a otro que no lo sea. Gente que ha formado parte de la organización juvenil de la Acción Católica Italiana o de la FUCI y después del partido, y que ha leído los mismos libros y tenido los mismos directores espirituales, o que se han consultado entre sí acerca de problemas importantes, tiene una tendencia natural a elegirse de su seno. Pueden colaborar con personas de distintas creencias o distinta formación, pero sólo a sus pares encomiendan los cargos más importantes, las misiones delicadas. Eligen sin vacilación a alguien que esté dentro del campo de solidaridad exclusivo en donde han crecido y han vivido. Los grupos étnicos pueden funcionar de la misma manera. En todos los países hay círculos de judíos que compartieron persecuciones comunes, participaron de la misma historia y la misma cultura, y están más dispuestos a comprenderse. Casi todos los psicoanalistas seguidores de Freud eran judíos y los que primero se apartaron del maestro y polemizaron con él fueron aquellos que no eran judíos, como Jung. Pero los grupos étnicos son importantes por doquier. Los japoneses prefieren elegir, a los japoneses, los únicos con quienes se entienden de verdad, y esto para no hablar de países con igual base étnica, como muchos de los Estados africanos, en donde, por lo general, la amistad sólo es posible dentro de la etnia.

La militancia dentro de un movimiento es la tercera fuente de solidaridad. En el capítulo anterior vimos que en este caso la solidaridad surge sin tardanza, pero dura muchísimo tiempo. Un movimiento aparece en el mundo para oponerse al mundo. Sus miembros creen siempre ser los elegidos, los salvadores. Se identifican uno con otro y viven como hermanos. Pero hasta los movimientos pueden desaparecer y entonces la solidaridad concluye. Entre los participantes resta, sin embargo, la nostalgia del pasado. Pasan a ser "ex". Por el contrario, cuando el movimiento se institucionaliza, deviene un credo, una orden religiosa, una secta. Los vínculos se refuerzan, se afianzan. Tenemos

dos ejemplos recientes de este proceso, en Italia con *Comunione e Liberazione* y en España con el *Opus Dei*. Ambos repiten el esquema de las órdenes que siempre revitalizaron la Iglesia católica. Nacen como movimiento pero no rompen con la Iglesia. Pasan a ser una fuerza que la remolca. Su carga de entusiasmo, el espíritu de cuerpo, la disciplina, la ayuda mutua, permiten a algunos de ellos conquistar posiciones de poder extraordinario dentro de la Iglesia. En Italia, *Comunione e Liberazione* tiene una posición hegemónica en muchas organizaciones importantes del laicado católico. También en estas organizaciones encontramos, en todos los niveles, grupos de amigos. Una militancia total de esta naturaleza deja poco espacio para otras aventuras espirituales.

Del servicio militar sólo surgen "ex" cuando, terminada la guerra, los soldados vuelven a sus casas. Pero en los países con tradición militar y militarista —pensamos en la URSS o en Israel— la experiencia de la guerra no se extingue. El poder de Moshe Dayan y de Sharon en Israel nació del apoyo de los ex combatientes. Un militar sólo confía en un ex compañero de armas. Respecto de los demás sienten desconfianza y recelo.

Y sin embargo estos tipos de solidaridad sólo son la precondition de la amistad. Incluso dentro del campo de solidaridad, la amistad realiza sus opciones. La amistad es opción. En situaciones en que las circunstancias externas son las que estrechan a los hombres entre sí, la amistad es, sin más, una fuerza mediante la cual los individuos se liberan en cierta medida de esa opresión. La amistad tiende a huir de todo aquello que se le impone, de aquello que está determinado. Quienes viven en un colegio o hacen el servicio militar logran, gracias a la amistad, sustraerse a esa fuerza despersonalizadora de las instituciones; logra no dejarse atrapar en profundidad. Los amigos se sustraen a la promiscuidad del grupo. Están presentes físicamente, a merced de las potencias alienantes. Pero espiritualmente consiguen aislarse. Los dos amigos, o los tres, constituyen una sociedad, un cosmos ordenado en el cual la vida se torna civilizada. Es el *locus hominis* en contraposición a la

masa, a lo inorgánico. Por eso, concluido el período de convivencia forzada pueden olvidar inclusive lo que han soportado, porque lo consideran un mero hecho carente de valor. Recuerdan, en cambio, aquello que vivieron en común porque esto sí merece ser recordado.

No es, pues, aquello que la gente ha debido soportar en compañía de otros lo que los une. No interesa haber transcurrido con otro un lapso de vida en común si esta vida fue pasiva, vacía, insignificante. Lo que cuenta es la calidad de vida, la dirección que toma el encuentro. Aun en las experiencias más alienantes, en la prisión, el frente, o el campo de concentración, la amistad sólo nace del encuentro. En las grandes universidades, en las élites exclusivas, se crea, sí, una intensa solidaridad, una familiaridad instintiva, una estima recíproca. Pero incluso en estos casos, la amistad se da sólo entre pocos y éstos se separan del resto, forman un grupo entre ellos, hacen sociedad aparte y con frecuencia esta situación entra en conflicto con las exigencias de los demás, con aquello que esperaban sus superiores, con los objetivos de la institución. La iglesia católica, en cuyo seno los sacerdotes son educados en institutos especiales, llamados seminarios, desconfió siempre de la amistad. Y no tanto, como muchos creen, por sus posibles consecuencias homosexuales, sino porque los amigos están menos dispuestos a someterse a la autoridad, son menos pasivos frente a la presión ideológica. Lewis dice: "Toda amistad auténtica es una especie de rebelión. . . Es mucho menos fácil gobernar y controlar a hombres que tienen amigos verdaderos; es más difícil, para las autoridades honestas, corregirlos, y para las mal intencionadas corromperlos".⁵

5. Por esa razón, toda amistad nace siempre de la colectividad *pero en contra de la colectividad*, nace de un campo de solidaridad pero en contra de ese campo de solidaridad. No obstante, esa misma amistad nacida de esa

⁵ Véase C.S. Lewis, *I quattro amori*, pág. 104.

manera puede volverse, a su vez, campo de solidaridad o grupo, y sólo entonces otro vínculo personal que se le oponga podrá romper el juego. Existe, por lo tanto, entre la amistad personal y el grupo, un nexo dialéctico. La amistad nace como relación interpersonal entre individualidades contrapuestas al grupo, pero puede también transformarse, de modo paulatino, en grupo. Los amigos que dentro de la colectividad se aíslan para seguir siendo ellos mismos, pasan gradualmente a formar una pequeña comunidad cerrada, con reglas propias, con lenguaje propio. El tránsito de la amistad individual, de la elección individual al grupo es a menudo insensible, sobre todo durante la infancia y la adolescencia. La transición está representada por dos amigos "inseparables", amigos que siempre están juntos, que se confían todo, que no pueden alejarse ni siquiera por unos minutos. En estos casos, los padres preguntan, riéndose, dónde el joven puede haber dejado al "novio". Algunas veces, los inseparables no son dos, sino tres. En el libro de Alain Fournier, *Le grand Meaulnes*, Francisco y Agustín (el gran Meaulnes) son inseparables, a tal punto que los demás muchachos se sienten descuidados y los agreden. Pero después hace su aparición el trotamundos misterioso y se forma así el grupo de tres. Con el mismo mecanismo se podrán agregar cuatro o cinco amigos y entre todos constituirán un verdadero grupo. ¿Habrá, entonces, continuidad, entre ese núcleo amistoso y el grupo así constituido? A pesar de las apariencias, ahí no hay continuidad. En un primer tiempo, la estructura sigue siendo la red. Los amigos están unidos entre sí como individuos aislados y la solidaridad de grupo, el "nosotros", aunque exista, es secundaria. Pero más adelante, a lo largo de pasos infinitesimales, llegará un momento en que se alcance el umbral y se lo trasponga. Entonces el grupo surgirá como una realidad que existe en sí, como un objeto de amor que trasciende cada uno de los objetos individuales de amor, o sea, los amigos. Antes, el grupo carecía de importancia, sólo existían los amigos. El grupo no era otra cosa que la reunión ocasional de esos amigos. Pero más allá del umbral a que aludimos, el grupo asume su vida autónoma, adque-

re su derecho de existir y exige que en aras de ese grupo, se sacrifiquen los derechos de los individuos. En el libro de Ferenc Molnár, *Los muchachos de la calle Paal*, la amistad individual abre el camino a una solidaridad de grupo que en un momento dado requiere el sacrificio del individuo. Sólo la muerte del pequeño Nemecek desintegra esta solidaridad que ha exigido un precio demasiado alto. De esta manera se restablece la preeminencia del individuo.

Los amigos, al sumarse unos a otros, tienen con frecuencia la impresión de dar origen a una comunidad de elegidos, es decir, de ser los mejores, los más fuertes y más inteligentes. El *nosotros* del grupo produce esta impresión de excelencia y potencia, esta hipertrofia del yo. Si se avanza un poco más, aparecerá la banda o el club, formaciones en las que se admiten también otros miembros, pero en un plano algo inferior. El grupo de amigos pasará entonces a ser una especie de clase dominante que garantiza la solidaridad y la conducción del conjunto ya ampliado.

En ese sentido podrá objetarse que dos amigos, al hablar de ellos, también dicen *nosotros*, también entre ellos hay solidaridad y, unidos, se oponen a los demás, al mundo exterior. ¿En qué difiere, pues, la solidaridad amistosa de la solidaridad del grupo? En el hecho de que el grupo, el *nosotros*, no adquiere jamás un valor superior al que poseen sus miembros, los individuos; no tiene jamás una dignidad ontológica superior a ellos. El grupo existe para los individuos, no los individuos para el grupo. Y esta inversión, infinitesimal e infinita a la vez, transforma el núcleo amistoso en grupo. El *nosotros* adquiere, a partir de ese momento, un estatuto más elevado, deviene un fin. Los individuos, antes que identificarse uno con otro, se identifican con la colectividad. Y en ese momento, aunque todo parece ser igual, en realidad todo cambió.

CAPITULO DECIMO

1. ¿Por qué no nos aburrirnos con los amigos? Porque la amistad verdadera siempre es aventura, exploración de los misterios de la vida, búsqueda. Así nace la amistad durante la infancia y durante la adolescencia. Dos niños se hacen amigos inventando juegos nuevos, dando rienda suelta a la fantasía, andando y explorando ese mundo grande y misterioso que los rodea. Los muy conocidos libros de Mark Twain, *Las aventuras de Tom Sawyer y Huckleberry Finn*, nos muestran este aspecto vital, creativo y arriesgado de la amistad infantil. A esa edad, el compañero de juegos no es el amigo somnoliento de las tardes de ocio. Es un ser que se asoma al mundo, vibrante y capaz de evocación. Cada uno necesita del otro para dar cuerpo a un mundo imaginario y ponerlo en escena para explorar después, en él, el mundo real. No existe conocimiento alguno del mundo que no parta de la fantasía. En el momento en que ésta se extingue, cuando cesa la creación de lo imaginario, desaparece también la curiosidad y termina el saber, y esto es real en cualquier edad de la vida. Sin embargo es durante la infancia y la adolescencia cuando se ve con mayor claridad la acción de este mecanismo del conocimiento.

En la adolescencia disminuyen, respecto de la infancia, las fantasías de aventuras por el mundo, pero se profundiza el interés por la vida psíquica, el mundo social y la historia. A partir de esa época de la vida, todos los adolescentes tendrán que elegir, dentro de una gama más restrin-

gida de posibilidades, la relación de establecer con los demás. Todos son, en determinada medida, psicólogos que escudriñan sus psiquis y la de los otros para comprender sus leyes.

En esta búsqueda de la propia identidad y, por tanto, de las diferencias con los demás, la persona a quien sentimos más cerca, la más estudiada, es el amigo, aquel que está más cerca de nosotros y a quien podemos estudiar como si nos estudiáramos nosotros mismos, viéndonos desde afuera. Por eso, el amigo de la adolescencia no es idéntico a nosotros, es similar a nosotros y al mismo tiempo diferente, extremadamente diferente. Es quien nos muestra una perspectiva diferente del mundo, quien ha visto lo que no habíamos visto, quien exploró por nosotros, y sigue explorando por nosotros, regiones nuevas de la experiencia.

En alguna medida, todo adolescente es también un filósofo porque se plantea interrogantes cruciales: ¿por qué las cosas son de este modo y no de otro, diferente por completo? ¿Por qué estoy aquí y qué he venido a hacer? ¿A dónde voy y a dónde debo ir? Son las preguntas de la conciencia que despierta, asombrada de sí y del mundo, asombrada y seducida, seducida por todo aquello que le puede ocurrir y desorientada por todo aquello a que debe renunciar. La amistad está ligada a estos interrogantes. La relación con el amigo señala las posibilidades y los límites de la persona. La amistad es identificación y diferenciación. Hermann Hesse, en su libro *Narciss und Golmund*, nos presenta a dos amigos que no se asemejan en nada. Narciso es un sabio y un asceta. Boca-de-oro es un artista sensual, pero no tiene conciencia de serlo porque ha apartado de sí su infancia y el amor por su madre. Narciso lo empuja a buscar dentro de sí hasta encontrar su verdadera naturaleza. Cuando la descubre, Boca-de-oro se va del convento, lejos de Narciso, a quien sin embargo ama, para elegir su destino.

El encuentro entre los amigos es siempre el descubrimiento de la propia diversidad, de la propia unidad y, por consiguiente, de la propia soledad, del propio riesgo indi-

vidual. Es verdad que la amistad también da seguridad porque el amigo está junto a uno. En compañía, los amigos pueden hacer hasta las cosas más peligrosas. Las dos jóvenes que quieren ir a un baile no tienen el coraje de ir solas. Unidas se sienten más fuertes, más seguras, menos vulnerables. Pero aunque vayan juntas no lo hacen para estar juntas. Cada una bailará por su cuenta, con un hombre distinto. Cada una avanzará algo en la senda de su individuación. Después se confiarán las cosas del amor, aunarán sus experiencias —adquiridas con personas diferentes— y buscarán los diferentes rumbos de vida. La amistad afianza y diferencia. Cuanto mayor sea la frecuencia con que dos amigos se encuentran, más forzados se verán a transitar solos, como dos cazadores o dos guerreros que se ayudan uno a otro pero después deben luchar en campos distintos y afrontar a enemigos individuales.

La descripción de la amistad que suele darse sobre este aspecto es falsa. Los estereotipos insisten acerca de la amistad como protección, como costumbre, como conclusión. Desde luego que puede ser así. Hasta en la adolescencia, el grupo de amigos que nació para explorar el mundo y sus misterios, se encierra en sí mismo para defenderse de los desafíos del mundo. Pero, ¿se puede, en este caso, seguir hablando de amistad personal? La estructura reticular de la amistad ha desaparecido. No hay más encuentros. El grupo de "amigotes" ha pasado a ser una colectividad compacta que ejerce un control total sobre sus miembros, como en un pueblo o una tribu. Excluye las experiencias que puedan seducir al individuo y cambiarlo. Excluye las amistades fuera de la colectividad. Es un núcleo totalitario, celoso, punitivo. Esta colectividad teme, ante todo, el desafío de una nueva colectividad naciente: tiene miedo del enamoramiento que la resquebrajaría. Por eso, el grupo de "amigotes" es la negación más absoluta de la amistad creativa; porque trata de prolongar su existencia aplastando a los individuos que se le rebelan. Al final se disuelve por traición de sus miembros, que se van a hurtadillas, uno tras otro, ora porque se casan, ora porque encuentran un trabajo o porque se van a otra ciudad, o sim-

plemente porque sienten la necesidad de recuperar en parte su individualidad.

Se ha difundido mucho la idea de que la amistad es una costumbre y que puede hallarse su esencia en un encuentro en el bar, el billar o la piscina. Hay gente que identifica la amistad con las reuniones mundanas o las charlas después de la cena, como éstas que pueden tener significados distintos en absoluto. Pero cuando hay tedio, no hay amistad. Cuando hay reiteración y monotonía, no hay amistad. Ya vimos que los amigos no se aburren. Si se aburren, quiere decir que no son amigos o que intervino un tercero para perturbar su encuentro. La mayoría de las reuniones mundanas, en un bar o en el salón de alguna señora, o en un *country club*, no tienen derecho alguno a llamarse reuniones de amigos. El *party* no es una reunión de amigos. Es una mezcla de amigos, conocidos y personas ocasionales. Sus objetivos son numerosos: pasar el tiempo, conocer a gente nueva, hacer negocios, darse a conocer, buscar una aventura erótica y otros miles de cosas. En estas reuniones los amigos poco tienen que decirse porque están separados, porque deben adecuarse al protocolo social. Si actuaran de modo espontáneo, tenderían a apartarse, a conversar entre ellos.

2. Dijimos que la amistad verdadera es aventura, exploración, búsqueda, y dimos como ejemplo la amistad en la infancia y en la adolescencia. Pero, ¿no es un error? La amistad de la infancia y la de la adolescencia, ¿no son diferentes, absolutamente diferentes de la amistad de la edad adulta? Numerosos hechos servirían de apoyo a esta tesis. Por ejemplo, los compañeros de juegos se encaprichan uno con otro con rapidez, sienten un interés obsesivo que dura días o semanas y después, de improviso, olvidan todo. Los sentimientos adultos, sean de amor o de amistad, son muchísimo más estables. El enamoramiento adulto nada tiene que ver con los raudos y ardientes "antojos" infantiles, infatuaciones pasajeras que el adulto experimenta por erotismo, no por amor.

En cuanto se refiere a la amistad, observamos que los

niños riñen con sus amigos, se enojan, tienen celos y después se apaciguan. Nada similar sucede en la amistad adulta, que no admite este tipo de caprichos. A veces los adolescentes adoptan actitudes, frente a sus amigos, que consideramos típicas de los enamorados: se apegan a ellos reclamando exclusividad, sienten celos. En la adolescencia no hay una distinción neta entre enamoramiento, afecto, amor fraterno y amor amistoso, que en la edad adulta existe. De tanto en tanto las personas conservan en la edad adulta estas modalidades infantiles y adolescentes en su relación con los amigos. Tienen infatuaciones pasajeras, sobreestiman a la persona que recién conocen. Son posesivas respecto de los amigos, celosas de su confianza. Un síntoma inequívoco de esta fijación infantil y adolescente es la intromisión, la falta de respeto y discreción.

Es cierto, pues, que la amistad infantil y la adolescente difieren menos de las otras formas de afecto y de amor. Sin embargo, esto no significa que a esa edad no pueda ya distinguirse lo que es típico de la amistad ni que pueda confundirse con otras relaciones. Veamos de nuevo el ejemplo de *Narciso y Boca-de-oro*. El primer encuentro de los dos amigos hubiera podido muy bien ser el preludio de un enamoramiento homosexual. Pero se comprende con claridad que se trata de amistad cuando Narciso le dice al amigo: "Nuestro deber no es acercarnos. . . nuestra meta no es transformarnos uno a otro, es conocernos uno a otro y aprender a ver y respetar en el otro lo que es él: lo opuesto de nosotros y nuestro complemento".¹ Esta forma de discurrir es propia de la amistad, aunque quien lo haga tenga cinco años o cincuenta.

En las obras dedicadas a la infancia también se pueden identificar con facilidad las características esenciales de la amistad, por ejemplo en la película de Spielberg: *E.T.* Esta película trata de la amistad entre un niño, Eliot, y un pequeño extraterrestre que quedó en la Tierra. La amistad entre dos seres tan diferentes es ya un signo típico

¹ Hermann Hesse, *Narciss und Golmund*, pág. 90; de la edición italiana *Narciso e Boccadoro*, Milán, Mondadori, 1982, pág. 99.

de este sentimiento. El pequeño Eliot está subyugado por el amigo extraterrestre que posee poderes extraordinarios. Pier Aldo Rovatti observa: "El niño se identifica con E.T. para huir del mundo de los adultos, para abrirse nuevos caminos que no estén marcados de antemano. Valiéndose del extraterrestre, el niño intenta, como siempre lo hizo, apartarse del paisaje cotidiano de la familia y de la escuela." A este punto, curiosamente, Rovatti agrega: "Pero la ambición no es amistad".² Conclusión errada por cierto, puesto que la amistad es esto, es apartarse del panorama cotidiano. Recordemos la presentación de Huckleberry Finn en *Las aventuras de Tom Sawyer*: "Ese día Tom se topó con el paria de los muchachos del pueblo, Huckleberry Finn, el hijo del ebrio. Huck era cordialmente detestado y temido por las madres por su condición de holgazán, rebelde a todas las leyes divinas y humanas, grosero y malo, y por esas mismas cualidades admirado por todos sus contemporáneos. . . No obedecía a nadie. Iba a pescar y a nadar cuando y donde se le ocurriera y hasta la hora que quisiera. Nadie le prohibía disputar con los otros muchachos. Nadie lo mandaba a dormir a una hora determinada. . . No lo obligaban a lavarse ni a vestir ropas limpias. Sabía maldecir y decir palabrotas a las mil maravillas. En una palabra, no le faltaba nada de cuanto hace bella la vida. Al menos así creían los muchachos vigilados, cuidados, importunados por sus padres y parientes. Huckleberry Finn era el rebelde interesante, la figura romántica".³ Volviendo a la película que comentábamos, es por ello que el extraterrestre es para el niño el compañero fantástico con quien se rebela ante la vida diaria y explora las fronteras de lo posible. Pero, ¿qué es el niño terrestre para E.T.? E.T. está solo, indefenso, tiene miedo. Ha perdido a sus padres y quiere encontrarlos. Los necesita, necesita su casa.

² Pier Aldo Rovatti, "Che tenerezza quegli occhi a palla", en *La Repubblica*, 3 de febrero de 1983.

³ Mark Twain, *Las aventuras de Tom Sawyer*, pág. 48 de la edición italiana *Le avventure di Tom Sawyer*, Milán, Mursia, 1982.

Elige a Eliot como amigo porque él no se asusta de su aspecto, no se horroriza, no lo rechaza. Eliot comprende enseguida que el extraterrestre es, en realidad, un niño como él. Lo comprende por encima de las apariencias monstruosas. Intuye la esencia y la necesidad. También esto es típico de la amistad. Para E.T. el niño es entonces un medio para encontrar a sus padres. Y sin embargo, E.T. ama a Eliot a tal punto que elige la muerte para no hacerle mal. La escena del hospital tiene toda la violencia y la dramaticidad de las grandes amistades clásicas en las que los amigos se ofrecen a morir el uno por el otro, como Damón y Pitias, como Orestes y Píladés. Pero sería un error grotesco confundir estos sentimientos con el enamoramiento. Los enamorados desean estar juntos. E.T. está en el exilio y quiere abandonarlo. Eliot es el compañero de su viaje de regreso. Valiéndose de Eliot, el extraterrestre regresa a su verdadera patria que no es la casa de Eliot sino el cielo.

En la película la relación emocional entre ambos amigos es intensísima, desgarradora, por identificación y por pérdida. No obstante, E.T. se va. Los amigos terrestres lo acompañan hasta la astronave. La amistad consiente la partida. Si hubieran sido dos enamorados, E.T. se hubiera quedado o Eliot lo hubiera acompañado, o se hubieran dado muerte. El enamorado debe permanecer con el amado. La amistad, en cambio, es favor. Los amigos lo ayudan a partir, a ir ahí donde está su patria, a realizar lo que su amor solicita. Esto no es característico de la amistad de la infancia o de la adolescencia sino la amistad *tout court*.*

Por esta razón el amigo es siempre un extraterrestre que nos permite apartarnos del trayecto cotidiano, en pos del descubrimiento de otro lugar que de otro modo sería inaccesible. El amigo es siempre aquel que nos comprende, más allá de las apariencias, y nos hace justicia. El amigo, por último, es siempre quien nos ayuda a encaminarnos, aun a costo de perdernos, adonde nuestro destino nos llama.

* En francés en el original. [T.]

3. Hay gente que se encuentra, por la noche, un año tras otro, para charlar un rato. Algunas veces son de la misma edad, son compañeros de escuela. Poco tienen que decirse. Los temas son casi siempre los mismos. Repiten los mismos estribillos, hacen las mismas observaciones. Hasta cuando los concurrentes, tomados individualmente, son inteligentes y vivaces, en cuanto se integran a "la compañía, se achatan por completo. La compañía absorbe cualquier interés, torna trivial cualquier relación. Impone a todos un mínimo común denominador lingüístico que les impide decir cosas nuevas. La conversación, que gira en torno a reiteraciones infinitas, no puede salir del círculo que ella misma crea. No hay más encuentros posibles. Ya no se pueden comunicar nuevos sentimientos ni, por consiguiente, experimentarlos. Ya no es posible concebir nuevas ideas. Lo real coincide con lo existente y esto con lo reiterado. La "compañía" ilustra, de manera simbólica, la estupidez y la degradación del individuo por obra del grupo, cuando ese grupo no tiene nada, ni un ideal, ni un fin, ni una ideología. La compañía amistosa es un grupo tradicionalista sin otra finalidad que su propia supervivencia.

A menudo constituye el renacimiento del grupo de camaradas de la adolescencia. Dijimos que este grupo se quiebra cuando los individuos se enamoran, se casan o se van. Por lo general, aquellos que viven en las grandes ciudades no vuelven a reconstruir formaciones sociales de este tipo. La gran ciudad es anónima; sus habitantes no mantienen relaciones estrechas entre sí. Los amigos viven en distintos lugares y para encontrarse deben programar el encuentro. En los pueblos pequeños o en las ciudades pequeñas, por el contrario, después de una etapa de separación y de individualización, los ex compañeros de escuela se reencuentran. Las mujeres y los maridos se incorporan al grupo y también lo hacen otros parientes o los hijos. Transcurrido un tiempo, la colectividad se reestructura como una sociedad cerrada.

Muchísima gente, cuando piensa en los amigos, piensa en este tipo de formación social. Se comprende entonces por qué se considera poco estimulante la amistad y por

qué a menudo desilusiona. De hecho, en estas compañías, se termina por ser un poco de todo. Hay algunas relaciones amistosas verdaderas, aunque envilecidas e inhibidas por la colectividad. Hay además muchas relaciones amistosas poco profundas y poco sinceras, que se basan más en la costumbre que en verdaderos intereses. Hay, en fin, relaciones de mera conveniencia o relaciones hostiles disfrazadas de amistad. La colectividad reúne todas estas relaciones diferentes y les impone un código amistoso común, sirviéndose de artimañas para equipararlas. De este modo esconde indiferencias, tensiones, envidias, hipocresías y antagonismo. Lo importante es que se respeten las reglas de comportamiento, los protocolos, y éstos exigen que todos se consideren amigos y se traten como tales. La compañía amistosa se asemeja a un club. Se podría decir inclusive que su estructura es la de una reunión social, pero congelada, embalsamada, inmutable. Y las formas de hipocresía amistosa prosperan en este mundo de sociabilidad. Besos y abrazos, pero también falsas confidencias, envidia y perversidad.

¿Por qué se confunde todo esto con la amistad? ¿Por qué cuando se habla de amistad, se piensa ante todo en esa sociabilidad obtusa del grupo? ¿Por qué vienen a la memoria la compañía, los "amigotes", el club y el tedio? ¿Por qué no se piensa en la búsqueda, la aventura, como se hacía durante la infancia o la adolescencia? Una vez más nos encontramos frente al proceso de represión que realizan las estructuras sociales y las instituciones consolidadas frente a todo lo que es vivaz, inquieto, lo que busca la novedad y la variación. La amistad en cuanto búsqueda inquieta es molesta. Por eso la mentalidad cotidiana atribuye este tipo de amistad a la infancia. Más adelante, ya no hay espacio para estas cosas. Se espera que la amistad adulta sea reposada, seria, previsible y tediosa, como la de los amigotes o la del club. Pero no es así. La amistad, como la colectividad, sigue siendo ella misma. Durante la infancia los deberes comunitarios se manifiestan en la escuela, al ponerse la remera, al bañarse, al regresar temprano a casa por la noche, en todas las múltiples obligaciones a las que

se somete el individuo en el proceso de robotización que fue siempre el ideal colectivo. Pero entre el individuo y la colectividad hay tensión. La amistad toma partido por el individuo en contra de la colectividad. Como es natural, la colectividad prevalece siempre, absorbe en su seno la amistad individual y hace de ella una molécula de cualquier otro cuerpo. Pero la tensión no se puede eliminar: reaparece. La amistad consiste en esta reaparición de la tensión, es decir, de la individualidad y de su exigencia de espontaneidad y autenticidad.

CAPITULO UNDECIMO

1. En el fondo, el amigo es el compañero de caza y de guerra, aquel que está a nuestro lado en la actividad de exploración y conquista del mundo. El amigo no es quien nos da, nos alimenta, nos acoge. No es nuestra fuente de subsistencia, no es nuestro benefactor. Es, más exactamente, nuestro cómplice, aquel que nos ayuda a alcanzar las cosas. Durante la infancia, los padres son quienes nos alimentan y se preocupan por nosotros. Más tarde aprendemos a sobrevivir por cuenta nuestra. Aprendemos a manejar el mundo y a los seres humanos para obtener aquello que nos sirve. El amigo es aquel con quien aprendemos a disfrutar de los recursos y a manejar el mundo. El amigo es siempre portador de alguna actividad y nosotros nos encontramos con él sólo si somos portadores de otra actividad. El encuentro —dijimos— es transitar juntos un tramo del camino. Por ello, ambos debemos estar en movimiento.

En los momentos en que hacemos nuevas amistades nos vemos forzados a cambiar, a replantear todo lo que hacemos y lo que somos. Muchas veces en la vida sucede esto. En realidad, perdemos nuestra identidad y tenemos que reconquistarla. Nuestra identidad siempre es una identidad social. Somos lo que somos en relación con el mundo, con el modo en que se nos define y nos definimos. Con el correr de los años cambiamos, los demás esperan de nosotros cosas distintas y nos obligan así a mutar. Pero lo que más cambia es la sociedad en su conjunto. A la vuelta de

pocos años se transforman las maneras de pensar y los valores dominantes. No sólo las soluciones cambian sino los problemas. Se modifican las palabras, el lenguaje. Quién sigue hablando del mismo modo se torna incomprensible o ridículo. La sensación de estabilidad proviene del hecho de que todos, en mayor o menor medida, se adaptan a ésta transformación y logran conservar su propia identidad.

¿Quién puede conservar su *status*, su posición, sin una actividad y una lucha continuas? Para muchos, lo que siempre está en discusión es la fama; para otros, el simple sustento, y para otros, el poder. Lo que somos, el estar, el ser, es el resultado de una carrera, de una competencia, de un quehacer incesante. El animal debe dedicar la mayor parte del tiempo a buscar el alimento. Por esa razón vuelan los pájaros. Si tuvieran alimento no volarían. Los cisnes bien nutridos son animales perezosos, apáticos. El animal natural es desconfiado, huidizo, flaco, musculoso. El halcón tiene que volar altísimo, en círculos lentos, y arrojar después en picada. La golondrina tiene que surcar el cielo. Todos se empeñan en buscar el alimento. Además, en condiciones naturales, tienen que evitar ser comidos. Casi todos los animales son alimento de algún otro. Hasta el león y el elefante son mordidos por los tábanos y las hormigas. Además la sexualidad obliga a enfrentarse con el macho de la misma especie. Tampoco el territorio existe por sí solo. Es el producto de una acción. Hay que patrullarlo y defenderlo de la entrada de extraños.¹ Cuando el animal se siente protegido de todos estos problemas, se adormece.

En la vida no hay una edad evolutiva única. Toda la vida es un proceso evolutivo. Tampoco hay un individuo que se deba adaptar para siempre a una sociedad. Cada uno de nosotros encuentra sucesivamente, en su vida, distintas sociedades, como si tuviera que detenerse cada vez en un país extranjero y recomenzar todo, desde el principio, como un inmigrante.

Como es natural, no todos los días tenemos una expe-

¹ Acerca del significado de la agresividad, véase Konrad Lorenz, ed. ital. *Il cosidetto male*, Milán, Il Saggiatore, 1969.

riencia de este tipo. Hay períodos durante los cuales nos identificamos con una tarea, con un rol. Entonces sabemos quiénes somos y qué queremos. Pero después llega el momento en que se nos presenta algo que desentona. En general experimentamos una sensación creciente de hastío, como si las cosas que hacemos fueran demasiado familiares para nosotros. Sólo se trata de una ilusión óptica. Somos nosotros quienes vamos perdiendo contacto con la sociedad más amplia y nos refugiamos en nuestro medio inmediato en donde todo permanece inmóvil. El hastío es síntoma del deterioro de nuestra relación con el mundo y, en consecuencia, con nosotros mismos. El hastío sólo desaparece cuando volvemos al mundo, cuando aceptamos el desafío, o sea, cuando buscamos nuestra nueva identidad.

En el curso de nuestra vida debemos, pues, cada tanto, dejar a un lado parte de nosotros mismos, abandonar parte de la sociedad que nos es familiar. Debemos perderlos para reencontrar la senda. Debemos volver a ser los transeúntes que llegamos a un territorio desconocido. Debemos reconquistar un lugar en la sociedad como si ésta nos fuera extraña.

2. Durante estos períodos de transformación encontramos a los amigos. El encuentro con el amigo sólo es un aspecto del encuentro con el mundo. En períodos durante los cuales perdemos contacto con la sociedad y nos alejamos de nosotros mismos, disminuimos nuestras relaciones interpersonales. Nos inclinamos a rodearnos de gente conocida, incluso a riesgo de aburrirnos. Hasta a nuestros amigos más íntimos poco tenemos que decirles. Dijimos que la amistad es una estructura reticular. En estos lapsos es como si la red se encogiera y, sobre todo, como si las energías que la recorren fueran más débiles.

Hasta la búsqueda de nosotros mismos sigue la ley general de todas las otras que emprendimos. Se produce, al comienzo, una fase de búsqueda a través de tentativas y errores. Comenzamos a actuar primero en una dirección y después en otra. Es una actividad exploratoria, de sondeo, en la que se acumulan errores y desilusiones. Sólo

después de un determinado tiempo empezamos a entrever cuál puede ser nuestro camino. Sólo en la última fase, cuando podemos elaborar un verdadero programa de acción y concentrar todas las energías en esa dirección, podemos decir que nos estamos proyectando. En efecto, elegimos lo que queremos ser a partir de nuestros deseos, nuestras aspiraciones y nuestras posibilidades reales, y a partir de los recursos que podemos utilizar. Por ello siempre hay opción: la voluntad de ser de un modo y no de otro. Es una acción: intervenimos en la sociedad para realizar nuestro propósito. Cada fase de búsqueda y definición de nuestra identidad es también una empresa, una confrontación, una lucha. Nuestra orientación mental debe entonces ser pragmática y utilitaria. No podemos perderlos en fantasías y en debilidades. En estas circunstancias tenemos tendencia a creernos amigos de todos aquellos que nos tratan bien, de todos aquellos que nos ayudan a superar las barreras con que tropezamos. Cuando estamos en un país extranjero, en donde nos sentimos excluidos, estamos dispuestos a apreciar hasta la menor muestra de benevolencia. Pero, a la vez, estamos dispuestos a odiar ferozmente a quien podría ayudarnos y no lo hace, a envidiar a quien, desde lo alto de sus privilegios, nos niega la justicia. Es un momento de sentimientos fuertes, de rencores tenaces y de reconocimiento inmediato.

Las personas que nos ayudan y nos tratan bien, nuestros *benefactores*, se nos aparecen como un puesto de avanzada en la sociedad enemiga, una zona franca de donde partir para llegar a otras zonas. Hasta que no reconstruimos la trama social amistosa que nos permite alcanzar nuestras metas con relativa seguridad, consideramos amigas a muchas de estas personas. Pero si examinamos con atención nuestros sentimientos, advertimos que nuestra actitud amistosa respecto de ellas depende sólo de lo que hacen; de su benevolencia, del hecho de que nos sirven, nos son útiles. En cuanto nos niegan algo, pasamos enseguida a ser agresivos o los dejamos a un lado. Una actitud activa frente a la vida necesita de esta orientación instrumental frente a las personas, con oleadas de sentimientos mutables con re-

lación al éxito o al fracaso, a la gratificación o a la frustración.

Y dentro de esta maraña de relaciones y emociones tenemos los encuentros que constituyen la amistad. La amistad no es algo que aparece, ya formado, a un lado y en contraste con la vida. Surge en la lucha. Tiene necesidad de ansias, peligros, incertidumbre, mentira, hipocresía, dudas. La amistad es una isla ética en un mundo carente de moral y en el que todos están en guerra contra todos. Y se manifiesta de un modo molecular, por partículas, una aquí y otra allá, como algo extraordinario, como un lujo que encontramos de tanto en tanto pero que también podemos no encontrar. Porque la vida también podría ser sólo y exclusivamente lucha, intriga, manipulación, seducción, engaño.

En estos períodos, es difícil que la amistad se nos presente en la persona de aquellos a quienes hemos llamado nuestros *benefactores*. Ellos son, más bien, recursos de los que podemos aprovechar, seres frente a los cuales adoptamos una actitud instrumental, a quienes tratamos bien porque necesitamos de ellos, pero a quienes no dudaríamos en arrancarles las cosas de las manos, si nos las negaran. Al amigo, por el contrario, nada tenemos que arrancarle, no sólo por una razón ética sino porque el amigo es quien nos ayuda a alcanzarlas.

Podemos preguntarnos ahora cuál es entonces la relación que tenemos con el *benefactor*. No puede consistir sólo en la utilidad. Dependemos en gran medida de nuestros benefactores. El prototipo del benefactor es la madre. El sentimiento que nos inspira el benefactor es de *gratitud* y agradecimiento. El agradecimiento no es producto de la reflexión ni resultado del cálculo del beneficio que obtenemos. Es un movimiento espontáneo del ánimo, un impulso que hace nacer en nosotros el deseo de retribuir lo que hemos recibido; pero no en forma proporcional. George Simmel² observaba que la gratitud sólo se puede

comprender si se parte del concepto de lo inconmensurable. El bien que recibimos nos parece inconmensurable y también el agradecimiento es inconmensurable. La cultura japonesa ha dado un amplio espacio a la gratitud, creando complejas normas de recompensa. Cualquier beneficio que recibamos, aunque sólo sea una gentileza, nos crea una deuda respecto de aquellos que fueron benevolentes con nosotros, un *on** que debemos pagar.³ Siempre asoma la naturaleza inconmensurable de la gratitud. En el libro de Yukio Mishima, *La voz de las olas*, Shinji, el muchacho, sigue llevando la pesca al guardafaros durante años, porque lo ha ayudado a aprobar el examen. Entre nosotros, lo hubiéramos considerado una esclavitud intolerable. El otro hubiera debido decir: "no, no quiero, ya has cancelado tu deuda". De hecho, nunca podemos cancelar nuestras deudas por completo.

La gratitud no depende en modo alguno de las cualidades del benefactor o de nuestros sentimientos hacia él. El benefactor puede ser simpático o antipático, inteligente o estúpido, gentil o descortés, honesto o deshonesto. Nuestra gratitud no sufre la menor influencia. Podemos inclusive sentir rabia contra alguien y, a pesar de ello, tener que admitir que nos benefició y que por consiguiente debemos estarle reconocidos.

Ahora comprenderemos mejor por qué hicimos una distinción tan neta entre el amigo y el benefactor. Respecto del amigo, hay, además, reciprocidad. Por ello no nos sentimos en deuda con él aunque haya hecho mucho por nosotros. O para ser más exactos, en el trato con el amigo son tantas las deudas y los créditos, que se equilibran y ya no se lleva la contabilidad.

3. ¿No puede, entonces, darse el caso de que el benefactor pase a ser un amigo? Sí, puede darse cuando el benefactor no es pasivo, cuando no es una fuente de recursos sino alguien que se pone de nuestro lado para construir

² Kurt H. Wolff, "The Sociology of George Simmel", *The Free Press Glencoe*, Londres, Collier-Macmillan, 1950, pág. 392.

* En inglés en el original. [T.]

³ Véase Ruth Benedict, *El crisantemo y la espada*, Madrid, Alianza, 1974.

junto con nosotros; en definitiva, cuando también él se pone en movimiento y se lanza a la aventura. Volvamos a la metáfora del país extranjero al que emigramos. Podemos encontrar personas que nos traten con humanidad, nos ayuden a insertarnos en el mundo hostil, nos inviten a sus fiestas y nos presenten a sus amigos. Estos son los benefactores. Pero amigo sólo es quien, aun siendo de ese país, es de algún modo un forastero como nosotros y está en nuestra misma situación. Por ejemplo, un rebelde. El amigo siempre es doble. Por un lado es como nosotros, nuestra copia, y por otro, pertenece a la sociedad que nos es desconocida. En un país extranjero el amigo es aquel que toma posición contra su país, al menos en un aspecto, y se hace nuestro cómplice. Por eso, no es quien nos hospeda bien —según las reglas de la buena educación— sino quien nos ayuda a descubrir los secretos del país hostil para sojuzgarlo. Desde luego que la amistad recíproca sólo es posible cuando nosotros representamos, para él, el mismo rol.

Por esta razón, se encuentran aquellos que persiguen un fin: los extranjeros en su propia patria, los excluidos, los que quieren y deben luchar para construir una ciudad. Se encuentran aquellos que se complementan porque cada uno ha avanzado más que el otro en un determinado sector, en un determinado aspecto. El encuentro entre los amigos se funda, pues, en las afinidades profundas, tanto de la personalidad cuanto de la situación en que se hallan. Es difícil afirmar cuál de estas dos cosas es más importante. Quizá sea más importante para explicar el encuentro la situación existencial de cada uno de ellos. Para la secuencia de encuentros y la consiguiente consolidación de la amistad tiene mayor importancia la estructura de la personalidad, el tipo de experiencia del contexto de vida en que el otro está inserto.

La búsqueda de identidad es un viaje de iniciación. Quien va en busca de su identidad debe perderse y encontrarse, morir y renacer, descender a los infiernos y regresar a la luz. Este viaje no se puede realizar en grupo, es una aventura eminentemente individual. Y tiene riesgos. La muerte-renacimiento puede ser muerte. Se puede no regre-

sar de los infiernos. En este viaje el héroe debe ser prudente y astuto. No se puede fiar de las apariencias, debe resistir a las tentaciones, debe engañar para no ser engañado. Como Ulises, como todos los héroes mitológicos. Pero debe confiar en alguien. En alguien que esté a caballo de ambas realidades, la suya y la otra: la del mundo hostil. Ulises, a lo largo de todo su viaje terrorífico, dialoga con Atenea, la única que lo protege. Dante confía en Virgilio. También Aquiles, en la batalla contra Héctor, recibe ayuda de Minerva.* Héctor, en cambio, es derrotado porque la diosa, al aparecérselo, toma la forma de Deifobeia.** Por eso, el amigo es aquel que ayuda al héroe en el viaje de iniciación: el protector.⁴ Algunas veces lo hace del principio al fin; otras, sólo en el momento crucial. A veces va a la vanguardia, otras se limita a confrontar y aconsejar.

* Minerva es la identificación romana de Atenea a quien se representaba como virgen guerrera. A esta diosa griega fue consagrada la ciudad de Atenas y también el Partenón. [T.]

** Sibila de Cumas, que condujo a Eneas a los infiernos. [T.]

⁴ Rosa Giannetta Trevico, *Note sulla struttura del male*, Milán, IULM, manuscrito, 1981.

CAPITULO DUODECIMO

1. En la vida humana, además del enamoramiento, la amistad y otras formas de amor, existe otra dimensión fundamental: el erotismo. El erotismo se puede presentar de manera autónoma o conectado con las otras dimensiones. En el enamoramiento hay un erotismo extraordinario. Los enamorados pasan los días abrazados, en un éxtasis recíproco. Sin embargo, también fuera del enamoramiento existe una fuerte atracción erótica. Más aún, si se consideran las cosas desde un punto de vista estadístico, es el erotismo y no el enamoramiento el que predomina en la vida cotidiana. El erotismo, no así el amor, asoma, de modo más o menos abierto, en todas las relaciones entre los dos sexos. Toda mujer está inclinada a evaluar a todo hombre que encuentra, como posible objeto erótico. Todo hombre evalúa a toda mujer de la misma manera. Hay personas que desde una óptica erótica gustan más que otras. En una época se acostumbraba decir que tenían *sex-appeal*, expresión correcta porque indicaba la especificidad de la atracción. Una persona interesante en sentido erótico puede carecer de otras cualidades o virtudes. No es necesario que sea inteligente, honesta o decidida. La atracción erótica nada tiene que ver con el juicio moral. Desde este punto de vista se opone por completo a la amistad; es su antítesis. Y sin embargo, también el erotismo produce formas de unión, influye para que las personas se busquen, se deseen a la distancia, quieran encontrarse de nuevo y estar

juntas. Tan común es que esto ocurra que hay quienes confunden esta atracción con el enamoramiento. Un interés erótico contrariado puede llegar al paroxismo y asemejarse en todo al enamoramiento. Sólo se diferencia de él porque una vez satisfecho, el deseo paroxístico disminuye. Los enamorados, cuanto mayor es el tiempo que pasan juntos, más quieren que se prolongue. Cuanto más unidos son, más sienten la necesidad de disminuir aun más la distancia entre ellos. El erotismo, por el contrario, tiene capacidad para satisfacerse. Simula la pasión y tiene en común con ella la locura. Pero cuando alcanza su meta, se aplaca y olvida. El interés se reconstruye, después, casi del mismo modo que se reconstruye la energía de todas las reacciones instintivas: el hambre, la sed, el sueño. Además, el interés erótico difiere del enamoramiento porque se siente atraído por la novedad y estimulado por lo diferente. El enamoramiento busca con obstinación a la misma persona, y si no la encuentra no tiene paz. El erotismo, aunque busque a la misma persona, está siempre dispuesto a sustituirla. Basta con que la ocasión se presente.

En la relación erótica los dos amantes persiguen una finalidad: darse placer uno a otro, y nada más. No pueden vivir el uno sin el otro. Es probable que no exista ninguna otra forma de reciprocidad más inmediata, total y espontánea que ésta. Por esta razón, Freud y los psicoanalistas han tomado como prototipo de la reciprocidad a la sexualidad genital, hasta hacer de ella un paradigma de todas las relaciones humanas recíprocas. Freud y los psicoanalistas subrayaron también que las formas de sexualidad pregenital son, por el contrario, no recíprocas, por ejemplo, autistas o sádicas o masoquistas. Pero en esta instancia no nos interesa el placer que experimenta el verdugo en torturar a la víctima ni otras formas puras de sexualidad pregenital. Hablamos sólo del erotismo subordinado al principio de reciprocidad, de cuanto es intercambio, goce recíproco.

El erotismo, al igual que la amistad, tiene la naturaleza del encuentro. El tiempo del erotismo, como el de la amistad, tiene una estructura granular. La dimensión específica del erotismo no es, sin embargo, el reencuentro; la

continuidad, sino lo distinto, lo nuevo, lo inaudito. El erotismo deja entrever en toda persona una nueva voluptuosidad extraordinaria. Y si busca a la misma persona, si quiere ésa y no otra, es porque en ella encuentra cada vez algo extraordinario, una experiencia única e inconfundible. El enamoramiento busca a una persona única e inconfundible en la cual todas las cualidades sean extraordinarias y sublimadas. *El erotismo, en cambio, sólo ve las cualidades eróticas y busca la experiencia y no a la persona en sí.*

La unidad, el núcleo del enamoramiento, es el estado naciente. El enamoramiento es enamorarse y "re-enamorarse" de la misma persona. El núcleo de la amistad es el encuentro y la amistad es una filigrana de encuentros con la misma persona. El núcleo del erotismo, en cambio, es la *experiencia*. Una relación erótica dura hasta tanto la experiencia erótica, el placer erótico, conserven su naturaleza extraordinaria e inaudita. Cuando no se los encuentra en una persona, por fuerza se los busca en otra. El enamoramiento tiene por destino la formación de una colectividad, en especial, de una pareja. La amistad es recorrer juntos el camino de la vida, lado a lado, con lealtad. El erotismo es encontrarse para darse un placer extraordinario. El placer erótico proviene de la fusión de los cuerpos, de la anulación, por un instante, de la identidad. En el enamoramiento las dos personas se funden para constituir una entidad nueva, un nosotros, que se propone durar y modificar la realidad. En el erotismo las dos personas tienden a una fusión temporaria, a una anulación temporaria de sus individualidades físicas y psíquicas. Cuando concluye la experiencia extraordinaria, cada individualidad se recompone, enriquecida de experiencia. También el erotismo es ansia de conocer. Frente a cada persona se pregunta cómo será, cómo reaccionará. Más aún, tal vez sea la forma de conocimiento más simple entre los dos sexos, la puerta más inmediata para entrar a una intimidad que al comienzo se preanuncia como total.

Todo aquello que no se presenta en forma erótica directa es —en términos de psicoanálisis— producto de la represión o de la sublimación. En psicoanálisis, la verdad

de la relación interpersonal es el erotismo. Toda relación interpersonal, sea amor o amistad, alcanza la verdad, se hace auténtica, sólo cuando revela su naturaleza erótica. Esta corriente de pensamiento es característica sobre todo de determinadas escuelas de psicoanálisis, como la de W. Reich,¹ pero está implícita en todas las demás. La teoría psicoanalítica encuentra una confirmación empírica aparente en el hecho de que casi todos los individuos son proclives a evaluar de modo erótico a todos los individuos del otro sexo con quienes se ponen en contacto y, en el caso de los homosexuales, como es natural, a los del mismo sexo. Por eso, incluso, la amistad heterosexual tiene siempre, al comienzo, atisbos eróticos. El psicoanalista considera que cuando se abandonan esos atisbos, la amistad es precisamente el producto de ese abandono. Los mismos impulsos, reprimidos o sublimados, serían entonces la base de la atracción amistosa. Si se los dejara en libertad, la amistad se desvanecería para retomar al erotismo del que había nacido.

Los jóvenes son quienes más a menudo van en busca de experiencias eróticas. Pueden por ello considerar incompleta y parcial una relación que no haya desembocado en un contacto sexual. La búsqueda de la sexualidad, el erotismo errático puede tornarse paroxístico en determinados períodos de la vida. Entonces la persona trata de "seducir" o "conquistar" a la mayor cantidad posible de personas del otro sexo. En ciertos aspectos es una forma de poder; en otros, una exploración, un ansia de conocimiento. La cantidad termina sin embargo por anular el conocimiento, achatar las experiencias y, en definitiva, destruir el erotismo. La búsqueda —que comienza por conocer, por encontrar personas, por vivir aquello que de más íntimo tienen y, por ende, más extraordinario—, termina por perder lo nuevo, lo inesperado. Las personas se confunden unas con otras. ¡Tantos cuerpos desnudos y todos tan

¹ Wilhem Reich, ed. ital., *La funzione dell'orgasmo*, Milán, Sugarco, 1970; *Analisi del carattere*, Milán, Sugarco, 1970 [hay versiones castellanas: *La función del orgasmo y Análisis del carácter*, Buenos Aires, Paidós]; *Ascolta piccolo uomo*, Milán, Sugarco, 1972.

iguales! El erotismo se esfuma en la absoluta falta de diferencias.

En realidad, el erotismo es tensión, tensión entre la individualidad y la fusión. Tiene necesidad del individuo para anularlo, para violarlo. Tiene necesidad de la fusión y de la desnudez, para encontrar en ellas lo específico, lo único. George Bataille² captó muy bien este aspecto profanador del erotismo. El erotismo tiene necesidad de rostros limpios, virginales, angelicales, para hacer gestos obscenos, para obligarlos a todo cuanto en apariencia les está más alejado. Tiene necesidad de ropas elegantes y compuestas, de *toilettes* sofisticadas y regias, para quitarlas. El hombre con traje de etiqueta es frío, irreprochable, correcto. La mujer es altiva, lejana e inabordable como una sacerdotisa o una diosa. Para acrecentar el erotismo los seres humanos acentúan todo lo que puede poner distancia entre ellos. Después, el erotismo se manifiesta al acortar la distancia, al arrancar esas ropas. Los galanes mesurados, altivos e impasibles pasan a ser, en un instante, hombres primitivos y salvajes. Las diosas, mal trajeadas, pierden todo pudor. El encuentro erótico es infracción, subversión, profanación, exceso. En realidad, el traje de etiqueta no es sólo severidad, defensa, represión, distancia. Es todo esto, es verdad, pero al mismo tiempo permite vislumbrar su opuesto, el desnudo que esconde. Deja adivinar el exceso que pretende desencadenar. Las mujeres son imperturbables y distantes como las divinidades. Pero sus vestidos refinados parecen estar siempre a punto de caer. Dejan ver los senos o la espalda en toda su desnudez, o las piernas a través de un tajo increíblemente audaz. La seducción femenina es a un tiempo alejamiento e invitación, recato e insinuación. No es un sí. Pero la seducción femenina no es sino el símbolo genérico de la seducción. Invita al hombre a avanzar, a proponer, a tomar la iniciativa, para poder defenderse, hacer un poco de esgrima y después, de improviso, ceder. En esto el ser humano repite los comporta-

mientos genéticamente condicionados de casi todos los seres vivientes. La especie *homo sapiens* acentúa, con plena conciencia y valiéndose de artificios, una tensión que por naturaleza conoce. Esta especie, sin pelambre, sin plumas, sin estímulos, sin olores eróticos no condicionados, ha elaborado para sí una cultura de la seducción que desencadena el interés erótico casi a voluntad.

2. ¿Cuál es la diferencia entre la amistad y una relación erótica? La primera que nos viene a la memoria es la estabilidad, pero esta respuesta es falsa. Hay diferentes formas de amistad. En algunos casos, los amigos viven cerca toda la vida. Pero en otros, se encuentran con menor frecuencia o hasta excepcionalmente, y sin embargo se trata de una amistad verdadera. Por otra parte, el erotismo puede engendrar una relación perdurable. La amistad no se caracteriza por la frecuencia o la duración sino por el encuentro. Por eso debe buscarse la diferencia con la relación erótica en este nivel. En el encuentro descubrimos al amigo más allá del tiempo. Ya vimos que el tiempo desaparece, no interesa, porque la relación entre dos amigos no es problemática, no está sujeta a la angustia ni a la tensión. Lo que sucede en el intervalo no es un problema. Pero también en el encuentro erótico sólo importa el presente, el placer presente, sin que nos interese cuanto haya sucedido en el intervalo. En ambos casos el tiempo es, pues, de una estructura granular. La diferencia se encuentra, más bien, en la *experiencia* en sí. La experiencia erótica nunca es casual, se prepara. Se prepara para obtener un placer nuevo, extraordinario, no necesariamente recíproco. Si no se lo obtiene, el deseo merma; incluso puede desaparecer. La amistad no prepara nada. Los amigos nada esperan de su encuentro. No lo juzgan, no lo evalúan. Si el encuentro no es intenso, la cosa no tiene la menor importancia. La amistad dispone de tiempos largos, larguísimos. En alguna otra ocasión los amigos podrán encontrarse de verdad. El encuentro erótico, por el contrario, se prepara con miras a su resultado. Todo cuanto sucede se evalúa y se juzga. Cada uno pretende del otro una invención, una novedad, un des-

² George Bataille, *L'erotisme* (1957).

tello. *El encuentro erótico es una prestación* recíproca que debe causar satisfacción. Cada uno podrá desilusionarse del otro y si la desilusión se repite dos o tres veces, no habrá motivo alguno para seguir buscando algo que no existe. Los consejeros, los sexólogos y los psicoanalistas deben responder a miles de preguntas acerca de cómo mejorar la propia prestación sexual o la del compañero. Las parejas se someten a exámenes y tests, se estudian mutuamente para mejorar su rendimiento. Se publican libros y manuales para mejorarlo. El arte de amar, si el amor se entiende en sentido erótico, es un arte que se puede aprender y enseñar. No hay un arte para enamorarse o hacer amistad. Libros como el de Fromm sobre el arte de amar³ son mistificaciones, igual que el de Dale Carnegie sobre cómo ganar amigos. El amor no se aprende, se conoce a priori. Tampoco la amistad se aprende. Se aprenden los buenos modales, la forma de convivir con gentileza y es obvio que esto beneficia tanto al amor cuanto a la amistad. *La seducción, en cambio, se aprende.* El mundo del erotismo es un mundo de medios y fines: se conocen los fines y se perfeccionan, se elaboran los medios. En la amistad y en el enamoramiento la gente se encuentra sin saber lo que quiere. Sólo en el encuentro se revela el fin. Por eso, cuanto más uno busca y se afana por manipularse a sí mismo y al otro, cuanto más calcula y seduce, tanto más cierra ojos y oídos a esta revelación. En contraste, en el erotismo cada uno debe conocerse a sí mismo y al otro, para seducirlo, para aumentar el deseo y dar la respuesta adecuada al deseo que así nació.

Si la inmensa mayoría de los esfuerzos realizados por las parejas son inútiles, no es porque no exista un arte de la seducción y el erotismo, sino porque falta en ellos el amor y éste no puede aprenderse. El amor mantiene unidos, sea amor maternal, enamoramiento o amistad. Si el amor falta, el erotismo —por ser una prestación— no logrará salvar la relación. El éxito de la prestación depende del deseo de placer que tengamos, de la voluntad, de la

³ Erich Fromm, *El arte de amar*, Buenos Aires, Paidós.

tenacidad que pongamos para conquistar y seducir al otro. Pero, ¿por qué debemos hacerlo si no lo amamos, si no es nuestro amigo? Las parejas que piden consejos quieren seguir existiendo como parejas, quieren durar. Consideran el erotismo como un medio para su existencia y su durabilidad. Pero el erotismo en su forma pura no siente el menor interés por la existencia y la durabilidad. Quiere el placer extraordinario y basta. Está dispuesto a preparar la puesta en escena, el artificio, pero a condición de encontrar, en abundancia, aquello que busca. Si la tarea es grande, si el deber supera al placer, lo deja caer.

Las relaciones eróticas, a diferencia de la amistad y del amor, pueden cesar en un instante, sin lamentos, sin remordimientos y sin rencor. El amor sólo cesa después de innumerables frustraciones. La amistad muere por trauma, cuando se la traiciona o se la decepciona, y por ello también cesa con dolor, con amargura, y deja una sensación de desilusión que puede durar largo tiempo. Por el contrario, la relación erótica se esfuma de la noche a la mañana, sin dejar huellas. La persona a la que nos abrazábamos, enardecidos, diciéndole "amor, amor", pasa a ser una de tantas. Muchos de los llamados enamoramientos o antojos o infatuaciones, sólo son relaciones eróticas enriquecidas de romanticismo.

3. La amistad nunca siente autocomplacencia por sí misma, la sexualidad sí. Durante el contacto erótico la gente se dice: "cómo me gustas, qué bien lo pasamos juntos". El erotismo tiene necesidad de proclamar el placer, el propio placer y el placer de estar con el otro, el de estar juntos. No hay pudor alguno. Es más, la relación erótica se alimenta con declaraciones de amor recíproco. Por el contrario, la amistad es esquiva, púdica y silenciosa. Dos amigos nunca se dirán "qué bien lo pasamos juntos". La amistad es un placer, produce un gran júbilo, pero es una clase de júbilo que no se expresa. Poder corresponder, al fin, un favor a un amigo que tanto nos ha ayudado en el pasado, es una felicidad. Una alegría que nos hace saltar y bailar, pero no podemos expresársela. Si le llegamos a

decir: "¿sabes?, ahora que puedo retribuirte el favor, estoy feliz como un niño", se sentirá molesto. Y entonces nuestra felicidad se desvanecerá. Por eso debemos saber guardar la emoción para nosotros. Es un fenómeno curioso. Al amigo a quien le contamos nuestras emociones más secretas, no podemos decirle las que se relacionan con él. Y es lógico. La acción que realizamos por el amigo es virtuosa en lo intrínseco, pero no puede hacer ostentación, no puede autocomplacerse. No se puede decir: "mira qué virtuoso soy". Porque una virtud que se ostenta deja de ser una virtud. *Nadie puede vanagloriarse de su virtud.* No podemos decir: "soy modesto, generoso y altruista". En el mismo momento en que lo pensamos nos volvemos inmodestos y egoístas. No podemos complacernos del desinterés, del amor hacia el otro, de preferirlo a nosotros, que es la esencia de toda acción moral. La complacencia es egoísta por definición.

Por este motivo, aunque estemos llenos de felicidad, no podemos correr hacia el amigo y contárselo, porque lo que hacemos pertenece al libro de las virtudes. Desde un comienzo dijimos que la amistad es la forma ética del eros. Esta es la causa por la cual una amistad verdadera y profunda tiende a no exhibirse. Quien va por ahí diciendo: "¿Fulano? ¡pero si es un queridísimo amigo mío! ¿Zutano?, ¡pero si somos íntimos!", no tiene, por lo general, una relación de profunda amistad con ellos. Quiere significar que mantienen buenas relaciones, que los conoce bien y puede obtener de ellos un favor, que tienen de él un concepto bastante bueno, pero nada más.

Los enamorados se juran fidelidad eterna. Los amigos nunca juran, no se prometen nada. Si alguien promete amistad a un amigo, éste lo mirará como se mira a un loco. El enamorado, cuando dice: "te amaré siempre", se arroja a los pies del ser amado, de la misma manera que al decir "siempre te he amado", se rinde sin condiciones, pero es al mismo tiempo una exigencia porque se hace acreedor a un elogio, porque esto le permite esperar un reconocimiento de heroísmo. En la amistad, frases como: "siempre seré tu amigo", o "siempre fui tu amigo" sólo se usan cuando el

otro no nos cree y, por consiguiente, cuando la amistad no existe. Entre dos amigos verdaderos este tipo de cosas no se dicen, se presuponen.

En el terreno moral, ninguna virtud, ni siquiera el heroísmo, tiene el derecho de vanagloriarse y hacer ostentación. Muchos consideran que la amistad se caracteriza por una especie de mediocridad que rehúye decisiones graves, actos de valor o de heroísmo. No es así en absoluto. Cuando examinamos los comportamientos concretos de dos enamorados advertimos que a menudo ha habido muy poco de heroísmo. Ha habido, en cambio, mucha grandilocuencia. El heroísmo de la amistad es estoico, no admite palabrería. Se haga lo que se haga, se limita a decir "no hay de qué" y se niega a sentir otra cosa.

Entre las numerosas formas de amor, sólo la amistad tiene este pudor. La madre abraza extasiada a su hijo, lo encuentra bellissimo, estupendo, el más lindo y más inteligente del mundo. Los enamorados gritan su amor. En ninguno de los casos hay egoísmo, hay altruismo, y este altruismo no desaparece al gritarlo. Esto es posible porque las dos personas están casi fusionadas. ¿Dónde termina la madre y dónde comienza el hijo? ¿Dónde el amante, y dónde el amado? En este tipo de amor, egoísmo y altruismo pierden sentido porque el verdadero objeto trasciende a las dos personas individuales. En la amistad, por el contrario, el otro sigue y debe seguir siendo él mismo, en todo. Ahí no puede confundirse jamás, ni siquiera por un instante, egoísmo con altruismo. Todas las virtudes deben conservar, con claridad, su naturaleza. Respecto del amigo uno debe ser siempre altruista, siempre honesto, siempre sincero, modesto y correcto. Cuando no lo es, la amistad se esfuma. Si se lo es, no es posible complacerse de ello. Por esta razón la amistad es silenciosa y púdica.

4. El erotismo y la amistad, ¿pueden coexistir? Sabemos ya que son diferentes y que no pueden ser confundidos, pero esto no significa que tengan que ser incompatibles. Comencemos ahora a analizar, en términos más generales, el nexo existente entre algunos sentimientos amorosos.

Amistad y enamoramiento son cosas diferentes e incompatibles. Si decimos a nuestro amado: "sigamos siendo amigos", quiere decir que ya no lo amamos. La amistad es incompatible hasta con el amor que aparece como forma estable del enamoramiento. El amor que nace del enamoramiento (institución) conserva sus características esenciales. Quienes se aman de este modo pueden tener encuentros similares a los que tienen los amigos. Pero su afecto es exclusivo, con frecuencia son celosos en el aspecto sexual y siempre lo son frente a otro enamoramiento. El *nosotros* de la pareja es una colectividad solidaria, con obligaciones mutuas, con un gran control recíproco. Es lo contrario de la amistad. Introducir en esta pareja la liberalidad de la amistad significa destruirla. También la amistad es una forma de amor, pero distinta por completo. El erotismo tampoco puede ser considerado como una forma de amor. Por su naturaleza, no produce una relación estable. En términos de psicoanálisis no es una catexia estable del objeto, o al menos no lo es en la mayoría de los casos. Por eso el erotismo no es una disyuntiva de las demás formas de amor, aunque puede combinarse con ellas dando lugar a configuraciones muy particulares.

Al combinarse con el enamoramiento lo sacraliza, lo sublima. El cuerpo erotizado del ser amado suscita reverencia y adoración. En este caso el erotismo pierde su carácter de infracción y violación, pero porque el mismo enamoramiento es transgresión, revolución. La combinación del erotismo con el amor institucional que surge del enamoramiento es algo más difícil. Para conservar su esencia, el erotismo tiene que recrear una distancia con respecto a la ternura del amor. El erotismo quiere emociones violentas y nuevas; la cotidianidad sin problemas es una amenaza. Por eso, algunas veces la combinación del erotismo y el amor se disuelve después de un determinado tiempo y el amor pierde su erotismo y se torna afecto, dulzura, lealtad. De todos modos, un amor que perdió su erotismo sigue siendo amor, no se desvanece. Hasta puede renacer al erotismo y revitalizarse porque es el heredero del estado naciente y conserva su propiedad.

El nexo entre el erotismo y la amistad es más difícil aún. La amistad es totalmente heterogénea con relación al erotismo. Por lo general, en la relación entre dos sexos, hay un momento en el cual el encuentro puede evolucionar hacia el erotismo o hacia la relación amistosa, con iguales posibilidades. Casi siempre se opta por una u otra cosa. Y sin embargo, amistad y erotismo pueden convivir. Es factible la amistad entre dos personas de distinto sexo que mantuvieron o mantienen relaciones eróticas entre sí. Esto es válido también entre personas del mismo sexo, entre homosexuales. Es posible porque la amistad sabe vivir una vida autónoma, no necesita del erotismo y por lo tanto no se siente amenazada por su frivolidad.

El erotismo por sí solo no se prolonga en la amistad. La atracción erótica puede alimentarse de cosas incompatibles en absoluto con la amistad, como la vulgaridad, el capricho, la mentira. El erotismo es ambiguo por naturaleza; dice sí y no a la vez. Es impracticable que de una relación fundada exclusivamente sobre estas bases pueda derivar la positividad cristalina de la amistad. Pero cuando la amistad preexiste o se construye por su cuenta, a través de los encuentros, o cuando la relación entre los individuos se funda sobre cimientos éticos sólidos, el erotismo no la destruye.

El erotismo no genera amistad, pero *la amistad es compatible con el erotismo*. En la amistad erótica, lo que cuenta es la filigrana de encuentros. Lo que importa es la confianza, la fe, la lealtad espiritual. Cuando se dan estas condiciones, cuando el erotismo sólo es un componente del encuentro, puede vivir junto a la amistad, igual que puede vivir junto al amor nacido del enamoramiento. Sólo se diferencia de éste en que no es celoso ni exclusivo, en que no pretende la posesión total y continuada de la persona. Dentro de la amistad, el erotismo es siempre un apéndice, algo que no es esencial, que no interfiere ni debe interferir los fundamentos de la amistad. Pero si logra no interferir, si no se torna opresivo ni posesivo, y se mantiene ágil como un don no necesario, puede vivir largo tiempo.

En la *amistad erótica*, la amistad comienza ahí donde

la seducción termina, donde cesan la manipulación y el poder. La amistad erótica verdadera está hecha de impulso, sin cálculo, con generosidad para acrecentarse y para acrecentar, sin cálculos mezquinos en pro o en contra, sin voluntad de retener, dirigir, influir o empujar en una dirección da. Amigo es aquel que recibe bien al amigo y hace aquello que agrada al otro, tanto si se trata de algo esperado como si causa sorpresa. El amigo da sin exigir, recibe sin pedir. Si el erotismo logra ser todo esto —y algunas veces lo hace— es compatible con la amistad. De lo contrario, la destruye.

CAPITULO DECIMOTERCERO

1. El poder y la agresión dominan la vida cotidiana. A menudo, en las relaciones empresariales, muchos superiores sienten un placer implacable en la reafirmación de su poder respecto de sus subordinados. En las relaciones con los colegas hay una lucha competitiva por la jerarquía y el rango. Todo el sistema profesional está edificado para ascender en la escala del prestigio y del poder. En la sociedad, hasta el esparcimiento y la diversión, son herramientas de reafirmación: Una reunión social, por ejemplo, es también una exposición en la que cada uno trata de hacerse ver. Los participantes se reúnen en pequeños grupos para abrir juicio sobre los demás. Así se elabora la evaluación social y se constituyen las jerarquías del prestigio. Pero no se trata de una evaluación objetiva y desinteresada. Los grupos son coaliciones que se forman para luchar contra los adversarios, para obtener una victoria aplastante contra los competidores. Para eso sirve la maledicencia, para agredir de manera colectiva al ausente, para dejarlo fuera del juego.

El deseo de poder, de sobresalir, la necesidad de dominar, están presentes también en las relaciones familiares entre cónyuges, entre personas que se aman. Entre las parejas hay una contienda permanente y sutil en la que cada uno se afirma en detrimento del otro, lo hace sentir en falta, lo humilla. A veces, con posterioridad al período incandescente del enamoramiento, sólo queda, al parecer, esta necesidad de agresión y de revancha. Nos pregunta-

mos, acerca de algunas parejas, qué es lo que más las une, si el amor o el deseo de venganza,¹ el deseo de tener al otro atado, prisionero o sometido. Hay quienes han cedido tanto a sus deseos agresivos y dominadores que han pasado a ser, para sus cónyuges o sus subordinados, verdaderos déspotas. No importa lo que el otro haga, aunque sea algo perfecto o admirable; jamás le harán un elogio. Descubren algún defecto, hacen deducciones a partir de un detalle insignificante y de ese modo destruyen el valor de toda la obra. Colocan a su interlocutor en condiciones tales que siempre se sienten en pecado, siempre culpables, al igual que esa tenebrosa moral de la contrarreforma católica que mantenía a los creyentes inmovilizados por el terror, porque aunque su vida hubiera sido santa bastaba un pecado, en el último instante, para que fueran condenados a los tormentos eternos. Bastaba una nada, un descuido, una debilidad, y todo terminaba. Pero aun sin llegar a esos extremos de crueldad psíquica, sucede con frecuencia en la vida diaria que alguna persona, cerca de nosotros, envenene nuestra felicidad por una observación, por un golpe bajo. A primera vista, estas cosas parecen casuales pero en realidad tienen la intención sutil de arruinar el placer para hacer sufrir, y son hechas adrede. Quien nos libera de este mundo mezquino y de su peso diario, es la amistad.

El amigo es aquel que no tiene un comportamiento mezquino con nosotros. Si alguien a quien consideramos amigo nos da estocadas que nos fastidian, nos arruina la alegría del éxito o, con sus observaciones, nos coloca en situación embarazosa; podemos estar seguros, diga lo que diga, de que no es nuestro amigo. Esta afirmación también es válida para las habladerías. Ningún amigo hablará mal de nosotros. Si otros se reúnen para murmurar de nosotros, el amigo nos defenderá o se irá de inmediato. Tampoco se detendrá a escucharlos para después contarnos lo sucedido. El que actúa de este modo, el que viene a transmitirnos las

perversidades que los demás dijeron de nosotros, siente placer al hacerlo y no es, entonces, nuestro amigo.

En la amistad no hay cabida para la agresión y el poder, ni siquiera para el miserable poder cotidiano, ni siquiera para la menor maldad. Los amigos son magnánimos uno respecto del otro. Son grandes señores. Por instinto excluyen cuanto podría perturbar nuestra grandeza. El encuentro con el amigo interrumpe, pues, la trama compacta y abyecta de la vida de todos los días. Es un momento de paz y serenidad olímpica, más allá de intrigas y confabulaciones.

2. La *ambivalencia* domina la vida cotidiana. Hacia los demás y también hacia nosotros, sentimos con frecuencia no un sentimiento único, sea amor u odio, sino ambas cosas mezcladas. Amamos y odiamos a un tiempo. Según el psicoanálisis freudiano, podemos representar las catexias del eros y de la agresividad como cargas positivas o negativas, positivo el eros y negativa la agresividad.

Un objeto de amor —la persona que amamos, nuestro hijo o nuestra madre, y también nuestra patria o nuestra iglesia— incorpora sin cesar cargas positivas. Cuanto más importante es el objeto, mayores son las cargas acumuladas. Por el contrario, nuestro enemigo personal, o el partido político de la oposición, o los criminales, en suma, todo aquello que nos resulta desagradable u odiamos de modo permanente, son objetos que incorporan cargas negativas: Una relación no ambivalente es aquella en la cual el objeto incorpora sólo cargas positivas o sólo cargas negativas: o es completamente amigo o completamente enemigo.

Desde el punto de vista del principio del placer, es de suma importancia la presencia o ausencia del factor ambivalente. En opinión de Freud experimentamos placer tanto si expresamos nuestro amor como si expresamos nuestra agresividad. El guerrero se siente feliz sobre el cadáver del enemigo a quien dio muerte,² de la misma manera que el

¹ El autor italiano Franco De Faveri ha estudiado muy a fondo este mundo emocional. Véase, por ejemplo, *Venezia bianca*, Venecia, Marsilio, 1977.

² Freud, pág. 141, vol. VIII de la ed. ital. de sus Obras, *Considerazioni attuali sulla guerra e sulla morte*, Turín, Boringhieri, 1976.

amante es feliz entre los brazos de la amada. La felicidad del guerrero depende del hecho de que su agresividad ha podido descargarse sobre el enemigo, o sea, sobre un objeto que ha incorporado, sin cesar, cargas negativas. La felicidad del amante depende del hecho de que los brazos que lo acogen son los de un ser que sólo ha incorporado cargas positivas. El guerrero sería infeliz si hubiera dado muerte al ser amado y el amante sería infeliz si lo abrazara su enemigo. Este hecho elemental, pero fundamental, se puede describir así: sólo se produce el placer cuando las cargas se dirigen a objetos que han incorporado, sin cesar, cargas del mismo signo. Toda vez que la agresividad se dirige a objetos de amor experimentamos un sufrimiento, que puede asumir, por ejemplo, la forma del remordimiento. Toda vez que el eros se dirige a objetos negativos, sentimos rabia, cólera contra nosotros mismos.

Nos resulta fácil ahora comprender por qué la ambivalencia es una fuente de sufrimiento. Porque nos impide sentir el placer de la agresividad y del amor en su forma pura. Si somos ambivalentes, cuando amamos deseamos también hacer el mal al ser amado. Después nos sentimos en falta, tenemos la necesidad de reparar el daño. La ambivalencia es desorden, entropía. Cuando se hace más intensa en los seres vivientes, significa para ellos enfermedad, muerte. Es probable que la ambivalencia (entropía) en el ser humano provoque por sí sola un sufrimiento.

¿Por qué nuestra vida cotidiana está dominada por la ambivalencia? Por la importancia de algunos de nuestros objetos de amor. La madre ama a sus hijos. Pero debe vivir siempre con ellos, cuidarlos en todo momento, hasta cuando está cansada, hasta cuando no siente deseos de hacerlo. La opción de ser madre la condiciona, le impide ser algo distinto. Los niños la realizan como mujer, pero son también un obstáculo para su crecimiento personal en otros aspectos. Así nace la ambivalencia, de modo gradual. La madre ama a sus hijos, pero al mismo tiempo acumula resentimiento dentro de sí. Lo mismo ocurre entre hijos y padres. Los hijos necesitan de los padres porque éstos los alimentan, los cuidan y constituyen sus objetos de identificación.

Pero también ponen límites a su libertad, les prohíben la libre manifestación de los impulsos.

La ambivalencia se concentra en todos los espacios de la vida cotidiana. En el trabajo entre colegas, respecto de los superiores, de las personas que están cerca de nosotros. Pero sólo causa sufrimiento cuando atañe a personas importantes desde el punto de vista emocional. Es fácil separar los sentimientos respecto de aquel que nos es casi indiferente. Uno nos resulta simpático y otro no; no es problema. No podemos, en cambio, evitar la superposición de los dos sentimientos cuando estamos unidos a esa persona, cuando nos es indispensable, cuando queremos tenerla siempre cerca de nosotros. La ambivalencia es la enfermedad de las relaciones intensas y cuanto más fuerte y sólido es el vínculo, más penosa es. El sufrimiento que provoca la ambivalencia está en proporción directa al rol total del objeto.

El único vínculo afectivo incompatible con la ambivalencia es la amistad. Vimos ya que en el enamoramiento podemos odiar al ser amado. Podemos ser ambivalentes respecto de nuestros padres o de nuestros hijos. Por el contrario, no podemos ser ambivalentes respecto de nuestros amigos. Si lo somos, la amistad sufre por esa causa, y si la ambivalencia continúa, la amistad se extingue. Es probable que éste sea el motivo por el cual los amigos prefieren verse de tanto en tanto, cuando sienten deseos de hacerlo, antes que vivir juntos. Es inevitable que una convivencia continua cree motivos de sinsabores, de resentimiento, cosas pequeñas, que sumadas pueden adquirir importancia. La convivencia tiende a consolidar las relaciones afectivas, pero al mismo tiempo, divide. Los enamorados eligen esta senda y asumen este riesgo porque tienden a la fusión. Pero la amistad prefiere renunciar a la fusión en favor del encuentro. El encuentro siempre es positivo. Por ser la amistad una filigrana de encuentros, no es ambivalente.

Por este motivo, en el encuentro con el amigo, experimentamos una sensación de liberación intelectual y emocional. El amigo es claro y transparente. En él no hay duplicidad. El encuentro con el amigo es una isla límpida en

medio de la opacidad de la ambivalencia; es un intervalo totalmente positivo en medio de un equívoco ininterrumpido. Es imposible vivir a diario sin ambivalencia. La ambivalencia es el producto de la existencia de relaciones estables con los objetos. Pueden existir, sin embargo, relaciones en las cuales la ambivalencia se reduce o está ausente por completo. La amistad es el sentimiento no ambivalente por excelencia, el más separado de la realidad y de la necesidad cotidiana.

3. La envidia domina la vida cotidiana. Este es, por cierto, uno de los sentimientos más fuertes del ser humano. Freud le había dado mucha importancia para explicar la diferencia entre los sexos. Para Melanie Klein es un sentimiento primordial, presente hasta en los primeros meses de vida.³ No obstante, fue el francés René Girard⁴ quien más destacó el rol de la envidia. Girard observa que el hombre es un animal mimético. Su increíble capacidad de aprender deriva precisamente de su capacidad para ponerse en el lugar del otro y desear lo que el otro desea. Los niños aprenden lo que es bueno en sentido cultural, es decir, lo que es deseable, mediante la identificación con los padres. Pero también están dispuestos a identificarse con sus pares. Para ver en acción esta *envidia mimética* extraordinaria basta observar a un niño a quien se le ofrece un objeto. El niño no lo quiere, no sabe qué hacer con él. Pero si damos ese mismo objeto a otro niño o si empezamos a usarlo nosotros, el niño lo quiere para él. Es decir, que el deseo por ese objeto sólo aparece cuando hay otro que lo usa. Desear una cosa —dice Girard— es siempre desear a alguien con quien estamos identificados. El deseo y la envidia nacen de manera simultánea. El deseo existe porque hay alguien más que desea, y su deseo despierta en nosotros el deseo de tener esa misma cosa en lugar del otro, y por lo tanto, de

³ M. Klein, J. Rivière, ed. ital. *Amore, odio e riparazione*, Roma, Astrolabio, 1969. [Hay versión castellana: *Amor, odio y reparación*, Buenos Aires, Hormé.]

⁴ R. Girard, ed. ital. *La violenza e il sacro*, Milán, Adelphi, 1980.

quitársela.

Así explica Girard el complejo de Edipo. El niño, identificado con el padre, desea las cosas que el padre desea, ésas y no otras, y del mismo modo. Si el padre desea a la madre exclusivamente para sí, el niño aprende a quererla exclusivamente para sí. No hay necesidad de ninguna frustración para explicar el conflicto. El padre más dulce, más tierno y más afectuoso provoca, de manera involuntaria, un *alter ego* que desea todas sus cosas con la misma intensidad y exactitud. Pero un niño no puede hacer y poseer las mismas e idénticas cosas que un adulto, y de idéntico modo. Por ello, el conflicto y la frustración son inevitables.

Opina Girard que la envidia mimética es la base de casi todas las relaciones humanas, entre ellas el enamoramiento. No nos enamoraremos de una persona hasta que algún otro la desee.⁵ Esta generalización es insostenible. También hay deseos que existen por sí, con independencia del hecho de que algún otro desee lo mismo. La madre ama y desea a sus hijos sin que exista otra mujer a quien envidiar. Pero es real que a menudo en la vida diaria, el deseo por una cosa se despierta en nosotros cuando vemos que otro, sobre todo si es un igual, la posee. La teoría de Modigliani y Duesenberry⁶ sobre el consumo se basa en el *demonstration effect*. * Queremos esos bienes de consumo que vemos usar a aquellos con quienes estamos en contacto con mayor frecuencia, a nuestros vecinos, a las personas de nuestra clase social. A menudo, cuando se despierta en nosotros el deseo de algo que tienen nuestros pares, experimentamos al mismo tiempo un sentimiento de rencor hacia ellos y el deseo de que ellos no puedan gozar de cosas que a nosotros nos están negadas. La envidia está formada por varios componentes: la identifica-

⁵ R. Girard, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, París, Grasset, 1962.

⁶ J.S. Duesenberry, *Income, Saving and the Theory of Consumer Behavior*, Cambridge, Massachussets, Harvard Univ. Press, 1944.

* En inglés en el original. [T.]

ción con el otro, el deseo de aquello que él posee y el rencor de que él lo tenga y nosotros no. Algunas veces se suma el sentimiento de injusticia y la voluntad de quitarle lo que tiene y hacerle sufrir.

Si el *mimetismo envidioso* es tan importante para hacer nacer la necesidad, no debemos asombrarnos de que se dé con frecuencia en la vida cotidiana. Pero el grado de agresividad, de odio, de perversidad, cambia muchísimo de una persona a otra. Hay quienes en cuanto advierten el deseo de algo que no pueden obtener, hacen cualquier cosa por olvidarlo y renuncian con facilidad. De este modo se desvanece el impulso inicial de envidia. En contraste, hay personas que cultivan en sí el deseo, el sentimiento de injusticia y el rencor. El marxismo, como ideología popular, fue edificado sobre este sentimiento de envidia rencorosa, alimentó el sentimiento de injusticia respecto de aquellos que tienen bienes y justificó, desde un enfoque ideológico, el deseo de expropiárselos por la violencia. También la cultura norteamericana favoreció la envidia pero como un estímulo para la emulación, la competencia y el éxito.

La envidia es un sentimiento mezquino, penoso, que envenena nuestras relaciones sociales y nos hace sufrir en silencio. El envidioso es feliz cuando los demás sufren, cuando son desafortunados, cuando les va mal. Es infeliz, al contrario, cuando están contentos, cuando les va bien. Por eso la envidia es la antítesis del amor. El amor quiere la felicidad del otro; la envidia, su desgracia. La envidia es una de las formas en que se manifiestan el odio, la agresividad y el placer de dañar y hacer sufrir. En la vida diaria, la envidia asoma por doquier, hasta en las relaciones entre hijos y padres. Es muy conocida la envidia entre hermanos, que compiten con denuedo por los mismos objetos de amor, por los mismos premios. Entre hermanos la envidia coexiste, a menudo, con un amor tenaz. Ahí encontramos un ejemplo de profunda ambivalencia.

En el enamoramiento no hay envidia. Puede haber odio, rencor, deseo de destruir a la persona que amamos y que no nos recompensa con su amor, pero no puede haber

envidia. Los enamorados tienen vivencias muy distintas. Cada uno es, a los ojos del otro, o una divinidad o un demonio y no podemos envidiar a los demonios ni a los dioses. La envidia es un sentimiento que nace entre pares. René Girard ha criticado la teoría de Emile Durkheim según la cual la solidaridad social de las sociedades primitivas depende del hecho de que sus miembros se consideran iguales entre sí, tienen los mismos valores y los mismos deseos.⁷ Girard acota que en estas situaciones la envidia llega al máximo. La sociedad primitiva se ve amenazada por la igualdad, que hace estallar, en su seno, la lucha de todos contra todos, que es posible precisamente porque todos sienten los mismos deseos. Por ello la sociedad primitiva intenta, por todos los medios, diferenciarse, creando delimitaciones rituales y tabú. Siente horror de la igualdad, de todo cuanto simbolice la desaparición de las diferencias, por ejemplo de los gemelos, sobre todo de los gemelos idénticos. También del incesto que anula la diferencia entre consanguíneos y no consanguíneos, entre padres e hijos. La sociedad moderna, en cambio, elogia la igualdad. Puede hacerlo porque la división social del trabajo y la especialización profesional aseguran una diferenciación social constante. Y a pesar de todo, incluso en esta sociedad, la envidia mimética está siempre dispuesta a explotar ahí donde haya individuos iguales. La solidaridad del grupo unido contra el adversario es una forma de oponerse a la envidia, de modo que la agresividad se dirija hacia afuera y no hacia adentro.

La amistad constituye la excepción más evidente de la envidia mimética. Los amigos son pares, son semejantes. A menudo tienen los mismos valores. Cada uno aprende del otro lo que se debe hacer y lo que se debe desear. Ya dijimos que la única experiencia que de verdad podemos utilizar es la del amigo. Y sin embargo no hay envidia. ¿Por qué no hay envidia en este caso en que la identificación es más intensa? ¿Cómo se explica esta paradoja evidente?

⁷ Emile Durkheim, *La división del trabajo social*, trad. de Carlos G. Posadas, Madrid, 1928.

Comencemos por señalar que si los amigos advierten que desean una cosa que pertenece al otro, interrumpen de inmediato su identificación acerca de este punto y crean una distancia. En otras palabras, ahogan el deseo. Hemos visto que la amistad sólo es posible cuando los amigos son capaces de limitar sus deseos, reducir sus necesidades y prescindir de ellas. Podemos comprender ahora la importancia de este proceso. La identificación hace nacer en nosotros un deseo idéntico al del otro, nos hace desear lo que él desea. Normalmente, hacemos nuestro este deseo. En cambio, no ocurre lo mismo en la amistad. El deseo del amigo —que comprendemos muy bien— sigue siendo *su* deseo y nosotros nos ponemos al servicio de *su* satisfacción. *No nos confundimos con él.* Nos ponemos de su lado.

Este comportamiento extraordinario es la consecuencia del proceso que describimos al hablar del encuentro. En el encuentro con el amigo aprendemos a conocer cuáles son nuestros verdaderos deseos, identificándonos con él primero, y después *diferenciándonos* de él.⁸ La diferenciación es condición de nuestra identidad. Por otra parte, logramos comprender qué somos y qué deseamos porque nuestro amigo respeta nuestros deseos y nuestros fines como nuestros y de nadie más. Cuando renunciamos a hacer nuestro el deseo del amigo, en realidad nos beneficiamos. Adelantamos en la senda de nuestra individuación. Sólo podemos hacerlo con el amigo. Por esta razón, no hay envidia, porque él sigue siendo él y nosotros, nosotros, y no se nos arrastra fuera de nosotros mismos.

En la amistad, renunciar al deseo del amigo es a un tiempo natural y agradable. Cuando lo hacemos, tenemos la clara impresión de sentirnos mejor, de ser, con mayor intensidad, nosotros mismos.

Como corolario de estas observaciones, recordemos que éste es el motivo por el cual no podemos desear a la

persona que nuestro amigo ama. Si él la ama, si la desea de modo exclusivo, entonces, en ese preciso instante, cesa de ser el objeto de nuestro deseo. Como es natural, igual podemos enamorarnos de ella, y en este caso se desencadena un conflicto dramático. De hecho, el estado naciente tiene la facultad de disolver todos los nexos precedentes y en particular los de la amistad. Pero fuera del enamoramiento, cuando permanecemos en el campo del deseo erótico, es válida la norma de que para el amigo verdadero es inconcebible desear el objeto que es exclusivo del otro. Si así no ocurriera, no nos encontraríamos ante una amistad verdadera sino ante una de las tantas formas de una falsa amistad. Y de no ser así, la amistad desaparece, sin más.

4. La amistad interrumpe y trasciende la vida cotidiana. La vida cotidiana intenta entonces infiltrarse en la amistad, capturarla e imponerle sus normas. Esta situación es muy evidente en la conexión entre las relaciones de pareja y las relaciones amistosas. La pareja es exclusiva; pretende controlar todo, no deja espacios vacíos; su tiempo es continuado, en contraste con la naturaleza granular del tiempo de la amistad. Pero cada integrante de la pareja tiene también sus amigos. Son suyos y no del otro, y no son transferibles como podrían ser los conocidos. De hecho, el encuentro es un punto de contacto entre dos destinos personales, que no se puede compartir con nadie más. La lógica de la pareja y de la cotidianidad, en cambio, quiere que todo se comparta. Para la pareja no debe haber amigos personales, los amigos de uno son los amigos del otro. Algunos hasta sienten celos de los amigos de su amado. Viven la intimidad del otro con su amigo como algo que se les sustrae a ellos. Y si el amigo es del otro sexo, sienten celos porque ven su amor amenazado. Estos sentimientos son tanto más fuertes cuanto más debilitado y envenenado por la ambivalencia esté el amor. El enamoramiento majestuoso permanece impávido, no tiene ningún temor. Hay otros amores posesivos, angustiados, que se limitan casi por completo al control físico y mental del otro. Son amores-odio, amores-poder en los que el amante es el carcelero del

⁸ En términos schelerianos, la amistad produce simpatía. Tanto la fusión del enamoramiento o del impulso, cuanto el mimetismo envidioso son, en cambio, formas de unipatía. Véase Max Scheler, *Wesen und Formen der Sympathie*. [Hay versión castellana: *Esencia y formas de la simpatía*, 1943.]

amado que sólo se preocupa ante la idea de que el otro pueda huir de la prisión. El carcelero tiene miedo de los amigos porque éstos son como ventanas a través de las cuales el prisionero ve la libertad y por las que puede escapar. Se inicia, entonces, una lucha sutil contra la amistad.

La amistad es estima, respeto. Una forma de atacarla es insinuar la duda mediante la crítica y las habladurías. Pero con frecuencia esta actividad destructiva fracasa porque son sus componentes la acrimonia y el espíritu de envidia. Nosotros no sentimos envidia de nuestros amigos. Al contrario, nuestro marido o nuestra mujer no están protegidos contra la envidia como lo estamos nosotros. Por eso, cuando experimentan algún sentimiento negativo hacia nuestros amigos dejarán escapar, con seguridad, alguna frase envidiosa o maligna. Y esto nos pone sobre aviso, crea en nosotros un estado de alarma. Se requiere mucha habilidad para desacreditar ante nuestros ojos a un amigo.

Con todo, la pareja dispone de otra herramienta de control de la amistad, y es su absorción en la vida familiar. Se invita a los amigos a la casa junto con otras parejas, diluidos en el grupo. En apariencia no hay atentado alguno contra la amistad. Para los amigos que viven en pareja, el modo más simple de encontrarse es crear una ocasión de encuentro entre las parejas. En realidad, de modo paulatino, la colectividad ocupa el lugar de las relaciones interpersonales. La estupidez, celosa del grupo, interviene de múltiples maneras para impedir que se realice ese contacto, esa intimidad que caracteriza la esencia de la amistad. Desaparece así toda ocasión de encuentro. La filigrana de encuentros se interrumpe y la sustituye la opaca cotidianidad hecha de maledicencia, obligaciones, agravios, parloteos.

CAPITULO DECIMOCUARTO

1. ¿Cuáles son los enemigos de la amistad? Mencionamos la envidia, la ambivalencia y el poder, pero no son los únicos. En la vida de cada día, las grandes estructuras sociales basadas en la utilidad, la organización y el mercado son también grandes enemigos de la amistad.

¿Qué es una organización? Es una estructura social construida de modo tal que haga posible la realización de sus objetivos con prescindencia de los fines y de los deseos de aquellos que en ella trabajan. La gente no va a trabajar a una fábrica de zapatos porque sienta una pasión especial por los zapatos, sino porque percibe un salario. Si le ofrecen una remuneración más alta, cambia de buen grado el trabajo. Los sociólogos demostraron que la eficiencia de una empresa aumenta cuando la gente está motivada por el trabajo, cuando lo realiza con gusto. Pero esto nada tiene que ver con compartir los objetivos de la empresa. En último análisis el objetivo de la empresa es lograr beneficios. Para los trabajadores, inclusive, puede ser, por completo indiferente que los dueños obtengan beneficios. Cada uno de ellos va a trabajar para realizar sus objetivos, sus aspiraciones personales. La organización consigue utilizar las distintas motivaciones personales para realizar un único fin. En determinados casos ni siquiera es necesario que quienes trabajen en una empresa conozcan su utilidad. Es probable que el proyecto Manhattan represente el caso límite. En 1942 el gobierno norteamericano montó la organización que ha-

bría de fabricar las bombas atómicas. Millares de personas trabajaban en el proyecto, pero poquísimos sabían lo que en realidad se estaba fabricando. Hubo un momento en que los científicos no sabían si la reacción atómica quedaría confinada al material de fisión o si contaminaría la atmósfera. Podía ser el fin del mundo. Pero la gente de la organización trabajaba, eficiente y serena porque ignoraba todo, tenía que ignorarlo.

La organización utiliza a los hombres como medios y no como fines. Esto no significa que en la organización existan relaciones deshumanizadas, feroces. Por el contrario, la gente trata de ser lo más amable posible con todos. Entre los colegas se crean relaciones amistosas. Los directores se tutean entre ellos. Pero el fin de la organización no es procurar el bienestar de uno u otro individuo. En la organización representamos roles y podemos, en consecuencia, ser sustituidos. Si no nos desempeñamos bien se nos despiden y reemplaza por algún otro que lo haga mejor. La ley de la organización es la eficiencia. Cuando las preferencias personales, la simpatía o la comprensión entorpecen la eficiencia, tienen que ser puestas de lado. Esto no quiere decir, como veremos en otro capítulo, que la amistad no pueda existir también en las organizaciones, sino que las organizaciones, por su naturaleza, han sido concebidas precisamente para evitar los contactos particulares, interpersonales. Por lo tanto, la vida laboral es casi siempre cansadora, dura y frustrante. No es la fatiga física lo que cuenta sino la fatiga moral, ser siempre un medio y nunca un fin.

En la mayoría de los casos, dentro de la empresa la amistad se genera como un cuerpo extraño. La empresa tiene necesidad de relaciones amistosas, de pronta obediencia. Las relaciones de amistad se adaptan mal a la competencia empresarial, sobre todo entre superiores e inferiores, entre directores y subordinados. La vinculación entre el político y su elector puede ser amistosa porque su necesidad es recíproca. Puede haber amistad entre el abogado y su cliente, entre el arquitecto y el propietario de la casa. Cada uno puede estimar al otro por sus cualidades personales y, al mismo tiempo, prestarle un servicio. Al contrario,

en las empresas, las cualidades personales tarde o temprano tienen que dejar su lugar a las duras necesidades objetivas, a la lógica inexorable de la eficiencia. ¿De qué manera, entonces, puede el superior tener por amigo a un subordinado? Sólo cuando el subordinado mantiene su libertad y va con él por elección, no por necesidad, cuando parece que el director hubiera sido electo, cuando su legitimidad se funda en la estima, en la opción, en la preferencia. Cuando quien trabaja para él está orgulloso de hacerlo. Esto sólo es posible durante un período corto, o bien en pequeños grupos. Ocurre, por ejemplo, en un equipo científico armónico. Sucede con mayor facilidad cuando la empresa se inicia. En esta fase los roles no están bien definidos, hay estímulo, entusiasmo. El poder no está de un solo lado, hay interdependencia, se tiene la sensación de comenzar una aventura en común, de tener un destino común.

Analícemos ahora el mercado. Aquí cada uno vigila sólo su propio beneficio económico y debe hacer cálculos más cuidadosos de costos y utilidades si desea sobrevivir a la competencia. Toda consideración ajena a esta razonabilidad competitiva es peligrosa y debe ser eliminada. También el agradecimiento. Se debe dar a cada uno lo que se convino. Hasta los trabajadores que han sido fieles durante años, que se han dedicado con alma y vida a la empresa y la han querido, carecen de todo derecho a una gratitud complementaria. El mercado ignora todo criterio de valor que le sea ajeno. También él es, por definición, incompatible con la amistad. Y a pesar de ello, en concreto, la consiente. La mayor parte de las personas que operan en el mercado compiten unas con otras. El que vende verdura no compite con el lechero, ni el constructor con el farmacéutico. Incluso dentro de un mismo sector, la competencia se localiza y se limita, en realidad, a una especialización. El mercado crea intereses comunes y una fuerte solidaridad de corporaciones y gremios. La estructura de mercado crea, además, numerosas ocasiones de encuentro en el plano personal y en pie de igualdad, que es lo que la amistad prefiere. Por eso es muy frecuente la amistad entre médicos, entre panaderos, farmacéuticos o abogados. Son for-

mas de solidaridad que se abren camino cuando cesa el cálculo competitivo y termina la pesadilla de los costos y utilidades.

2. Entre todas las sociedades contemporáneas, la norteamericana es la que da menor importancia a la amistad y al amor. Por este motivo vive obsesionada por el problema de las relaciones humanas y de los conflictos interpersonales. Esta obsesión se agrava por el hecho de que las ciencias humanas y sociales que deberían resolver los problemas, sufrieron la influencia de la lógica del mercado y las organizaciones, y se dejaron envilecer por ella. Cualquiera que sea el esfuerzo que realice, la sociedad norteamericana no logra, en verdad, ir más allá de la economía.¹ La tradición psicológica del utilitarismo y del conductismo busca siempre, detrás de las acciones, el cálculo y la ventaja relativa. En sociología, esta tradición alcanzó su máximo exponente en Erving Goffman, quien analiza todas las relaciones interpersonales como papeles teatrales.² Los hombres se mueven, unos respecto de los otros, como si cada uno de ellos fuera el *public relation man** de sí mismo. Cada hombre-empresa busca, en todas las oportunidades, una ventaja en función de poder y prestigio o bien, de estima y afecto. En este tipo de análisis, es un trabajo con miras a un resultado. Se puede, pues, medir su eficacia e ineficacia. Algunos de los manuales de psicoterapia que están de moda en nuestros días, sugieren la conveniencia de someterse a complicados tests para saber si se actuó de modo racional, o sea, con el menor desgaste de energías en proporción a los fines.³

¹ Esto no significa que no se haya investigado el tema de la amistad. La producción norteamericana es muy abundante en ese sentido, pero lo que falta es la conexión teórica con los grandes temas de la sociología y la cultura.

² Véase en especial Erving Goffman, ed. ital. *La vita quotidiana come rappresentazione*, Bolonia, Il Mulino, 1969.

* En inglés en el original. [T.]

³ El libro de Zev Wanderer y Erika Fabian, ed. ital. *Far funzionare l'amore*, Milán, Rizzoli, 1983, es un ejemplo alucinante de esta mentalidad.

En resumen, este tipo de psicología y sociología extiende a las relaciones entre personas los modelos de criterios que rigen las relaciones entre roles impersonales. Aplica a las relaciones entre las personas los criterios de análisis de la competencia capitalista. El supuesto implícito es que el ser humano tiene, en definitiva, la misma naturaleza que una organización o un mercado. Como vivimos en una sociedad de mercado y trabajamos dentro de las organizaciones, estamos plasmados, en parte, como un mercado o una organización. Nos comportamos según roles preestablecidos y somos nuestros propios vendedores. Pero es un error gravísimo creer que podemos explicar nuestros deseos más recónditos y nuestras aspiraciones más profundas con la lógica del mercado o la organización. Estas dos entidades parten de la premisa de que los actores saben lo que quieren. Quieren maximizar sus beneficios a corto, mediano y largo plazo. El mercado y las organizaciones son partes objetivadas de la actividad humana en donde los fines son conocidos. Pero fuera de estos sectores objetivados, los seres humanos —como dice Veca— se caracterizan por el hecho de no saber cuáles son sus fines y de salir, por ende, en su busca.⁴

Las relaciones descritas por la sociología de economía o de organización se dan entre agentes que saben quiénes son —o pueden saberlo— y saben qué quieren —o pueden saberlo—. En cambio, la realidad humana más profunda está hecha de encuentros durante los cuales, quienes se encuentran no saben quiénes son ni qué quieren. En el encuentro indagan quiénes son y qué desean. Con mayor profundidad aún, podemos decir que el valor de las cosas no nos es conocido, se nos presenta. Se nos presenta de modo inesperado cuando estamos a punto de perderlas o cuando están en peligro. Así pasa cuando un ser querido está enfermo. Sólo en ese momento comprendemos que esa persona es esencial para nosotros. Estaríamos dispuestos a dar incluso la vida por ella. Más imprevisible y descon-

⁴ Salvatore Veca, "Interesse e identità", en AA.VV., *Ricerche politiche*, Milán, Il Saggiatore, 1983.

certante aún es la otra manera en que se nos aparecen cosas dotadas de valor, por medio de una especie de revelación o de conversión, como en el estado naciente de los movimientos, como en el enamoramiento. Antes ni siquiera conocíamos a esa persona. No hizo nada por merecer nuestro amor y, sin embargo, nos sentimos atraídos por ella. No podemos actuar de otro modo. Ha pasado a ser, para nosotros, un fin extremo.

3. La sociedad moderna transforma las virtudes en prestaciones, y los ideales en servicios. Ya lo había observado Adam Smith cuando elogiaba los efectos de la división del trabajo. Durkheim decía que en el mundo moderno la solidaridad social no se debe tanto a ideales dispersos, cuanto a la integración entre los roles. El enfermo no necesita compasión sino un médico. El desocupado no necesita de la caridad sino de un sindicato eficiente. Para identificar nuestros problemas y satisfacer nuestras necesidades tenemos a nuestra disposición funcionarios, médicos y terapeutas. Manlio Sgalambro observa, con estupor, que la civilización ha realizado, al fin, todos los valores con que soñaba en un tiempo, pero en forma de cosas. "El hombre que está detrás de la ventanilla se entiende muy bien con el que está del otro lado, aunque no se encuentren jamás."⁵ Por eso, en la edad de la tecnología, los valores y los sueños de la humanidad sólo se realizan si se considera a los hombres como medios y no como fines.

Lo dicho es real. Dentro de la organización cada uno de sus miembros se vuelve una herramienta, un medio para una actividad que satisfaga las necesidades de algún otro. Esta satisfacción no depende de sus intenciones ni de su buena voluntad sino del hecho de que acepta pasar a ser un engranaje perfecto de la maquinaria. Toda organización exige a los hombres que se transformen en funciones. El paso ulterior no se puede dar con seres humanos. En el mismo momento en que, en una organización, se impulsa al máximo la división del trabajo y los hombres se mueven

⁵ M. Sgalambro, *La morte del sole*, Milán, Adelphi, 1982, pág. 181.

como engranajes perfectos, se los puede reemplazar por máquinas. Se ha racionalizado, dividido y organizado el trabajo de la línea de montaje a tal punto que se puede eliminar a los hombres y sustituirlos por robots.

Antes de la era industrial, el desarrollo de la civilización anticipaba ya cuanto hoy tenemos ante nuestros ojos. La organización imaginó siempre el reemplazo de los hombres por medios inanimados. Los remeros que en las naves se movían al unísono y a un ritmo organizado constituían un motor viviente. Las virtudes fundamentales de la organización —obediencia, precisión, paciencia, resistencia— se obtienen a la perfección a partir de la materia inerte. Pero hasta las virtudes más elevadas como la imparcialidad, la gentileza, la solitud, la imperturbabilidad, se encuentran en la electrónica. Sólo una computadora tiene la exactitud suficiente para dar seguridad a una central nuclear y, al mismo tiempo, la paciencia requerida para encontrar una plaza en un avión o una habitación en un hotel para un cliente irascible. La ciencia-ficción ha imaginado robots médicos, funcionarios, administradores, siempre corteses, solícitos y desinteresados.

Por todo ello las virtudes, los ideales, las cualidades más sublimes, se realizan destruyendo las motivaciones personales y superando los caprichos, las debilidades e imperfecciones de los seres humanos. La última etapa consiste en transmitir la orden a la computadora o al robot. Es difícil imaginar a un santo que no tenga defecto alguno, imposible imaginarlo sin ninguna tentación. Por el contrario, podemos imaginar sin dificultad un robot con todas las virtudes de San Francisco y, además, con una clarividencia que el santo no poseía. Por otra parte, podemos imaginar muy bien un destructor despiadado que encarne, también en este caso a la perfección, toda nuestra voluntad homicida. Las armas modernas son la primera materialización de esta nueva versión del demonio.

Es cierto que consagramos todas nuestras virtudes a las organizaciones, los servicios y la manufactura. Pero, ¿por qué no disminuyó nuestro deseo de virtud? Damos la

bienvenida a cualquier producto, pero ¿por qué no se agotan con él ni el impulso vital ni la moral? Cuando un empleado sonriente o una moderna computadora nos proporciona lo que deseamos nos alegramos. Pero esto no nos basta. Después de haber eliminado el obstáculo que el hombre representa, tenemos necesidad de reencontrarlo. La técnica sólo tiene sentido como medio, en relación con seres humanos libres y que, por eso, nos contrarían. La moral no es un estado, sino *una relación con un obstáculo*. La gentileza del robot no tiene, en realidad, significado alguno, porque la gentileza, como virtud, presupone la irritación, el fastidio, la grosería que hay que superar. Nada existe sin el obstáculo que la limita, lo que Vladimir Jankélévitch denomina órgano-obstáculo. Dice este autor: "Toda tendencia se desarrolla en oposición a la tendencia inversa, a la tendencia antagonista que es al mismo tiempo su obstáculo y su recurso, su freno y su motor. . . La tendencia contraria al desinterés es la tentación. La tentación es la íntima voluntad contraria a la voluntad buena. La buena voluntad la proyecta fuera de sí como a su sombra . . . el amor celoso necesita la dificultad exagerada que lo obstaculiza, y al obstaculizarlo lo torna apasionado. La separación, la distancia, la ausencia, los impedimentos sociales, el mismo odio, patetizan el sentimiento y encienden su ardor romántico. . ."⁶ El impulso incesante de la vida produce la técnica, pero la trasciende continuamente. Estamos siempre más aquí y más allá. Por eso nuestra inquietud se burla de la última encarnación técnica de la moral.

Para comprender la amistad debemos hacer un esfuerzo y sustraernos a la mentalidad del mercado y la organización. Debemos desembarazarnos de una psicología y una sociología que reproducen, dentro de nosotros, ese mercado y esa organización. No estoy negando valor a estas cosas. Sólo digo que para comprender la experiencia afectiva hay que mirar en otra dirección. Se requiere otro

tipo de lenguaje. Hegel dice que el lenguaje debe tener discreción respecto del objeto, debe respetarlo. Debe ayudar a que la cosa misma hable. No puede imponerle sus fórmulas distorsivas. El lenguaje del amor no es el del costo-utilidad.

⁶ Vladimir Jankélévitch, *Traité des vertues*, pág. 20.

CAPITULO DECIMOQUINTO

1. Cabe preguntarse entonces, ¿cómo puede seguir existiendo la amistad en el mundo moderno, dominado por relaciones utilitarias? ¿Se aísla? ¿Es que la verdadera amistad sólo es la amistad-refugio en donde podemos ser nosotros mismos en medio de un mundo inquieto? No, la amistad puede muy bien florecer ahí donde la actividad es más intensa, donde las relaciones entre personas se multiplican. Precisamente cuando estamos más llenos de fervor, cuando somos más activos, buscamos a los demás para transitar juntos el camino. Es en estas situaciones que salimos en busca de encuentros significativos, y si reconocemos a alguien que se nos parece, nos sentimos felices. Es en los momentos de gran actividad científica, económica o política, en los momentos de gran creatividad colectiva, que tenemos necesidad de hablar y comparar nuestras ideas. Es en este período cuando la gente hace proyectos y colabora con entusiasmo, sin envidia, sin rivalidad, porque existe entonces una gran intensidad vital, porque se tiene la impresión de poder superar con facilidad los obstáculos. En esta vorágine de relaciones, la amistad se presenta como una opción que potencia al individuo y lo trasciende.

En cuanto a la eficiencia profesional, todos los estudios coinciden en considerar que alcanza su cumbre en el equipo armónico. Los círculos científicos han sido siempre esenciales para el progreso de la ciencia. Hasta los genios son el producto de determinadas condiciones sociales. Hay

períodos durante los cuales una sociedad produce gran cantidad de personalidades extraordinarias que con frecuencia están en contacto entre sí. Puede haber competencia o antagonismo entre ellas, pero más a menudo hay amistad. Esa es la razón por la cual durante el humanismo y el Renacimiento florecieron los cenáculos, las academias y otras formas de mecenazgo que también son formas de amistad, como la que hubo entre Lorenzo el Magnífico y Angelo Poliziano, entre Leonardo da Vinci y Ludovico el Moro. Lo mismo sucedió en Inglaterra en la época isabelina o durante el impetuoso período de la revolución y de la restauración. El enciclopedismo francés fue otro período de gran creatividad e intensas relaciones sociales y amistosas. Pensemos en Voltaire, Rousseau, Grimm, D'Holbach, Diderot y D'Alembert. Encontramos una situación análoga en Alemania con el florecimiento del romanticismo. Es el momento de la amistad entre Goethe y Schiller, entre Kleist y Müller. A principios del siglo XX, la efervescencia creativa se desplaza hacia Europa central y alcanza en especial a los intelectuales judíos. Recordemos el crisol de la gran Viena¹ y después la amistad entre Walter Benjamín y Gershom Scholem, y entre Horkheimer y Adorno.

La gran creatividad, para florecer, necesita de la comunidad en movimiento, impulsada por grandes proyectos y pasiones profundas, por enemistades violentas y estrecha solidaridad. La amistad, al igual que los negocios y las ideologías, es también el producto de esta vida social tan intensa. También ella depende de la confluencia de las personas, de una mayor densidad social y moral. Los encuentros significativos se producen en estos períodos.

Por eso el centro tiene tanta importancia. ¿Qué es el centro? La metrópoli internacional de la cultura respecto de otras ciudades, pero también, simplemente, la ciudad respecto de la aldea, la plaza del pueblo respecto de la casa aislada. La gente que quiere actuar va al centro. Quien desea conocer, va al centro; todos aquellos que están pletóricos de vida van hacia el centro. Quien es autor de una in-

¹ A. Janik, S. Toulmin, ed. ital. *La grande Vienna*, Milán, Garzanti, 1975.

vencción o cree poder serlo, va al centro. Ahí tropiezan las ideas y esa colisión multiplica sus efectos, los transforma en poder. No hablamos del deseo individual de poder. El individuo puede ser humilde. San Francisco era humildísimo pero estaba en Italia junto al Papa, no era un campesino en Irlanda. Y no olvidemos que en esa época, si se pertenecía a la Iglesia católica, estar en Irlanda significaba estar cerca del centro porque la Iglesia era única. Es el caso de un líder que esté hoy en Cuba, en Nicaragua o en Etiopía, que está en el centro como si estuviera físicamente en Moscú. El que forma parte del centro, puede incluso alejarse sin salir de ahí, sin perder sus conexiones. Un escritor norteamericano puede vivir en el desierto del Sáhara. Un tuareg,* aunque vaya a Nueva York, permanecerá en la periferia extrema.

Quede en claro que lo dicho no significa que quien se encuentra en un centro y busca encuentros pueda tenerlos. Puede no encontrar a nadie. No basta ir al centro, es necesario formar parte de él, tener la posibilidad de ver a las personas del modo adecuado. Tener la oportunidad y la facultad de despertar interés en ellas, de manera tal que acepten hacer con nosotros un tramo del camino, aunque sea pequeño. James Boswell, cuando abandonó Escocia, fue primero a Londres, después a Utrecht y después intentó conocer a los enciclopedistas. Habló con Rousseau y con Voltaire. Iba en busca de algo, de un modelo, de una experiencia ejemplar. Hasta que finalmente encontró a Samuel Johnson, el gran literato. A partir de ese momento su vida quedó signada. Nacerá entre él y Johnson una amistad profunda y al escribir su biografía dejará una obra inmortal.²

En el enamoramiento, el objeto se encuentra en todas partes. Cuando estamos dispuestos a enamorarnos, el esta-

do naciente se apodera de la primera persona que encuentra, aunque se trate del ser más estúpido, más innoble, siempre que sea el momento justo y ese ser haga un mínimo gesto apropiado. La amistad, en cambio, va en busca de un tipo especial de persona y si no la encuentra, no nace. Por eso, las personas dotadas de una gran inteligencia y gran talento pueden no llegar a encontrar jamás en su vida a aquellos que están en su mismo nivel, que pueden comprenderlo, que pueden ayudarlo. Algunos grandes hombres —pensamos en Giambattista Vico y en Friedrich Nietzsche— sufrieron profundamente por la soledad espiritual a la que por distintos motivos fueron condenados. Por eso la amistad, en contra de lo que comúnmente se cree, necesita de la multitud, de los encuentros, de la efervescencia, del centro, para encontrar sus objetos. Las *afinidades electivas* carecen de importancia en el enamoramiento. En cambio, son esenciales en la amistad. Pero sólo quienes viven en el mismo ambiente, hablan la misma lengua y pertenecen al mismo mundo, tienen una posibilidad concreta de encontrarse.

2. Se ha destacado la importancia de la competencia en la vida económica, científica y cultural moderna. Creo yo que igual importancia tiene la amistad, con la condición de que se la interprete en este sentido. La amistad como opción dentro del campo de la solidaridad, como preferencia, como compañía de aquellos que se dirigen hacia una meta, tiene en común con el amor el asombro y la felicidad de encontrar a quien nos corresponde. Vacilamos siempre. El mundo está lleno de rivalidad, obstáculos, envidia. En general, la gente no nos presta atención o no nos comprende. Incluso nosotros nos comprendemos poco. Por eso el deseo de amistad es el deseo de que se nos reclame, que se nos aprecie por cuanto hacemos, que se nos comprenda. Cuando encontramos alguien que puede enseñarnos alguna cosa, que puede ayudarnos, nos sentimos felices, pero tememos no tener para darles. Hablamos y hablamos, pero ignoramos si el otro está interesado de verdad. Algunas veces ocurre así. Una persona con la que

* En idioma indígena o tamaxeek se llama "Imoxak". Individuo de la raza más antigua y numerosa, clasificada como europeoide o blanca, habitante del África septentrional desde los desiertos de Egipto hasta el océano Atlántico y desde el Mediterráneo hasta el Sáhara. [T.]

² James Boswell, *The life of Samuel Johnson*, 1791.

tanto deseábamos enfrentarnos es indiferente en absoluto a nuestros discursos, se aburre, sólo nos tolera por educación. Por este motivo la reciprocidad es una "gracia", igual que la respuesta del amado. La calidad de los sentimientos es distinta y distinto es el proceso que sigue. Pero la experiencia de felicidad, de milagro, es idéntica. Entonces vemos el mundo estupendo y exuberante.

Sin embargo, en los períodos de gran intensidad social, en el centro de los sistemas sociales, también las desilusiones son frecuentes. Incluso están presentes la rivalidad y la envidia. Nos referimos ya a la envidia. Debemos ahora retomar el argumento diferenciando dos tipos de envidia. La primera nos lleva, por identificación, a ser como aquel que es mejor que nosotros. Queremos estar en su lugar. Lo apreciamos, lo estimamos, deseamos aquello que él posee. Y por medio de esa persona advertimos qué es importante y cuál es nuestro deseo verdadero. Aquel a quien admiramos nos revela nuestro deseo. La envidia es la herramienta que nos revela nuestro deseo. De esta situación puede nacer el conflicto envidioso, el mimetismo violento. Pero, ¿qué ocurre si el otro, en vez de contrariarnos, nos ayuda a realizar nuestro deseo? ¿Si el otro renuncia en favor de nosotros? Entonces, no sólo nos revela nuestro deseo sino que se pone de nuestro lado, lo reconoce como inconfundiblemente nuestro y nos ayuda a realizarlo. Esta es la prueba de la amistad. Imaginemos que nos enamoramos. Comprendemos que estamos enamorados por esa pizca de celos que sentimos de alguien a quien admiramos. Le tememos, lo odiamos. Pero él, en lugar de aprovechar la situación, se pone a un lado, reconoce nuestro amor y nos ayuda a realizarlo. Evita así el conflicto y genera una amistad más verdadera. Porque nos reveló aquello que deseábamos y nos ayudó a obtenerlo. Esta amistad es un duelo mortal que se ha evitado.

La amistad que nace en un clima de efervescencia es a menudo de esta naturaleza. Podemos hacer amistad con la persona a quien hubiéramos podido envidiar y temer, con aquella con la que tendíamos a competir porque la sentíamos superior. Y es probable que ella sienta lo mismo res-

pecto de nosotros, si no en el mismo plano, en otro que se le asemeje. De este modo pasa a ser un amigo aquel que habiendo podido dificultar nuestro logro de aquello que perseguíamos —amor, éxito, reconocimiento—, no lo hizo. No lo hizo nunca, ni siquiera una vez, porque ésa fue su decisión. No debemos confundir esta amistad con la que trabajamos con un colega, alguien que está a la par de nosotros en nuestro mismo campo y a quien estimamos. En este segundo caso se siente una admiración afectuosa, estima recíproca, pero falta ese elemento de peligro y pasión que existía en el primero. Cuando ponemos en juego nuestra vida encontramos, al fin, al amigo. Le temíamos, habíamos hecho cualquier cosa por cautivarlo, por inducirlo a ser benévolo con nosotros. Lo sosegamos, distrajimos su atención. En suma, lo hicimos renunciar en favor de nosotros. Lo manejamos y hasta lo engañamos. No obstante, ahora somos amigos. ¿Por qué? Porque no fue nuestro engaño lo que lo detuvo, sino su magnanimidad, su generosidad. El tenía absoluta libertad y respondió poniéndose de nuestro lado. Fue generoso y noble. Era poderoso y no se valió de su poder. Hasta amó a su enemigo, o sea, a nosotros y nosotros, en compensación, ahora lo amamos.

En contraste, existe un segundo tipo de envidia, la que destruye su objeto. Una envidia que no admira, no exalta sino que rebaja y humilla. Es todo lo contrario de la otra. En aquella veíamos la superioridad del otro y queríamos ser como él. En ésta deseamos su ruina. Nos convencemos de que, en realidad, él es incapaz. Explicamos sus éxitos invocando motivaciones mezquinas. Aquella envidia enaltece, embellece. Esta, repito, rebaja y humilla. Y no interesa que ésta sea un modo de defenderse de la primera. El resultado es una degradación. El envidioso del primer tipo está lleno de admiración y asombro, sufre y quisiera ser distinto de lo que es, mejor, más elevado. El del segundo tipo es bilioso, critica todo, es escéptico y cínico. La primera clase de envidia nos revela los deseos reales y profundos; la otra nos los oculta y nos enengeece. De la primera podrá nacer la amistad. De la segunda, no.

3. Empleamos la expresión "hombre de confianza". Decimos: "Ha colocado allí a un hombre de su confianza". Hasta aquí no significa que sea un amigo. Puede ser un hombre competente y nada más. Y, sin embargo, a menudo, cuando debemos hacer algo y necesitamos de "personas de confianza", las buscamos sobre todo entre los amigos. Buscamos a aquellos amigos por quienes tenemos mayor estima, que son más leales con nosotros. Es cierto que también pensamos en otras personas, gente vinculada con nosotros por relaciones de dependencia o de interés. Pero ante todo pensamos en los amigos. No iniciamos solos una gran empresa. No podemos tener confianza sólo en las personas competentes pero de quienes no conocemos las demás cualidades.

Recurriremos a ellas, sí, pero sólo estamos seguros cuando hay alguien que puede estar en nuestro lugar sin nuestra presencia, alguien en quien podemos confiar como en nosotros mismos. Y esto sólo puede suceder con un amigo. En estas ocasiones pensamos en las personas con quienes trabajamos en el pasado y sentimos que se despierta en nosotros el deseo de volver a verlas. Este es un verdadero apuntalamiento de la amistad, a través de la acción, de la constitución de una fuerza solidaria que opera en el mundo.

Todas las empresas requieren un impulso de vida, tienen hambre de vida. Los amigos no son indispensables para realizar esta fuerza vital, para constituir la materia crítica capaz de esperar, creer y desencadenar la acción. Con ellos podemos reencontrar un impulso vivido antes. Por ello reunimos a nuestro alrededor a los amigos con quienes habíamos realizado otras empresas. Pero no buscamos los recuerdos sino que retomamos las cosas a partir del mundo en que las habíamos dejado. Toda nueva empresa retoma una obra interrumpida aunque sea en otro terreno, en otro plano. Retoma aquello que se había abandonado en el sueño del compromiso, de la trivialidad, cuando habíamos perdido el impulso. Toda nueva empresa se lleva a cabo. Napoleón tenía en su ejército a los veteranos de sus batallas. Durante los Cien Días llamó a sus generales y éstos le res-

pondieron, no para conmemorar sino para proseguir, para llegar al fin.

4. La vida se caracteriza por un conflicto profundo, insanable, entre personalización e impersonalidad, entre beneficio anónimo y beneficio proveniente de una persona de valor. La ganancia puede venir de alguien sin valor. Los judíos comerciaron siempre con los gentiles, no para ganar su estima ni su aprobación sino para obtener su dinero. La utilidad es independiente del valor de quien la proporciona. Pero si lo que deseamos es el valor, si esa persona debe tener valor y queremos un reconocimiento de valor, entonces estamos fuera de las leyes del mercado. Hay quien sostiene que en la actualidad el mercado gobierna todas las cosas porque todo ha pasado a ser mercadería. Tonterías. Hoy y ayer, utilidad y valor son dos mundos paralelos. Y sólo el mundo del valor nos causa las alegrías más profundas y los dolores más amargos.

Si personalizamos las relaciones, si ponemos en juego la autoestima, la necesidad de reconocimiento, nos enfrentaremos con frustraciones que no existirían en las relaciones de mercado. Si pasamos delante de una vidriera sin mirar —porque tenemos otra cosa en mente o porque no necesitamos ese producto, o porque los objetos expuestos no nos agradan—, el vendedor no tiene motivos para sentirse ofendido ni menoscabado. Pero si somos amigos, si él espera que miremos, si preparó la vitrina especialmente para atraer nuestra atención, se siente mal. Si realizamos una obra para todos, no nos interesa el comportamiento de un individuo. Pero si la hacemos para ese individuo, su interés es fundamental. La amistad siempre es personal y exige una comprobación personal. Cuanto más confiamos en ella, mayor es el riesgo de sufrir una desilusión.

En la amistad esperamos que se nos dé algo sin que tengamos que conquistarlo mediante el engaño o el fraude, que se nos dé en mérito a nuestro valor. Sólo frente a los amigos podemos asumir esta actitud. Respecto de los demás estamos seguros de que todo irá bien mientras les seamos útiles, pero en el preciso instante en que dejemos de

serlo, se nos hará a un lado. No fuimos elegidos por lo que somos, sino sólo porque servíamos. Después puede sobrevenir esa compasión atroz que les hará decir: "Pobre, lo tengo aquí porque me da pena. Es un pobre hombre, trato de ayudarlo". Esta compasión es el polo opuesto de la estima, la estima espontánea y resplandeciente de la amistad.

5. Cuando la amistad está estrechamente ligada con la acción, cuando la amistad se traduce en algún acto hecho en forma conjunta, no se puede esperar que sólo haya placer y nada más. Habrá también frustraciones, contratiempos, amargura. Una relación profesional, una tarea colectiva, crean divergencias, puntos de vista distintos. No se puede comprender la amistad si no se tiene presente que siempre implica la superación de estos contrastes y estas dificultades. Es erróneo decir que la amistad, cuando no da placer, termina enseguida. En realidad, en los vínculos amistosos concretos, encontramos una determinada dosis de pena. Si entre dos amigos no existen nexos profesionales, si sólo se ven de tanto en tanto, libres de todo compromiso, su relación está en manos de la sucesión de encuentros. Pero si nuestro amigo trabaja con nosotros y, por ejemplo, deja de hacer algo que esperábamos, sentimos una punzada de dolor y asoma la sombra de una duda: "Pero, ¿por qué se comporta de esta manera? Si fuese de verdad mi amigo, no lo haría". Las amistades profesionales pueden, pues, estar salpicadas de episodios de duda o cólera, a tal punto que algunas veces asumen un aspecto caprichoso, como ocurre entre dos amantes. Cuando queremos amar y estimar a aquellos con quienes trabajamos, nos tornamos de inmediato más vulnerables. Este sentimiento es más fuerte, por lo general, en el terreno artístico o científico. Por eso, en ese ámbito, oímos con mayor frecuencia declaraciones de amistad y, al mismo tiempo, muchas declaraciones cínicas, producto de la decepción.

A veces, poco se necesita para causar una desilusión. Una demora en la publicación de un artículo, un trabajo encomendado a un tercero, la no concurrencia de un ami-

go a una recepción que damos. La maraña que se forma con la utilidad y el interés, la creación de poderes, impiden esa serenidad olímpica a que aspira la amistad. Por ese motivo, hay quienes sostienen que la amistad es prácticamente imposible en el mundo profesional. Según ellos sólo puede existir en el tiempo libre, fuera de todo vínculo interesado, de todo nexo de dar y recibir, de necesidad, de poder. Pero una amistad de esta naturaleza estaría alejada por completo de la vida, arrancada de sus raíces. El encuentro no es una evasión del mundo; es ir hacia adelante, comprender con mayor profundidad. Es cierto que se requiere la posibilidad de aislarse, de apartarse. El momento más característico de la amistad en una reunión social es cuando los dos amigos se apartan y olvidan a todos los demás. Pero después, cada uno de ellos deberá insertarse de nuevo en la vida social. Al apartarse se violan las reglas, se las transgreden. Pero la amistad también implica el respeto de las normas. Existe, pues, una dialéctica personal-social, transgresión-respeto. Cada término implica el otro. Hasta la indiferencia soberana de la amistad necesita de su órgano-obstáculo. El desinterés necesita de los intereses que hay que frenar y superar. La admiración recíproca tiene necesidad de los pequeños fracasos cotidianos. En las relaciones profesionales el contratiempo, la decepción, los interrogantes son, a un tiempo, obstáculos y condiciones de existencia de la amistad. La amistad fundada en la acción no es un estado permanente de sana tranquilidad. Pero ningún sentimiento intenso es un estado permanente de sana tranquilidad que sólo existe en tanto sepa superar el obstáculo y vencer las dudas.

Es verdad que toda amistad, incluso la amistad activa, aspira, en lo más hondo, a la serenidad olímpica, al encuentro sereno, sin obstáculos. Por esa razón la actividad constituye el órgano-obstáculo de la amistad, con el cual se debe confrontar y a pesar del cual se debe realizar. Y entonces, el encuentro —que es el deseo fundamental de la amistad— se logra en la pausa, de modo casi ocasional. Y, sin embargo, ésta es su verdad.

CAPITULO DECIMOSEXTO

1. En casi todos los libros que tratan de la amistad se habla de las grandes parejas de amigos de la antigüedad. Patroclo y Aquiles, Orestes y Pílates, Euríale y Niso, Harmodio y Aristogitón,* Damón y Pitias. Son amistades heroicas y guerreras que ya no se encuentran en la época moderna. De ahí la impresión de que hoy no exista más la amistad verdadera, de que pertenezca de manera irreparable al pasado. Es una impresión ilusoria. Las formas en que la amistad se manifiesta varían con el tiempo. La antigüedad nos dejó el recuerdo de jóvenes guerreros porque entonces la guerra era la más noble de las artes masculinas. Además, no debemos olvidar que todas las personas cuyo recuerdo perdura son, en realidad, figuras literarias, personajes inventados. Patroclo y Aquiles son dos héroes de Homero en *La Iliada*; Orestes y Pílates, de *La Orestíada* de Esquilo; Euríale y Niso figuran en *La Eneida* de Virgilio; Damón y Pitias son dos personajes legendarios citados por Cicerón. Se trata, por eso, de imágenes ideales, transfiguraciones de una realidad que sin duda era diferente. Cuando Cicerón, en *De Amicitia*, describe el mundo romano de su época, vemos que las experiencias de ese mundo no son en esencia desiguales a las nuestras.

* Célebre ateniense del siglo VI a. de C. que arrastró a su amigo Harmodio a una conspiración contra los pistrátidas. Después de su muerte, ordenada por Hysias, se establecieron fiestas de honor de los dos amigos y se les levantaron estatuas. [T.]

No obstante, hoy en día, si deseamos buscar tipos ejemplares de amistad, no tenemos que pensar en los guerreros. La guerra no es una actividad habitual y no es, por cierto, la más noble de las actividades viriles. Para poder juzgar si en el mundo moderno existen formas de amistad ejemplar, debemos abandonar toda comparación con los mitos del pasado y observar, en cambio, la realidad con ojos atentos y sin prejuicios. Advertimos entonces que también en nuestro mundo existen figuras nobles de amigos, casos de amistad que duraron toda una vida y gravitaron en la historia. El caso más obvio e importante es el de Marx y Engels. Su amistad se remonta a 1844. Engels tenía en esa época veinticuatro años y Marx, veintiséis. Habían tenido un breve encuentro en Colonia y colaborado en la misma revista. Así se conocieron pero nunca se había producido entre ellos el encuentro revelador, aquel del cual nace la amistad verdadera y que tuvo lugar en París donde permanecieron juntos durante diez días. Fue un período extraordinario y entusiasta. Comenzaron inmediatamente a trabajar juntos en el libro que se publicaría después con el título de *La Sagrada Familia**. Al año siguiente, Engels se reunió con Marx en Bruselas y allí redactaron juntos *La ideología alemana* y, en 1848 el *Manifiesto del Partido Comunista*, libro que habría de influir en la historia del mundo. Marx y Engels se complementaban tanto en el carácter como en el pensamiento. Fue Engels quien enseñó a Marx los elementos básicos de la economía y le describió las condiciones del proletariado porque las conocía de manera directa. Fue él quien dio a Marx la clave económica para trastocar el idealismo hegeliano. Marx, en cambio, logró dar forma sistemática a las intuiciones del amigo y construir la demostración rigurosa de cuanto Engels vislumbraba. El propio Marx escribe a Engels: "Tú sabes cuán lento soy para aprehender las cosas y cómo sigo siempre tus huellas". Por su parte, Engels encontró en Marx a su maestro espiritual y quiso siempre presentarse como el secundón, el segundo violín del amigo. En 1850 Engels re-

* *Crítica de la crítica crítica*. [T.]

solvió regresar a su trabajo en la firma Ermer & Engels, de Manchester, fundada por el padre. Como asistente general ganaba cien libras esterlinas por año y con ese dinero mantuvo a Marx y a su familia durante diecinueve años. Esas tareas no le agradaban y las desempeñaba para que el amigo pudiera dedicarse a escribir *El Capital*. Cuando en 1859 pudo por fin abandonar el trabajo y retornar a la actividad política y al estudio, se sintió renacer. Engels era un cazador entusiasta, un caminante infatigable, un gran bebedor y siempre estaba sereno. Hasta en el tiempo en que trabajaba, logró escribir sobre diferentes temas que Marx admiraba profundamente. Pero no publicó nada con su nombre para evitar conflictos con el padre y no correr el riesgo de no poder ayudar más al amigo Marx. Por otra parte, Marx hacía cualquier cosa para no resultar gravoso a su amigo, trabajaba con desenfreno y aceptaba las mayores privaciones. Sólo por excepción le pedía ayuda y en esas ocasiones, invadido por la tristeza, se lamentaba de ser una carga para él. Hubo un solo momento en que su amistad estuvo a punto de romperse. Había muerto Mary Burns con la que Engels había vivido veinte años y Marx, sumergido en sus problemas económicos, se limitó a enviarle una carta convencional. Engels se ofendió y así se lo comunicó. Marx tuvo entonces el coraje de contarle todas sus angustias, con sinceridad, con franqueza, y Engels se sintió muy feliz de reencontrar al amigo. Así como Engels era sereno, Marx era un atormentado. Así como Engels escribía con fluidez y de modo constante, Marx tenía raptos destructores y creativos. Confiaba en Engels por completo, para todo, desde los problemas familiares hasta los políticos. Esta confianza era bien merecida. Cuando Marx murió, Engels se dedicó a ordenar los numerosos y caóticos papeles de *El Capital*. El segundo tomo estaba muy adelantado y Engels pudo escribir la introducción en 1885. El tercero y el cuarto, en cambio, le exigieron un esfuerzo enorme y sólo pudo publicar el tercero.¹

¹ Sobre la amistad entre Marx y Engels véanse: Gustav Mayer, *Friedrich Engels*, 2 vols., 1920, 2da. ed., 1934; Yvonne Kapp, *Eleanor Marx*, ed. ital.

La amistad entre Marx y Engels, y en especial la dedicación de Engels no pueden entrar en el marco del entusiasmo que se establece entre compañeros de un movimiento. Es verdad que esta amistad nació como movimiento. El encuentro de 1844 fue para ambos un verdadero estado naciente. Se autoproclamaron jefes del Partido Comunista. Eran dos jefes carismáticos, centro y guía de un movimiento de importancia europea. Y, sin embargo, la relación existente entre ellos era estrictamente personal, no mistificada jamás por la ideología. Ninguno idealizaba al otro ni lo transfiguraba. Se estimaban y apreciaban profundamente, pero cada uno de ellos conocía las debilidades del otro y trataba de corregirlas para ayudarlo. Con el correr de los años esta amistad se hizo aún más íntima y profunda. Los dos amigos tenían un ideal común: la revolución proletaria, pero eran dos personalidades separadas que buscaban el camino a seguir, complementándose entre sí. No siempre estaban de acuerdo en sus pronósticos acerca de la situación. Pero esto fue beneficioso porque cada uno corregía los errores del otro. Por eso, juntos, realizaron una verdadera búsqueda. El resultado de esta búsqueda fue unitario. La historia nos transmitió su pensamiento como un todo inseparable: el pensamiento de Marx y Engels.

2. Marx y Engels son un ejemplo de lo que significa una gran amistad moderna, una amistad espiritual. Hubo entre ellos un enriquecimiento recíproco, una complementariedad. Muchas veces se repitió un fenómeno similar. En la introducción a la correspondencia entre dos famosos juristas alemanes, Rudolf von Ihering y Carl Friedrich von Gerber, Mario Losano escribe: "En los orígenes de la escuela histórica del derecho nace la amistad, que duró toda una vida, entre el romanista Savigny y el germanista Eichorn. En su ocaso, nace la amistad, que también dura una vida, entre el romanista Ihering y el germanista Ger-

Turín, Einaudi, 1977; Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels; Leur vie et leur oeuvre*, 1955.

ber".² Ihering y Gerber también se complementaban. Con anterioridad a la colaboración que surge entre ellos, los germanistas y los romanistas estaban divididos por sus ideologías. Los estudiosos del derecho germánico eran nacionalistas, querían combatir la influencia romana, afirmar la superioridad de la cultura teutónica. De este modo los estudios no progresaban. La amistad entre Ihering y Gerber superó la incompreensión ideológica e hizo posible el desarrollo de un método único y el estudio comparado de ambos derechos. Cada uno de los amigos conocía el punto de vista del otro y lo apreciaba. Podía así identificar lo que correspondía a cada uno de ellos, y en el plano del derecho era posible la identificación de aquello que era específico del derecho romano respecto de cuanto era específico del derecho germano y de lo que era común a ambos. Y esto sin que Ihering y Gerber trabajaran juntos, ni siquiera con el mismo material. La comprensión mutua y la comunidad del método hicieron posibles estos resultados.

Lo que sorprende en estas amistades espirituales es que cada uno de los amigos se siente profundamente distinto del otro y admira en el otro lo que éste tiene de distinto. En la relación entre Ihering y Gerber, Ihering es quien expresa su admiración de modo más intenso en los escritos: "Con frecuencia me incomodaba la sensación de la gran superioridad de él (Gerber) con respecto a mí, por su rapidez de concepción, por su facilidad y auténtica elegancia de exposición. Sentía demasiado la gran diferencia que había entre nosotros dos como para que este sentimiento no me perturbara de tanto en tanto. . . El es, en verdad, un hombre digno de envidia, el óptimo Gerber, como he visto pocos, y no sé qué daría para que El pudiese cedérmelo sólo una parte de su espléndido talento".³ Ihering es un entusiasta del amigo y son frecuentes sus expresiones enfáticas de este tipo. Gerber es más medido. Pero sus respuestas son quizás aún más incisivas. Ihering era muy inse-

² *Carteggio Ihering-Gerber 1849-1872*, ed. dirigida por Mario G. Losano, Milán, Giuffrè, 1983.

³ *Ibidem*, pág. 30.

guero, se atormentaba por el esfuerzo que le significaba dar forma a sus pensamientos y tenía una penosa impresión de aislamiento. Gerber le explica en una carta que su dificultad de expresión es consecuencia del hecho de que es un innovador e incursiona en terrenos en donde no hay modelos ni precedentes: "Usted no tiene ninguna base exterior, sistema, etc., en que pueda apoyarse. Usted debe ser el primero en construir, y solo, la casa con el establo y la leñera. . ."⁴ Más adelante le dirá: "Ya me he dado cuenta de que usted no conquistará a nuestros viejos pedantes, pero influirá, y mucho, en la futura generación. ¡Cómo me alegra ver que su libro está aquí, en manos de muchos estudiantes que lo leen con entusiasmo!"⁵ Gerber sabe que Ihering es un gran jurista y se siente feliz de ser comprendido por él. En la amistad espiritual las dos personas hacen un esfuerzo por elevarse a la altura del otro y se sienten ayudadas en su esfuerzo.

Por eso, en la amistad espiritual la virtud es también *areté*,* superioridad.

Cada uno de los amigos se fascina ante la superioridad del otro. De este modo le hace el reconocimiento que más se ambiciona: ser apreciados y comprendidos por quien está calificado para hacerlo.

Pero, ¿por qué el amigo está calificado para hacerlo? Deseamos el reconocimiento de aquellos que por institución están investidos de la facultad de juzgar. El niño quiere que el maestro o los padres lo aprueben. Poco a poco encontramos en la vida a otros colegas calificados para juzgar: los superiores jerárquicos, los críticos artísticos, las comisiones de los concursos literarios. Hasta el público y el mercado son jueces válidos. Son ellos quienes decretan

⁴ *Ibidem*, pág. 48.

⁵ *Ibidem*, pág. 57.

* Según Antístenes, que al decir de Jenofonte fue el heredero filosófico de Sócrates, "areté" es el bien", significando *areté* entre los griegos "la virtud o bondad, la cualidad de un buen ciudadano, un buen padre, un buen perro, una buena espada". (Tomado de *La religión griega* de G. Murray, Buenos Aires, Nova, 1956.)[T.]

el éxito o el fracaso. A la inversa, no son jueces válidos aquellos que tienen prejuicios respecto de nosotros, los que no aplican criterios universales, los que en cuanto nos atañe tienen alguna preferencia a priori. Y los amigos, ¿no pertenecen a esta categoría? No son nuestros jueces autorizados, al contrario, están de nuestro lado. ¿Por qué, entonces, necesitamos tanto de su juicio y de su aprobación? ¿Para consolarnos, para compensar las frustraciones del mundo exterior? Pero si así fuera el amigo no emitiría un juicio objetivo. Nosotros, en cambio, pretendemos de ellos un juicio honesto, imparcial. Cuando Gerber escribe a Ihering que su dificultad es consecuencia del hecho de que es un innovador, dice una verdad. Hace, del amigo, un reconocimiento merecido y que los demás no hubieran hecho nunca. Gracias a este reconocimiento Ihering encuentra fuerzas para proseguir su búsqueda en una región inexplorada del derecho. Esta es la única clave para comprender el significado del juicio del amigo en la amistad espiritual. El amigo es el único que está en condiciones de juzgar porque sólo él es objetivo. El innovador, el héroe, está solo. Cada vez que hacemos algo excepcional, o no se nos comprende o no se nos cree. Es norma. Se recibe como algo carente de valor aquello que tiene uno enorme. La sociedad está dispuesta a reconocer únicamente lo intermedio. Esta regla no tiene excepciones. Hasta aquel que piensa que puede comprender, en general no comprende y decepciona. Todos quieren algo que esté en un orden medio. Lo extraordinario es incomprensible, parece inconsistente, se presenta como algo que está por debajo de lo aceptable. Lo divino y lo demoníaco se acercan. Frente a una manifestación extraordinaria la Iglesia se preguntaba: ¿es Dios o el demonio? Y ante el temor de que fuera el demonio, prefería condenar al profeta.⁶

El innovador —y cada uno de nosotros, en un ambiente dado y en un momento dado de la vida lo somos— avanza en medio de constantes dificultades, provenientes de afuera y de adentro. De afuera porque los demás no comprenden. No pueden comprender porque no ven el resulta-

do. El único que lo presiente es él. Pero las dificultades surgen también en su interior porque lo asaltan las dudas. Si pide un juicio es porque desea librarse de estas dudas. Pero el mundo exterior no puede ayudarlo; es más, sólo puede crearle obstáculos. Todos los juicios que ese mundo emite lo distraen del fin, aumentan su incertidumbre. El héroe tiene que defenderse de estos juicios, debe cerrar ojos y oídos. Pero de esta manera su peligro aumenta. De ahí el rol que representa el amigo. El amigo es objetivo, comprende el mundo exterior pero también comparte la meta del héroe. Sabe que sus acciones no son insensatas. Sólo él puede ayudarlo porque está a caballo de las dos realidades. Le puede señalar sus errores pero también puede tranquilizarlo cuando lo asaltan las dudas y el desaliento.

3. Ihering y Gerber, si bien siguieron siendo amigos durante toda la vida, no colaboraron nunca a diario, nunca escribieron un libro juntos, ni siquiera vivieron en el mismo sitio. Marx y Engels pasaron algunos períodos de su vida en común y otros, en los que aun estando en estrecho contacto, sus actividades eran muy distintas. Se han dado casos en que dos amigos trabajaron juntos a lo largo de casi toda la vida. Los dos célebres sociólogos, Max Horkheimer y Theodor Adorno se conocieron en Francfort en donde Horkheimer dirigía el Instituto de Investigaciones Sociales. Con el advenimiento del nazismo, la "escuela de Francfort" se trasladó en su totalidad a los Estados Unidos, donde Horkheimer y Adorno siguieron colaborando. Y de este período es su obra *La personalidad autoritaria*. Al finalizar la guerra, ambos regresaron a Europa.

De todos modos, en los tres casos analizados existió una amistad espiritual. Los dos amigos conservan personalidades muy distintas. La amistad es más bien el medio que sirve para complementar la personalidad de cada uno de ellos, para llevar a cabo la individuación. ¿Qué debemos pensar entonces de esas formas de amistad en las que los dos amigos, además de colaborar toda la vida, hasta esconden su individualidad? Tomemos el ejemplo de Frederic

⁶ Véase L. Bonin, *La gabbia divina*, Roma, G.O., 1979.

Dannay y Manfred B. Lee. Ambos eran primos y trabajaban en actividades afines. En 1928 participaron en un concurso con una novela policial, con el seudónimo de Ellery Queen. A partir de entonces trabajaron siempre juntos, produciendo treinta y tres novelas como Ellery Queen, más otras con otro protagonista y muchísimos cuentos. Ninguno de los dos publicó trabajo alguno con su verdadero nombre o con un seudónimo diferente. Después de La muerte de Manfred B. Lee, en 1971, Dannay siguió dirigiendo la revista "Ellery Queen Mystery Magazine". En 1979, en ocasión del cincuentenario de la publicación de su primera novela, esta revista la entrevistó y le preguntó cuál había sido la naturaleza de su colaboración con Manfred B. Lee y cuál su aporte personal específico. Esta fue la respuesta: "No puedo dar una respuesta exhaustiva porque Manny siempre quiso mantener en secreto nuestro método de trabajo. Respeté el secreto cuando él todavía vivía y no me parece leal revelarlo ahora que ya no existe".⁷ Es probable que intervengan dos factores interactuantes. Uno es de orden económico o de marketing. Ante el éxito de Ellery Queen, los dos autores se vieron obligados a mantenerlo en vida. Lo mismo ocurrió con otros autores. Pensemos en sir Arthur Conan Doyle y en Agatha Christie. La "empresa" Ellery Queen, después de haber nacido, exigía a quienes en ella colaboraban, olvidar los personalismos. Pero la explicación de marketing no basta. Debemos recordar también que ambos autores eran primos (hijos de dos hermanas) y habían crecido juntos en el ambiente de los pobres inmigrantes polacos. El éxito de Ellery Queen fue en realidad el nacimiento de una nueva personalidad para ambos. No sólo su labor sino su vida, su identidad, terminaron por depender de Ellery Queen. ¿Podemos, entonces, seguir hablando de amistad? ¿No nos encontramos, más bien, frente a una fusión simbiótica, frente a la fundación de una entidad colectiva en la cual los individuos desaparecen? No creo que se deba llegar a esta conclusión. Es

⁷ Véase "Dossier Ellery Queen", en *Giallo Mondadori*, N° 1761, págs. 120-139, Milán, Mondadori, 1982.

cierto que nos encontramos frente a un punto límite pero aun así se trata de amistad. En cuanto nos consta, ellos siempre se llevaron bien. Se estimaban mutuamente: No había entre ellos un superior y un subordinado. No había desequilibrio de poderes. Conservaron siempre la frescura y el espíritu creativo. Se renovaron, inventaron fórmulas nuevas. El hecho de que prefiriesen guardar silencio acerca de sus aportes personales era, quizás, un modo de evitar habladurías y especulaciones, y de hacer fracasar inmediatamente cualquier intento de dividirlos, de crear conflictos entre ellos.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO

1. Tratamos el tema de las grandes amistades espirituales.

Hay, sin embargo, otras amistades que duran toda la vida y que no se caracterizan por una actividad creativa en común ni por la intensidad de los encuentros. Son amigos en quienes acostumbramos confiar siempre y de cualquier modo, como si fuesen de nuestra familia. Hasta ocurre que los niños les llamen tío y tía, porque comenzaron a llamarles así cuando eran pequeños y no se les podía explicar la diferencia entre un tío y un amigo. En las zonas donde no hay gran actividad social, pueden incluso ser amigos de la infancia con quienes concurrimos a la escuela y después, algunas veces, a la universidad. En nuestra sociedad se trata, con mayor frecuencia, de personas que conocimos en la juventud, cuando ya se había determinado nuestro ámbito profesional y también nuestra residencia habitual. Mientras las grandes amistades espirituales pueden continuar hasta a la distancia, más aún, son totalmente indiferentes a la distancia, estas otras amistades se nutren y crecen en la proximidad. Es necesario vivir cerca, tener ocasión de verse, hacerse favores uno a otro, pedirse ayuda recíprocamente o más simple aún, ir juntos al cine o charlar. En general, estas amistades, que se caracterizan por la familiaridad, se apoyan en alguna ocasión periódica de encuentro. Puede ser la vecindad pura y simple o una ocasión profesional. Dos colegas que trabajen juntos en la misma empresa du-

rante muchísimos años tienen estas ocasiones de reunirse. Pero, en realidad, la actividad profesional es más el pretexto que la razón para verse. Un ejemplo de ello es que los médicos entablan amistad sobre todo con los médicos. Algunos de ellos pasan a ser los médicos de cabecera tanto de los amigos como de sus familias. El resultado es que la amistad prosigue gracias a las enfermedades. Cada vez que uno de ellos se siente mal, llama enseguida al médico, es decir, al amigo. Descarga sobre él sus angustias, sus problemas, y el otro, con paciencia, los resuelve. Se habituó a resolverlos durante años. Sabe que sólo verá al amigo cuando tenga un problema. El problema es la ocasión del encuentro.

Mientras las amistades espirituales son estrictamente individuales, las amistades de este tipo pueden compartirse con los demás miembros de la familia. En las amistades espirituales nuestras familias pueden, como es natural, tener relación con nuestro amigo o nuestra amiga, pero no tienen ese vínculo especialísimo que tenemos nosotros. Permanecen fuera de la filigrana de encuentros íntimos en los que cada uno de nosotros es un guía para el otro. El segundo tipo de amistad, por el contrario, se caracteriza por el hecho de poder compartirse con los demás familiares. El amigo, en esencia, es amigo de todos nosotros. Si en cambio se trata de una pareja —y eventualmente con hijos— se puede hablar en verdad de una amistad entre dos familias.

La amistad de tipo familiar parece estar en las antípodas de la espiritual. Si la observamos de modo estático, como una fotografía, hasta nos da la impresión de que se basa sólo en la costumbre. Una amistad de esta naturaleza, ¿no contradice, entonces cuanto dijimos acerca de la esencia de la amistad y, en particular, del hecho de que toda amistad verdadera tiene su fundamento en el encuentro? ¿Qué debemos concluir? ¿que la amistad de tipo familiar no es una amistad verdadera? Es absurdo. Una relación que dura toda una vida, en la que las personas están siempre dispuestas para todo aquello que la otra necesite, es por cierto amistad. La fotografía es la que nos induce a error.

Para comprender este tipo de amistades, debemos estudiar su historia, ver cómo surgieron, cuáles son las fases por las que atravesaron y cómo terminaron, después, por convertirse en amistades familiares, consuetudinarias. Por lo regular, cuando se analizan las cosas de modo histórico, se advierte que la amistad familiar pasó por una fase de gran intensidad emotiva. En ese período los dos amigos se habían encontrado uno junto al otro en la lucha, habían transitado juntos un tramo del camino en búsqueda de sí mismos y de su destino personal. Si eran de diferente sexo habían sentido en determinado momento una fuerte atracción recíproca. Quizá, por un instante, pensaron que podían enamorarse o que estaban enamorados. El encuentro entre los dos sexos tiene a menudo un tinte erótico que lo asemeja al enamoramiento.

No existe ninguna amistad duradera que nazca sólo de la costumbre y de la conveniencia. La estabilidad, la serenidad, la profunda fe recíproca, la confianza de las amistades familiares se basan en el hecho de que hubo un momento, en el pasado, en el cual cada uno de los dos amigos se instaló en la órbita vital del otro. Aun después de muchísimos años esta vinculación profunda no desaparece y puede, de tiempo en tiempo, reaparecer y renovarse. Los amigos que se encuentran de manera habitual y con objetivos prácticos durante años saben, en lo más hondo de sus sentimientos, que pueden reunirse en otro plano, en el de la intimidad espiritual. Algunas veces lo advierten a través de una mirada, una mirada fugaz que intercambian mientras están en medio de los demás o cuando están por dejarse. En ese momento, durante una fracción infinitesimal de segundo, quedaron solos, se apartaron de todos y retomaron el diálogo interrumpido.

En algunas oportunidades esta sensación de haber retomado el diálogo está acompañada por un impulso de afecto, una mano sobre el hombro, un "¿cómo estás? ¿estás bien?" y nada más. El amigo, al hacer estas preguntas, sólo se preocupa por una cosa, que el amigo esté contento, que haya podido concretar todos sus deseos. "¿Cómo estás?" quiere decir: "¿Te dio la vida cuánto merecías? ¿fue

justa contigo?" Es un instante, pero también es encontrarse uno junto al otro en el mundo y contra el mundo.

Después, llega la ocasión en que concluida la tarea por la que se reunieron, se detienen para conversar o salen, ellos dos solos, a dar un paseo, dejando a un lado todo lo demás, postergando todas las otras obligaciones. Entonces, cada uno cuenta al otro cosas realmente importantes, le transmite la esencia de su estado espiritual del momento y el amigo puede comprender y ver las cosas desde el punto de vista de su interés y su necesidad. Por eso puede dar una opinión, un consejo. Por lo general se usan pocas palabras. Basta con que el amigo escuche con atención y formule determinadas preguntas que nos hacen reflexionar. Basta con que nos pregunte con un poco de recelo cómo marcha alguna cosa. Comprendemos así dónde ve el peligro, qué lo preocupa, y sabemos por qué preocuparnos. A veces el amigo nos cuenta alguna experiencia suya. La única experiencia que puede sernos útil —ya lo señalamos antes— es la experiencia de un amigo. Es más útil que nuestra propia experiencia porque ésta se nos presenta siempre de modo confuso y pasional. Frente a la experiencia del amigo tenemos la proximidad suficiente como para sentirla nuestra y la distancia suficiente como para evaluarla de manera objetiva. La amistad siempre es consciente de la extrema complejidad de las situaciones humanas, de la increíble debilidad de nuestros equilibrios interiores. Por eso interviene siempre con discreción, ofreciendo su historia no como modelo sino como un material que el amigo puede utilizar si así lo desea. Cuando se produce un encuentro, nunca impone nada, siempre busca en conjunto.

2. La amistad familiar surge, pues, también ella, del encuentro y en algunos momentos puede retornar. Pero no se estabiliza únicamente mediante el encuentro. Aquello que la hace devenir familiar no es sólo la sucesión de los encuentros. Pero tampoco es la simple costumbre. Dijimos que desde un enfoque psicológico este tipo de amigos llega casi a formar parte de la familia. Por cierto que el hábito no basta para crear esta sensación de pertenencia,

esta intimidad cotidiana. La experiencia que sirve de base a la amistad familiar consiste en el intento de dar vida a algo que ya existe y que se mantiene en existencia. La situación típica, paradigmática, en que luchamos por dar vida a las cosas que ya existen es la de *la pérdida*, la del peligro de perder aquello que amamos.

Gran parte de nuestra vida transcurre como si fuese poco real, un semisueño o una semiverdad. Vivimos de hábitos y convenciones, de creencias que los demás nos relataron, de opiniones, de buenos modales, de pequeñas y grandes mentiras. Ni siquiera sabemos si la tarea que realizamos nos agrada de verdad, si sentimos una sincera vocación por alguna. Sólo en determinados momentos advertimos la existencia de una realidad objetiva, cuando nos golpea o cuando, por milagro, se nos revela. El mundo existe sólo porque hay momentos intensos. Si jamás los hubiera, si la vida cotidiana fuese siempre idéntica a sí misma, monótona, fútil, sin riesgo, sin peligro, sin revelación, todo sería como un sueño. Y ya no existirían el tiempo ni la diferencia entre verdad y error, entre lo auténtico y lo no auténtico. Quizá la vida del animal sea así porque sigue su naturaleza y no tiene necesidad de buscarla ni de encontrarla.

A nosotros no nos sucede lo mismo. Nosotros, la especie humana, perdimos nuestra naturaleza. Tal vez éste sea el pecado original. La pérdida sobrevino cuando, por encima de los demás cerebros arcaicos apareció, por mutación, la "neocorteza". Y porque perdimos nuestra naturaleza nos fabricamos una, social y cultural, que de algún modo se torna siempre arbitraria y artificial. De ahí esa impresión de irrealidad, de semisueño o de semiverdad.

Pero no tendríamos esta sensación de ilusión y de falsedad si de algún modo la realidad no se nos apareciese y si nuestra naturaleza no se nos revelase. En general la realidad se nos presenta *en la pérdida*, en forma de catástrofe. Daremos un ejemplo: en un momento dado advertimos que perdimos al niño. ¿Dónde fue? ¿Qué le ocurrió? De pronto el peligro es "real", el mundo no es una convención, una opinión. Está ahí, terrible e ineluctable. Nuestra búsqueda

asume un carácter desesperado porque debe alejarnos, a nosotros y al niño, hasta la región terrorífica de lo real, que escapa por completo a nuestra acción. En la vida moderna, llena de palabrería, de esfuerzos inútiles, de televisión, las cosas que cuentan se nos aparecen así, en forma de desesperación.

Lo mismo sucede con el valor de nuestro cuerpo, la salud. Un día, cuando menos lo esperamos, nos enfermamos. Podría tratarse de un mal incurable. Intentamos seguir siendo normales, amable y convencionalmente. En realidad es como si se nos arrastrara ante un tribunal que nos condena a muerte, atados a la silla eléctrica hasta el momento de la ejecución o del indulto. Si no es nada grave, nos indultan. Decimos entonces que terminó la pesadilla, como si esa experiencia hubiese sido un sueño. No es exacto; la realidad era ésa. Sólo en ese "sueño" comprendimos nuestra fragilidad y el valor del tiempo. Sólo entonces elegimos, sin retaceos y sin condiciones, tomar partido por la vida y la medicina, contra la enfermedad y la muerte. Sólo en ese lapso comprendimos la dignidad de todos los seres humanos que afrontan lo ineluctable. Ineluctable es aquello que es común para todos, que forma parte de la esencia y es constitutivo de nuestra verdad.

Pero nuestra naturaleza no se revela sólo en la pérdida. En otras situaciones se exterioriza en forma de intuición, de sentimiento, de felicidad. Es probable que éstos sean los momentos en que nos comportamos según códigos genéticos insondables, más allá de los condicionamientos culturales. Es el caso de una madre o un padre que abrazan a su hijo que llora porque tiene miedo de la noche. Proteger y consolar al pequeño es un gesto primordial. Pero nosotros somos conscientes de su fragilidad y de la nuestra. Padre e hijo son dos pobres seres efímeros, perdidos en el mundo pero él, el hijo, es muy pequeño y llora. El padre, entonces, se hace fuerte y adulto, y lo conforta.

En la experiencia de la pérdida nos reconocemos y estabilizamos nuestros objetos de amor. En ese momento entendemos que son esenciales y que no podemos prescindir de ellos. En ese momento los percibimos como fines

últimos con respecto a todas las demás cosas que son medios. Conocer nuestra naturaleza significa saber cuáles son nuestros fines últimos, nuestros verdaderos objetos de amor.

Volvamos al ejemplo del niño que se perdió. Nos lanzamos en su búsqueda sin reservas. Pedimos ayuda y no nos avergonzamos de hacerlo. El mundo se divide en dos partes bien determinadas: de un lado nuestro niño perdido y cuanto pueda ayudar a encontrarlo; del otro, el mundo inmenso, indiferente y ajeno. En este momento encontramos, junto a nosotros, a los amigos. Amigos son aquellos que nos ayudan en nuestra búsqueda, que comparten nuestra angustia, que luchan con nosotros, que están de nuestra parte, que tienen nuestros mismos objetos de amor. El verdadero amigo es aquel que permanece a nuestro lado y nos ayuda cuando todos los demás desaparecen. Es verdadero el amigo que resiste la prueba de la lucha, porque la lucha implica elección. El nos elige a nosotros y no a los demás. No hay amistad sin opción. La pérdida dramatiza la opción, la torna irreversible. No elegimos nosotros, nos eligen. El amigo es quien nos elige, elige nuestra causa. Pero somos nosotros que vamos en busca de los amigos. Nos dirigimos primero a los amigos, esperamos su ayuda. Algunos de ellos optan por venir con nosotros, otros no. Toda pérdida actúa como selección natural: determina lo que está destinado a sobrevivir y durar.

En la vida diaria son muchas las situaciones de pérdida. Siempre imprevisibles, siempre dramáticas. Nuestra vida y la de nuestros seres queridos pende constantemente sobre el abismo de la nada. La catástrofe inesperada siempre puede llegar. En todo instante podemos quedar atrapados en esa angustia y, en estas situaciones, nuestros familiares permanecen siempre a nuestro lado. Viven con nosotros, son el objeto de nuestro amor. Nos preocupamos por ellos. Tememos perderlos. Y al mismo tiempo son esas las personas que comparten nuestras angustias cada vez que alguno está en peligro. Pero los amigos que habitualmente frecuentamos están en la misma situación. La amistad espi-

ritual se transforma en amistad familiar a través de la pérdida. En el momento del peligro el amigo se nos acerca, nos ayuda, se prodiga con nosotros. Es una experiencia que tiene profunda incidencia en nuestras relaciones. Si está identificado con nosotros, con nuestra angustia, hizo suyos nuestros fines últimos, *hizo suyos nuestros objetos de amor*. La amistad sigue siendo personal pero se ha ampliado a otras personas. El niño encontrado ha pasado a ser algo así como su hijo. En otra ocasión los roles se invertirán. El será el objeto de la pérdida por la que todos nosotros nos movilizaremos. Vivir juntos, compartir las mismas experiencias, significa afrontar la pérdida del mismo lado, luchar en el mismo lado contra la fuerza de lo negativo. Significa, pues, de manera gradual, compartir también los objetos de amor. Los nuestros, los suyos, él como nuestro objeto de amor; nosotros, como el suyo. Así se entabla y se consolida la amistad familiar.

CAPITULO DECIMOCTAVO

1. A manera de conclusión analicemos este problema: ¿puede el padre ser amigo del hijo y el hijo del padre? ¿Pueden dos hermanos ser amigos? ¿Y dos cónyuges? En este punto los sociólogos están divididos. Hay quienes sostienen que las relaciones entre consanguíneos son muy diferentes de las que se entablan entre amigos. Otros consideran, por el contrario, que la amistad puede existir en todas las vinculaciones. G. Allan sostiene, por ejemplo, que la amistad es una cualidad de la relación y no una relación objetiva.¹ Cuando dos personas, con independencia de sus contactos sociales, se estiman, se sienten a gusto juntas, se tratan en pie de igualdad, es porque son amigas. Hasta dos amantes pueden serlo y lo son cuando, olvidada la pasión erótica, cada uno desea el bien del otro, con desinterés, sin sospechas, con serenidad. En base a esta concepción, los "hermanos" Grimm eran en realidad amigos. Jacob y Wilhelm tenían caracteres distintos: el primero más sistemático; el segundo, más soñador. Sin embargo, trabajaron toda la vida juntos, sin desavenencias. Eran tan unidos que la Universidad de Gotinga les confió la misma cátedra. Hasta fueron olvidados sus nombres propios. El mundo sólo recuerda los cuentos de los hermanos Grimm. Pero, ¿era una verdadera amistad la que unía a Jacob y Wilhelm Grimm? ¿No era, en cambio, el sentimiento fraternal lle-

¹ G.A. Allan, *Sociology of Friendship and Kinship*, págs. 81-169.

vado a su máxima expresión? Ser hermanos, ¿no es más que ser amigos? Cuando dos amigos comparten todas las cosas de la vida, para bien y para mal, decimos que hay entre ellos una amistad fraternal.

Para esclarecer esta controversia debemós tener en cuenta que todas las relaciones, sea entre padres e hijos, entre hermanos, entre cónyuges o entre amigos, tienen un modelo ideal al que se adecuan. Estos modelos ideales son en parte similares y en parte diferentes. Puesto que todos piden amor y afecto, tendrán en común cuanto sea característico del amor, como el deseo de que el otro sea feliz. Pero también hay diferencias que no debemos descuidar. El modelo ideal de la relación entre padres e hijos difiere del modelo de la relación entre hermanos. Frente al hijo, el padre tiene deberes, como guía y como autoridad, que en general los hermanos no se reconocen recíprocamente. Mayor aún es la diferencia con el modelo ideal del amigo. La amistad necesita de la igualdad. La relación padre-hijo conlleva una desigualdad, aunque sea potencial. En determinados momentos el padre se siente amigo del hijo, pone su autoridad entre paréntesis, olvida algunos de sus anhelos. Pero si el hijo se comporta mal y acaba envuelto en una situación peligrosa, debe recordar su deber paterno específico. También la relación entre hermanos puede ser de tipo amistoso. Pueden trabajar juntos, divertirse juntos, pasar la vida uno junto al otro, como dos amigos. Pero los hermanos tienen obligaciones recíprocas que dos amigos no tienen.² Si el hermano comete un delito, el otro debe ayudarlo de cualquier modo, aun a costa de incurrir en falso testimonio para favorecerlo. La ley lo prevé y por esa causa carece de validez el testimonio de dos consanguíneos. La relación ideal entre hermanos no está precondicionada por la moral. Es moral en sí. Ningún comportamiento incorrecto la puede resquebrajar. Si nuestro hermano nos roba o nos engaña, el modelo ideal nos dice que

² Sobre el caso de las culturas europeas véase Alfred Adler, "L'Amitié contre la fraternité. Réflexion sur le lien social en Afrique Noire", en las Actas del Congreso de Palermo, de 1983, sobre La amistad y las amistades.

debemos perdonarlo y permanecer a su lado. Pero podrá observarse que los hermanos no siempre se comportan así. Desde luego que no. Hay hermanos que se odian, que no se dirigen la palabra. Pero esto no hace la menor mella en el modelo ideal. En consecuencia, lo que ellos hagan en concreto no comprometerá jamás su relación de modo irreparable. Por eso son posibles los conflictos y las reconciliaciones, nuevos conflictos y nuevas reconciliaciones. Aun cuando dos hermanos mantengan buenas relaciones, nunca faltan las tormentas. Tomemos el ejemplo de los famosos hermanos Heinrich y Thomas Mann.³ Intimos amigos durante la adolescencia, se alejan después que Thomas escribe *Los Buddenbrook* y Heinrich *El ángel azul*. Llega el éxito y sus vidas se dividen. Vuelven a unirse hacia 1912/1913 y así siguen hasta el momento en que estalla la Primera Guerra Mundial. Se separan entonces de nuevo. Esta vez su divergencia es ideológica. Thomas es nacionalista y acepta la guerra. Heinrich es, al contrario, pacifista y europeo. Se acercan una vez más en 1923, cuando Alemania está exhausta, pero vuelven a dividirse con el advenimiento del nazismo. También en este caso Thomas Mann acepta cuanto sucede. Es más prudente, más conformista. Heinrich, en cambio, se rebela y tiene que emigrar a París. El último acercamiento se produce en 1939 cuando también Thomas debe emigrar, pero él irá a los Estados Unidos de Norteamérica, donde gracias al Premio Nobel era muy conocido, y allí se reunió Heinrich con él. Incluso entonces su relación era más fraternal que amistosa. Al llegar a Estados Unidos, Thomas se presenta como progresista y antifascista. El pobre Heinrich que siempre había sido pacifista, que siempre había luchado contra el nazismo desde el primer momento, muere ignorado por todos. Thomas Mann recibe todos los honores.

La amistad no soporta estas vicisitudes, estas alternativas de acercamientos y separaciones. Tampoco tolera tanta injusticia. En la amistad, el comportamiento real nunca puede alejarse demasiado del modelo ideal. Hay

³ Nigel Hamilton, ed. ital. *I fratelli Mann*, Milán, Garzanti, 1983.

límites, umbrales que nadie puede transponer. No podemos pedir a un amigo que haga algo incorrecto, por ejemplo, que preste falso testimonio ante el tribunal para favorecernos. Si lo hacemos, faltamos a una regla fundamental de la amistad, no nos comportamos como amigos frente a él. Por otro lado, si un amigo nos perjudica, nos miente o simplemente nos irrita, tarde o temprano nuestra amistad terminará. Vimos el caso de los hermanos Mann, característico de las relaciones consanguíneas. Veamos ahora el de Zola y Cézanne, típico de la amistad. Emile Zola y Paul Cézanne traban amistad en los bancos del Liceo de Aix-en-Provence y siguen siendo amigos durante años hasta que Zola, abandonando el sur de Francia, se traslada a París donde se hizo famoso. Cézanne, en cambio, fracasa en su intento de alcanzar el éxito en París y termina por dejar la ciudad y regresar al sur. Zola aprecia al amigo y lo defiende. Pero en 1886, cuando ambos pasan los cuarenta años, Zola publica su novela *Oeuvre* que describe el ambiente de los pintores entre los cuales se puede reconocer a Cézanne, que aparece como un fracasado. Para Cézanne éste fue un insulto mortal. Nunca más querrá perdonar a Zola. Nunca más se reconciliará con él. Cézanne murió sin que su genio hubiese sido comprendido. Su fama sobrevino después de su muerte. Pero él esperaba del amigo que lo comprendiese, que lo apreciase por lo que valía. Porque del amigo esperamos la justicia que los demás no quieren o no pueden hacernos. Cuando Zola lo ofendió no pudo perdonarlo. Un hermano hubiera podido hacerlo. Porque de un hermano esperamos ayuda con independencia de la justicia. En contraste, la amistad se basa por completo en el valor y en la justicia. Si éstas se pierden, ya nada queda.

En este sentido, hay quienes llegan a la conclusión de que el amor fraternal o paternal es más elevado y más puro que el de un amigo. Sostienen que el amor no puede estar condicionado. El amor verdadero nos obliga a amar al otro sin que cuenten sus acciones, aunque se haya transformado en un miserable o un asesino. ¿Qué clase de amor es el que se niega cuando el amado no se comporta del modo que

nosotros deseamos? El verdadero amigo debe, pues, comportarse con nosotros como el hermano, el padre, la madre o el amante. Debe amar y amar siempre sin pedir nunca nada. En este ideal se inspiró el cristianismo. La caridad cristiana en este amor total, heroico, que se profesa por el leproso cuyas plagas se besan. El imperativo de la caridad universaliza el amor a los padres y a los hermanos: "Amad a vuestros enemigos —nos dice—; no los juzguéis". Frente a sentimientos tan deslumbrantes, la amistad parece insignificante, mezquina. Y de hecho, todos los grandes santos, los fundadores de religiones, los líderes carismáticos que hicieron hincapié en el entusiasmo y el heroísmo, desconfiaron siempre de la amistad porque no tienen los ojos vendados, pretende que se le rindan cuentas, y es exigente y formulista.

Pero cabe preguntarse si estos ideales tan elevados, si esta ética de la caridad heroica dan realmente los frutos que de ellos se esperan. Volvamos por un momento a la relación entre hermanos. El modelo ideal es elevadísimo. Los hermanos deben amarse siempre, perdonarse siempre, ayudarse siempre. Pero en la realidad concreta los hermanos casi no aplican este ideal. Discuten entre ellos, se hacen frente, se destrozan entre sí para disputarse una herencia. Con esto no quiero decir que en nuestra sociedad no sean buenas las relaciones entre los hermanos. Antes bien, estoy convencido de que por norma general los hermanos se quieren mucho y se ayudan mutuamente. Pero el ideal está muy por encima de la realidad. Si pasamos ahora al ideal heroico de la caridad, dos mil años de historia del cristianismo nos demuestran que la realidad, a menudo, es lo opuesto de los valores proclamados. Hasta algunos grandes santos como Santo Domingo o San Ignacio de Loyola hablaban mucho de caridad pero en sus relaciones con la humanidad eran duros y despiadados. Si Dios lo es todo, los hombres no son nada; si Dios todo lo pretende, los hombres no tienen derecho a nada.

Toda ética del heroísmo oscila siempre entre el fanatismo y el compromiso. Si proponemos como ideal la caridad total, después, en la vida cotidiana, tendremos que en-

contrar mil subterfugios. El catolicismo se caracteriza precisamente por esta diferencia entre ideal y realidad, entre modelo abstracto y mera práctica de cada día. Por eso poco comprende la amistad, que pretende menos pero que no acepta compromisos. Se consideran superiores el ideal de amor fraternal y el ideal heroico de la caridad, porque siempre perdonan. Pero justamente porque perdonan siempre aspiran después a que siempre se los perdone. Cuando la moral de la caridad heroica desciende al mundo, pasa a ser indulgencia, connivencia, complicidad, hipocresía. Las personas permanecen siempre juntas, se tienen afecto, se abrazan y siguen perdonándose los daños infligidos para poder hacerse otros nuevos. Al degradarse, el amor purísimo de la caridad se torna confuso, viscoso, hasta que ya no es posible claridad alguna. La amistad no tiene ideales tan sublimes, pero en un soplo de aire fresco en medio de estas relaciones sofocantes.

El mundo antiguo, y en especial el grecorromano, no creía en ideales abstractos, lejanos e irrealizables. Recelaba de los fanatismos. Desconfiaba de los excesos sentimentales. Por eso daba tanta importancia a la amistad. Porque en la amistad no debe haber mucha distancia entre lo ideal y lo real. En la amistad no podemos proclamar una cosa y hacer otra. En la amistad se respetan los pactos, se gana la confianza. La amistad debe ser leal, sincera, transparente. El amigo debe desear el bien del amigo, no en las palabras sino en lo concreto. Debe estar presente en el momento necesario. Aquel que obtiene un beneficio no debe aprovecharse de él, ni cansar con su agradecimiento. En la amistad no se puede engañar, no se puede hacer el mal. Nunca, ni siquiera una vez. En la amistad hay que saber descubrir la virtud del otro y valorarla. El amigo debe ser abierto, lleno de vida, entretenido. No debe hastiar, no debe fastidiar. El amigo tampoco debe ser demasiado generoso, abrumar con regalos porque si lo hace suscita la necesidad de retribuir, crea obligaciones de gratitud que son demasiado gravosas. La amistad debe ser siempre fresca, ligera, hasta cuando es heroica. La amistad debe decir siempre, también frente a la muerte: "No hay de qué". Estos son

los ideales de la amistad. No exige darlo todo, besar a los leprosos, mentir en el tribunal. Tampoco pide que se viva bajo el mismo techo. Pero quien lo pide, lo exige. Y si se le niega, juzga y condena. Una vez condenado, es muy difícil perdonar. No castiga, no amenaza, no se toma represalias, no hace chantaje. Se desvanece, sin más. Es probable que no haya ninguna otra relación humana en la que lo real tenga que estar siempre tan cerca de lo ideal. Es la relación que menos tolera la exageración y la palabrería. Comprendemos entonces por qué la amistad parece tan frágil y por qué es tanta la gente que se decepciona de la amistad. Porque la confundieron con otra cosa, porque no quisieron aceptar las reglas del juego. También se equivocan quienes dicen que la amistad existía en la antigüedad y que desapareció en el mundo moderno. La amistad existía en la época de Confucio y existe hoy. No hay motivo alguno para pensar que deba desaparecer en el futuro. La amistad sólo es un modelo ideal que pide que se lo respete. En la medida en que lo sigamos, el mundo se llena de amigos y éstos, al vernos, nos sonríen.

NT: 659230

177.62 A62 1984R8



Adq: 369485, Vol:1, Ej: 1, General

La amistad : aproximación a uno de los más antiguos

Alberoni, Francesco, 1929-

▲ Biblioteca Vasconcelos